



SS

**SERVICIO
SECRETO**

DONALD CURTIS

MATANDO CON MUSICA

DONALD CURTIS

MATANDO CON MÚSICA

1ª EDICIÓN
SETBRE. - 1957



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA



FRANCISCO BRUGUERA - 1957

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

Matando
con
MUSICA
por Donald Curtis



CAPÍTULO PRIMERO

Cuando Mike Doyle descendió la escalerilla del avión, en el aeropuerto de Londres, no podía imaginarse que aquel sencillo modo de pisar tierra británica iba a ser el prólogo de todo lo que vendría después. Nada de lo que esperaba, por supuesto, ni nada de lo que a Inglaterra había ido a hacer.

Era la primera vez que visitaba el Reino Unido. Le sorprendió no ver la famosa niebla londinense, tanto en el aeropuerto como en la ciudad, adonde el autobús de la Compañía Aérea le condujo tras los indispensables y molestos trámites de la Aduana.

Mike, con la curiosidad propia del viajero que desconoce un país, iba escrutando por la ventanilla del vehículo, a medida que penetraban en la ciudad. La mañana era fresca pero despejada, y un sol otoñal lucía en el cielo, brillantemente azul. Nada de lo tradicional. Ni «puré de guisantes», ni aspecto gris y desapacible. Londres le daba una bienvenida feliz, pensó para sí, aunque maldito lo que a Londres le importaría que Mike Doyle, de nacionalidad norteamericana, pisara su venerable suelo.

Por centésima vez desde que dejara Nueva York tras de sí, perdido en la obscuridad de la noche, con su miríada de luces multicolores, extrajo del bolsillo de su claro *tweed* color canela el cablegrama fechado en Londres cinco días antes:

«Todo arreglado. Te espero. Con todo el amor de tú.

»Ella».

Sonrió, volviendo a guardar el mensaje. Ella Farrell... Apenas faltaban unos minutos para presentarse ante la muchacha. La vida era hermosa, meditó. Incluso en Londres.

Estaban ya en pleno corazón de la ciudad. Charing Cross,

Whitehall, la Abadía de Westminster, el Parlamento... Un desfile de lugares inconfundibles, aunque jamás se hubieran visto en la realidad. Con la típica curiosidad un poco provinciana del turista, Mike Doyle siguió sus familiares perfiles desde el autobús.

Finalmente, se halló en las oficinas de la Compañía Aérea. Un momento después, con su pequeña maleta en la mano y el sobretodo echado al hombro, Mike llamó a un taxi y le dio la dirección:

—Calle Leicester, 427, Apartamentos Strand.

El taxista asintió, emprendiendo la marcha a través de Westminster, en dirección al Strand londinense, la gran arteria de la ciudad, siempre latente de vida y febril actividad.

Los rojos autobuses de la ciudad, con sus grandes rótulos amarillos y verdes, desfilando por el tráfico de las calles de Londres, en las que desde los buzones de correos a los carteles cinematográficos, todo tenía un delirante afán colorista, llamaban la atención de Mike, por donde quiera que pasara.

Los Apartamentos Strand correspondían a un sólido edificio de piedra gris, con amplia puerta a la que daban acceso cuatro tramos de escalera flanqueados por doble verja. El número 427 destacaba con cifras rojas sobre un globo luminoso.

Ella se iba a llevar una sorpresa. No le podía esperar tan pronto, porque Mike había prometido estar allí una semana después, si el jefe le daba el permiso necesario. El jefe, por una vez, había desarrugado el ceño al oír la petición de Mike:

—Voy a casarme, señor Withers. Tengo que ir a Londres durante una o dos semanas.

El jefe había sonreído irónicamente, en vez de poner el grito en el cielo, y habló mucho menos de lo que Mike había temido:

—Está bien, hijo. Allá usted con sus proyectos. Creo que ya será bastante castigo el matrimonio, para que yo ande ahora echándole sermones que no iba a escuchar. Termine ese artículo sobre el «Rock and Roll» y su influencia sobre las adolescentes, y lárguese cuando quiera. ¡Ah! Enhorabuena, a pesar de todo... y puede estarse hasta quince días en Inglaterra o donde le parezca. Pero eso sí, quiero que casado, viudo o divorciado, esté aquí de vuelta el día veinte de este mes. Haga lo que quiera, pero regrese. Si el veinte no lo ha hecho, Michael Doyle será dado de baja en la lista de personal

de la Agencia Continental.

De ese modo, el reportero de la Agencia Continental de Nueva York, había logrado su permiso. El día 5 mismo, salía en el avión rumbo a Europa. Y el día 7 llegaba a Londres. Tenía ante sí doce días maravillosos.

O por lo menos, era lo que en tales momentos pensaba Mike, abonando la carrera del taxi y penetrando en el vestíbulo del edificio de apartamentos.

—¿Señorita Ella Farrell, en el apartamento B-17?

—preguntó al telefonista de la centralilla arrinconada entre dos anchas columnas de mármol o algo que se le parecía bastante.

Un mozalbete pecoso y pelirrojo, que lo mismo podía haber nacido en Chelsea que en el corazón de Brooklyn, miró al extranjero como a un bicho raro y luego volvió a tomar su novela de aventuras, doblada por su mitad encima del mostrador.

—No está —informó, con su tono más profesional.

—¿Qué no está? —Mike frunció el ceño—. ¿Ha salido a trabajar acaso?

—No creo —contestó con aire burlón el telefonista—. Los domingos no se trabaja, ni siquiera en Londres.

Mike se mordió los labios, sintiéndose tan molesto como una mariposa bajo la red del cazador, al notar la mirada zumbona del jovencito puesta en él. Quizá por eso, dijo otra tontería:

—Es que... tenemos que casarnos.

—¿Sí? —El telefonista bostezó—. Pues vaya a la iglesia. A lo mejor ya está allí.

Algo parecido a la ira invadió a Mike. Muchas veces le había dicho su jefe que debía controlar sus nervios antes de mandarlo todo al diablo, pero eso, con el temperamento de Mike Doyle, era pedir demasiado. Irritado, adelantó una mano, golpeó la novela y ésta saltó graciosamente por los aires, salvando el obstáculo del mostrador. En el mismo instante, un círculo del cuadro telefónico empezó a iluminarse, con persistente zumbido, y el operario dudó entre liarse a golpes con aquel joven obstinado o responder a la llamada.

Optó por esto último, poniendo un gesto a usanza de Robert Mitchum, y respondió de mala gana al teléfono:

—Diga. Sí, un momento... —Puso la clavija de comunicación exterior y luego se volvió furiosamente a Mike—. Oiga, no me gusten sus modales...

—Ni a mí los suyos —replicó fríamente el americano—. Qué casualidad, ¿eh?

—Sí —graznó el otro, aún irritado—. ¿Qué diablos quiere de mí? ¿Qué busque el paradero de su novia?

—No. Ya he aprendido a andar solo —el tono de Mike era metálico—. Quiero que me diga si acostumbra a salir los domingos, y si sabe a qué hora vuelve en tales casos.

—La señorita Farrell para poco en su apartamento, si es eso lo que quiere saber. Creo que, además de su trabajo en la oficina, los festivos va a una cafetería de Soho. Dice que la vida es difícil hoy en día, con tanto impuesto y tanta carestía, y que un solo sueldo no llega para nada.

—Dice todo eso, ¿eh? —Mike hizo un gesto—. Sabe usted mucho más de mi novia que yo mismo. ¿Lo averigua todo por el teléfono o se lo dice ella?

El telefonista sonrió, divertido. Luego, señaló sus auriculares.

—Hermano, la duda ofende...

Y reía aún cuando Mike preguntó:

—¿Sabe qué cafetería de Soho es ésta?

—No. Hum... espere. Sí, creo que es algo así como «Hungaria», «Húngaros», o cosa por el estilo. ¿Le sirve el dato? No podré decirle dónde está situado, claro...

—Gracias, hijo. Cuando quiera ver Londres sin cicerone, vendré a buscarle —Recogió la novela del suelo y se la tendió al telefonista, con un billete de media libra—. Tome, se lo ha ganado —y salió apresuradamente del edificio, dispuesto a saltar a Soho o al País de Gales si hacía falta, para encontrar a Ella.

La cafetería y restaurante rápido, «Hungaria», estaba en el centro de la calle Berwick, entre Shaftesbury y Oxford Street. Era un local semejante a otros de su clase, con muebles cromados, abundancia de tapizados plásticos en rojo y azul, un largo mostrador con el inevitable renglón de platos diversos, que el consumidor adquiría a su gusto, colocándolos en una bandeja y pagando en caja, al final de la barra.

Una muchacha escrupulosamente uniformada de azul y blanco

informó, escueta y amable, al americano:

—No, hoy no es día de trabajo para Ella Farrell. Libra un domingo al mes, y éste es el suyo. Pero es probable que si le interesa dar con ella, la encuentre en el zoo. Dijo que tenía que ir un día de éstos, y quizá aprovecharse la mañana de hoy. Claro que ya es tarde... y el señor Hutchinson no es probable que esté aún en el parque.

—¿Hutchinson? —Doyle cada vez entendía menos todo aquello —. ¿Y quién es ése?

—¿Cómo? ¿Pero no lo sabe? Es el caballero que ha prometido a Ella un empleo mejor que el suyo actual. Va a dárselo en breve...

—¿Para qué diablos querrá Ella un empleo a estas alturas? —Gruñó Mike. Iba a añadir que era el hombre llegado de Norteamérica para casarse con ella. Sin embargo, una sensación de inferioridad le hizo callar tal dato, limitándose a preguntar—: ¿No le habló de su próxima boda?

—¿Su boda? —La camarera pareció sorprendida—. No, en absoluto. Claro que Ella es una chica muy reservada en ciertas cosas. Pero es raro que una mujer no mencione una cosa así. ¿Es usted el novio acaso?

—Empiezo a dudarlo, señorita —masculló Mike Doyle, irritado, dando media vuelta y saliendo de la cafetería a buen paso, sin añadir más.

Se detuvo en una concurrida acera de la calle. Soho hervía de gente atareada y rápida, incluso en domingo. Todo el mundo parecía tener prisa, aunque Mike evocó la imagen de Wall Street un día laborable, y sonrió mentalmente ante la comparación.

Caminó hacia el sur, sin rumbo fijo. Estaba desconcertado y furioso. Aquélla no había sido la llegada a Londres que él imaginara. El encuentro con Ella, radiante de amor, el paseo, unidos de la mano, arrullándose como dos tórtolos, el almuerzo en común... ¡El almuerzo! Doyle sintió un cosquilleo extraño en el estómago. Debía de ser hambre.

Elegió al azar un restaurante «continental», de los que abundaban en Soho como hormigas en el campo, resultando ser propiedad de un italiano. Los *spaghettis*, el pescado y el buen vino espumoso, tuvieron un marcado sabor latino, igual que el queso. En cambio, el café no convenció a Mike.

Su retorno a la calle era más animoso, casi una hora después. En un quiosco de periódicos adquirió un plano de la capital, y sintió el sudor adherirse a las palmas de sus manos como algo vivo e independiente de sí. La idea de explorar todo aquello en busca de una chica rubia, llamada Ella Farrell, cuya oficina de trabajo desconocía, y que parecía bastante despreocupada con respecto a su compromiso matrimonial, le causó vértigos. Desalentado, dobló el plano de Londres hundiéndolo en el bolsillo de parche de su *tweed*, y optó por volver al punto de partida.

Los taxis de Londres no eran baratos. A este paso, tendría que telegrafiar a papá Withers en demanda de un anticipo sobre su sueldo. Dios no quería que tuviese que tomar más vehículos de alquiler.

No había nadie en la centralilla telefónica, lo cual hizo torcer el gesto a Mike. Pero pensándolo bien, quizá aquello no fuera sino una ventaja para él. Era mejor subir en busca del apartamento de Ella y averiguar por sí mismo si estaba o no de regreso.

Caminando a grandes zancadas, cruzó el alfombrado vestíbulo sin producir ruido alcanzó la puerta del ascensor y entró decididamente, diciendo al ascensorista:

—Apartamento

B-17.

El ascensor frenó en el primer piso. Evidentemente, o a Ella no le gastaban las alturas o tuvo que quedarse con lo que había. Con su mejor aire de naturalidad, abandonó el ascensor y, silbando una melodía, avanzó por el corredor, tan alfombrado y acogedor como los del «Waldorf Astoria» de Nueva York. Cada puerta tenía su letra y su número.

La que él buscaba formaba recodo, al final del pasillo, y era la más discreta y recogida de todas. Mike la miró, como si entre las cifras plateadas pudiera asomar un dragón de fauces llameantes, y luego golpeó con suavidad sobre la bruñida madera de la puerta.

Enseguida se dio cuenta de que existía aquel adelanto mecánico llamado timbre. Lo pulsó decidido, esperando la respuesta y sintiendo en el interior un tintineo musical. Pero nadie atendió su llamada. En algún lugar del pasillo, se filtraban por una puerta las notas largas y cadenciosas de una trompeta en tiempo de *blue*.

Pero del apartamento de Ella ni una palabra, ni un sonido. Nada

en absoluto. Mike respiró hondo. Tendría que volver por dónde había venido y ganarse un buen rapapolvo del telefonista. Se sintió igual que un chiquillo después de probar la confitura en la alacena, a hurtadillas de todos.

Tras una nueva intentona, que hizo repiquetear dentro del apartamento el sonido del timbre, Mike se dispuso a marchar escaleras abajo. Entonces sonó el chasquido de una puerta al abrirse.

Esperanzado, se volvió, casi con el nombre de su novia en los labios. Pero se contuvo a tiempo. Porque ni aquella era la puerta de Ella, ni la dama que asomaba su rostro sin encantos, y sus rizos absurdamente cogidos por unas pinzas metálicas, tenía nada en común con su adorable rubita.

—¡Vaya, está listo si espera que le contesten! —Gruñó con voz aguardentosa la vecina de Ella. Entonces notó Mike el alto vaso de licor cristalino que llevaba en la mano—. ¡Está así desde esta mañana, o tal vez desde anoche, no sé! ¡Ese maldito disco, en cuanto termina, vuelve a empezar! Y así una, y otra vez... ¡Es inaguantable! Menos mal que yo, el domingo, me levanto tarde, pero mi pobre Archie, cuando entró en la cocina para almorzar, volvió y me dijo que debían de estar de juerga aquí al lado. No se explica otra cosa. Eso, o que se dejaron el tocadiscos en marcha, con el automático puesto.

Mike escuchó en silencio, rumiando las palabras de la mujer. La trompeta, ahora, estaba sosteniendo un prolongado agudo, de negroide color, tras el cual se hizo el silencio. Un silencio relativo, porque apenas duró cinco segundos. En el acto, unas notas de piano, con remembranzas de Nueva Orleans, sonaron, sirviendo de introducción a nuevos virtuosismos del trompeta.

¡Y la música procedía del apartamento de Ella! Ahora podía jurarlo...

Miró con aire intrigado a la mujer del vaso de licor, cuyo opulento busto resaltaba bajo su bata verde y negra.

—Oiga, ¿dice usted que eso suena así desde hace tiempo? —preguntó.

—¡Todo el día, jovencito! —exclamó ella, irguiéndose—. ¡Y tal vez llevara así horas y horas, cuando el pobrecito Archie se dio cuenta de ello...!

—¿Conoce a... a su vecina?

—No mucho —ella le miró, desconfiada—. Pero veo que usted «sí» la conoce.

—Es natural —dijo, sonrojándose—. Soy su novio, señora.

—¡Usted! —La otra silbó, como si aquello fuera muy extraño—. Vaya, vaya...

—¿Qué quiere decir con ese «vaya, vaya»...?

—Nada. Simplemente eso: «vaya, vaya...». No creí que la jovencita fuera a casarse. Pero en fin, allá ustedes. Claro que anoche debió de haber ahí dentro alguna fiesta, porque mi pobrecito Archie escuchó el sonido de las botellas de champaña al abrirse... Lo menos tres o cuatro botellas, debieron de ser...

La trompeta sonaba con estridencias lánguidas; el *blue* le hubiera parecido a Mike muy bello, de no estar preocupado por otras cosas.

—Todo eso me sorprende mucho —confesó. Probó la puerta de Ella, sin poder abrirla—. ¿Ha avisado abajo lo que sucede?

—No. No me gusta armar líos, ya me entiende —la mujer hizo un gesto abstracto—. Cada cual, que viva su vida. Claro que sin molestar al vecino. Cuando esa jovencita vuelva, o la vea aparecer, le voy a decir unas cuantas cosas. ¡Y esto no se repetirá, no, señor!

Mike Doyle se armó de paciencia y volvió a la carga, procurando eludir la verborrea de aquella dama oxigenada y locuaz.

—¿Tiene usted galería que comunique con el apartamento de la señorita Farrell, o cosa parecida? —preguntó—. Me gustaría echar un vistazo a ver lo que ocurre...

—Oh, entiendo. Pero no podrá pasar. La escalera de incendios da al apartamento de su novia; sin embargo, desde mi ventana hay un buen trecho hasta ella. Será mejor que baje y pida un duplicado de la llave, si teme que le suceda algo a su chica...

—Creo que será mejor intentarlo antes por aquí.

Ella se encogió de hombros, dejándole paso y estudiando al americano a través del cristal de su vaso, mientras bebía un trago.

—Gracias, señora. ¿Puede usted guiarme?

—Sí, venga conmigo —la matrona avanzó pesadamente, bamboleándose; llegó a una salita y levantó la guillotina de la ventana—. Ahí es.

Mike se asomó. Había debajo un patio, más bajo de nivel que la calle, con una amplia tapia enfrente. Por la fachada gris del edificio,

subía en zigzag la escalera de emergencia. Pero ella tenía razón. Había una buena distancia hasta la ventana contigua.

Sin embargo, el joven tiró a un lado su sobretodo, se puso a horcajadas sobre la ventana, ante las exclamaciones de alarma de la mujer, y estiró los brazos, aferrándose a unos salientes de hierro del muro. Así cogido, se soltó de la ventana, haciendo un balanceo pendular sobre el vacío.

La mujer gritó, asustada, creyendo habérselas con un loco suicida. Pero Mike Doyle no estaba pensando en matarse, sino en llegar al apartamento de Ella. Tomó impulso, colgando en el vacío, y saltó, cayendo ruidosamente sobre los escalones de hierro de la salida de incendios. Un gato maulló, asustado, saliendo disparado hacía, abajo, donde se perdió entre un revuelo de latas vacías.

Mike se incorporó, sacudiéndose el polvo de la ropa. Miró a través de los cristales de la ventana de Ella, pero estaban echadas unas cortinillas de materia plástica o cosa similar, que no permitían ver el interior.

—¿Qué va a hacer? —preguntó la mujer de al lado, asomada a la ventana.

—Enterarme de lo que ocurre con ese tocadiscos.

Acababa de terminar el *blue* con su agudo toque de trompeta final, y ahora se reanudaba, tras una leve pausa. Sin pensarlo más, Mike asestó una patada a los cristales. Se abrió un boquete, cayendo al interior del apartamento los vidrios pulverizados por el golpe. La mujer volvió a chillar, asustada de sus métodos.

Mike metió la mano, encontró una falleba y tiró hacia arriba, alzando después el postigo de guillotina, que sujetó con su mano izquierda, mientras metía el cuerpo por la estrecha abertura.

Cayó sobre el suelo alfombrado. Y sus ojos se clavaron, asombrados, en la habitación gemela a la de la vecina, pero mejor amueblada y más confortable. Todas las luces eléctricas estaban encendidas. Apliques de pared, una lámpara de pie caída en un rincón, una pecera cuadrangular, en cuyas aguas teñidas aleteaban algunos pececillos dorados, y otros manantiales de luz indirecta, azulada y tenue.

En un rincón, junto a un mueble bar, igualmente iluminado, una radio encendida expandía por su altavoz las notas del *blue*, que empezaba a ser obsesivo para Mike. En todo aquello había algo

raro... o Ella, en definitiva, era más descuidada y falta de organización que todo lo que se pudiera imaginar.

Avanzó, con ánimo de cortar de una vez el maldito tocadiscos. Pero se detuvo, petrificado, con su mano derecha extendida y los ojos clavados detrás del gran canapé forrado de un espeso peluche crema.

Detrás del mueble, yacía una figura rubia. Quieta, rígida, con los brazos extendidos y al final de ellos sus blancas manos de uñas barnizadas, crispadamente aferradas al pelo de la alfombra.

Mike Doyle no supo qué pensar, ni supo qué hacer. Pero en el interior de su cerebro, en los más recónditos rincones de su ser, sabía que Ella Farrell, la chica con quien iba a casarse en Londres, y por la que había saltado en avión sobre la inmensidad del Atlántico, estaba muerta.

La mancha roja, amplia y brillante, extendida bajo su cuerpo, indicaba una muerte violenta. Y el fondo obsesionante de aquella trompeta, tocando su macabro blue, incansable y ajena al drama, se le antojó a Mike el más fantástico de los réquiems.

El réquiem para su boda...

CAPÍTULO II

Tyne Bishop era la imagen que cualquier extranjero puede formarse por anticipado de un perfecto *gentleman* británico. Alto, esbelto, con traje negro, impecablemente cortado por algún sastre prestigioso de Mayfair, sombrero negro, de copa semiesférica, y rostro tranquilo, flemático, desde los agudos ojos grises a la boca delgada y firme.

Pero Tyne Bishop era algo más que un caballero típicamente británico. Era superintendente de Scotland Yard, y había escuchado los relatos del telefonista, de la mujer de cabellos oxigenados y su «pobrecito Archie», sin pestañear, pareciendo mayormente interesado cuando le tocó su turno a Mike Doyle.

El joven, profundamente afectado todavía por el macabro hallazgo del apartamento B-17,

narró lo poco que sabía, de los hechos. El superintendente tuvo el buen tacto de no ahondar demasiado en los detalles privados, aunque sí mostró afán por aclarar un punto oscuro:

—¿Cómo estaba tan convencido de que en el apartamento de su novia ocurría algo?

—Verá, superintendente; mi condición de reportero, en mi país, me ha dado cierta agilidad mental y el don de sospechar de todo. La contradicción entre lo que aseguraba el telefonista y lo que decía la vecina de apartamento de Ella, unido al detalle del tocadiscos automático funcionando continuamente... y el hecho de que oyeran la noche antes «taponazos de champaña», me hizo recelar. Ella no era muchacha, aficionada a diversiones de esa especie. Los... taponazos no encajaban. Pero se parecen extraordinariamente a disparos de revólver, si no se tienen los oídos habituados a ello.

—Siga, señor Doyle es muy interesante su relato —replicó la voz suave del policía. Miró de reojo a los agentes y técnicos que sacaban

huellas y fotografías del lugar del suceso—. ¿Pensó enseguida en un asesinato?

—No, no, ése no —Mike tragó dificultosamente la palabra «asesinato». Resultaba tan desprovista de sentido, tan inverosímil... Prosiguió, evitando mirar el cuerno sin vida tendido al otro lado del canapé—: Ni siquiera pensé nada concreto. Pero mucho menos en que nadie pudiera matar a esa muchacha. Ella... era de una condición que no es fácil ver mezclada en el escándalo.

—Sí, eso parece —Tyne Bishop miró en torno. Sus finas cejas se juntaron un segundo—. Sin embargo, la mataron, eso es evidente. Tiene cuatro proyectiles hundidos en el cuerpo. No hay señales de violencia, aparte de esa lámpara de pie caída. Pero alguien ha registrado los cajones y muebles de esta habitación, a pesar del gran cuidado con que se hizo la operación. Dígame una cosa, señor Doyle, usted es quien mejor puede informarme de ello: ¿qué clase de chica era Ella Farrell, qué vida hacía y por qué residía sola en Londres desde hace más de cinco años?

—Creo que todo eso no resolverá nada —Mike se pasó una mano por la frente, como si pretendiera ordenar recuerdos e ideas archivados en confuso montón—. Conocí a Ella Farrell en Nueva York. Estaba pasando unas vacaciones pagadas por la empresa para la cual trabajaba, y había elegido los Estados Unidos para disfrutarlas. Me habló poco de su vida: sé que procede de Rothbury, en Northumberland y Burham. Al parecer sus padres viven allí, y trabajan en las minas carboníferas. Ella se desplazó a Londres a trabajar y abrirse camino por sí sola. Era seria, quizá demasiado para sus encantos, pero esto la permitía defenderse de los asedios masculinos.

—Sin embargo, los suyos dieron resultado —sonrió plácidamente Bishop.

—Eso es. Me costó algún trabajo y muchos chascos, pero al fin lo conseguí. Salimos juntos, intimamos, dándonos cuenta de que coincidían nuestros gustos y aficiones en gran manera. Ella me habló de su trabajo en esta ciudad, pero creo que nunca escuché demasiado sus detalles. Ni siquiera sé dónde prestaba sus servicios de taquimecanógrafa.

—Era secretaria de la gerencia de «Tomlinson, Brewster and Company» —informó escuetamente el policía inglés, después de

consultar un librito de notas—. Siga, por favor.

—Me parece que me queda muy poco por contar. Cuando ella se marchó, de regreso a Inglaterra, quedamos en escribiernos. Fuimos cambiando correspondencia, intimando más y más, dándonos cuenta mutuamente de que ambos habíamos nacido para vivir unidos. Espiritualmente lo estábamos ya aun antes de pensar en la boda. Pero la idea surgió, naturalmente, y aunque en principio Ella se mostró reacia a casarse, acabó por aceptar. Un cable indicaría cuándo tenía el permiso definitivo de sus jefes, y así lo hizo. El cablegrama ya lo ha visto usted. Pero al llegar, he visto cosas extrañas. Su mutismo respecto a la boda, su doble trabajo en la cafetería de Soho los días festivos, su búsqueda de un nuevo empleo con un tal... Hutchinson, sí, Hutchinson era el nombre. Y aquí acaba la historia.

—¿Pensaban vivir ustedes en Londres o en los Estados Unidos, señor Doyle?

—Eso era algo a discutir aún. Por eso tanto ella como yo habíamos solicitado permiso para contraer matrimonio. Unos días de vacaciones, que nos servirían de breve luna de miel y para decidir el futuro de ambos. Pero ahora...

—Sí, ahora ya no va a poder discutir con la señorita Farrell... —Bishop le miró con simpatía—. Ella ha muerto. Y con ella sus planes para el porvenir. Lo siento, de veras.

—Gracias.

Mike extrajo un paquete de cigarrillos americanos, se metió uno en la boca y lo encendió, temblándole ligeramente el pulso. Era la única nota de nerviosismo en el tranquilo reportero americano. Miró en torno, para arrojar la cerilla en un cenicero. Pero Bishop sonrió, negando con la cabeza.

—No, no puede —dijo—. Hemos retirado los dos ceniceros. Había en ellos residuos de cigarrillos y cerillas de madera, que conviene examinar.

—¡Pero... pero si Ella no fumaba! —musitó Mike, mirando con extrañeza al policía.

—Ya lo sé; La muerta llevaba los labios pintados con un lápiz labial no muy fijo, y ninguno de los extremos de los cigarrillos aplastados allí tenían señal alguna de *rouge*.

Doyle meditó en silencio. Estudiaba la habitación con ojos

penetrantes. Todo seguía igual, excepto que una sábana cubría el cuerpo sin vida de la muchacha, las luces eléctricas habían sido apagadas, y hasta la pecera de aguas teñidas parecía más natural a la luz de la tarde, que entraba por la ventana del patio.

Era difícil que jamás olvidase aquella escena. Y vería durante toda su vida la horrible crispación de aquellas manos femeninas, blancas y delicadas, que él tomara tantas veces entre las suyas, aferrándose a la alfombra, como si en ésta se hallase su propia vida, la vida que escapó por los orificios de bala abiertos en su carne.

Se sintió enfermo. El tabaco le sabía a azufre y una aspereza acre le llenaba la boca. Dejó de fumar, arrojando el cigarrillo por la ventana desprovista de vidrios. Luego pidió al policía:

—¿Puedo retirarme ya? Creo que acabaré mal si sigo aquí...

—Lo comprendo. Váyase, señor Doyle. Déjenos su dirección y ya le volveremos a llamar cuando sea preciso. Habrá que molestarle unas cuantas veces más. Mera rutina inevitable, ya sabe. Un crimen... es un crimen.

¡Un crimen... es un crimen! A Mike le pareció fantástico, remoto e imposible que él pudiera estar mezclado en un crimen. Y que la víctima fuese Ella Farrell, encerrada en su apartamento del Strand, de cuya puerta, faltaba la llave que había servido para cerrarla por fuera una vez muerta.

—Me alojaré en el Hotel Piccadilly, superintendente —anunció con sencillez.

—Vaya. ¿Y por qué no el Savoy? —ironizó el policía—. Los reporteros de Prensa americanos pueden permitirse lujos muy sorprendentes para los europeos. Su país es asombroso.

—No mucho. Veo que en Inglaterra también se mata a la gente a tiros, como en el Chicago de mil novecientos veinte... —dijo Mike con amargo sarcasmo, ya en la puerta.

—Y también los asesinos pagan su delito, señor Doyle —completó, grave, el policía.

La puerta se cerró tras del joven yanqui. Mike descendió a la planta baja, donde el telefonista se puso en pie, aturdido al verle aparecer. Mike se paró al oírle:

—Yo... yo ignoraba lo ocurrido a la señorita Farrell... Creí que había salido, como todos los domingos. No podía imaginar que... que... estaba...

—Olvídelo, si puede. Eso no le devolverá la vida.

Mike salió a la calle. Anochecería en breve. La tarde tenía ya un tono azulado, ligeramente brumoso. Por primera vez, en las pocas horas que llevaba en la ciudad, Londres le mostraba algo de su fisonomía habitual.

Las cosas habían cambiado mucho desde su llegada. Y la ciudad no quería ser menos en tales circunstancias. Se echó sobre los hombros su sobretodo gris y se encaminó hacia la próxima parada de un autobús rojo y monstruoso, en cuyo rótulo indicador rezaba: Piccadilly Circus.

Lo tomó, sin prestar atención a nada de cuanto le rodeaba. Ella Farrell seguía ocupando aún su mente De un modo completo y obsesivo. Tan obsesivo que, sin darse cuenta, se encontró silbando algo que de momento le dejó perplejo. Por fin lo identificó: era la inquietante melodía de trompeta que sirviera de fondo a la muerte de su prometida...

En el Piccadilly no había habitaciones, y dado el lujo del hotel, Mike pensó que era casi una dicha. Por contra, halló un apartamento por alquilar no lejos de allí, en Haymarker. Era pequeño y confortable, rentaba poco y tenía la ventaja de contar con la vecindad de un restaurante que podía, incluso, servir comidas a domicilio, cuando los huéspedes lo solicitaban por teléfono.

Avisó de su dirección a Scotland Yard, para que le fuese comunicada, al superintendente Bishop, y se hundió en la intimidad del apartamento. Puso el receptor de radio en funcionamiento, se sirvió una dosis de licor del bar, bien surtido por cierto, con que contaba el apartamento, y avisó a la planta baja de que le subieran los diarios vespertinos.

Los periódicos no decían aún nada del asesinato en el Strand. Tampoco la radio mencionó cosa alguna. Pero Mike Doyle daba, vueltas en su mente a algunos cabos sueltos del asunto, que danzaban en su cerebro, tan confusos como aparecían en la realidad: unos cigarrillos sin señales de *rouge*, una lámpara de pie caída, una llave que no aparecía, una puerta cerrada por fuera y un revólver ausente, que había dado en el acto la total seguridad del asesinato, sin posibles dudas.

¿Por qué aquel afán en presentarle como lo que realmente era?

Ella Farrell era mujer en la que la muerte a manos de una persona desconocida resultaba algo fantástico. Se podía haber intentado presentar la decoración como un suicidio, un accidente... Pero no, era crimen. Y en momento alguno se trató de ocultarlo a los ojos menos perspicaces.

Al día siguiente, cuando despertó, reclamó los diarios de la mañana. Mientras se duchaba y aseaba, llamaron a la puerta, entregándole la Prensa matinal. Los titulares en esta ocasión ocupaban la primera página de casi todos los diarios:

«¡BELLA EMPLEADA DE UNA EMPRESA DE GRABACIONES
FONOGRÁFICAS ASESINADA EN EL STRAND!».

Una fotografía en la que no se había hecho demasiada justicia a la belleza de Ella, ilustraba la primera página de uno de ellos. En los demás, la ilustración gráfica se limitaba a vistas del edificio de apartamentos o a caricaturas del superintendente Bishop.

Mike leyó por encima todos ellos, los arrojó a un lado y siguió vistiéndose, dispuesto a hacer una visita. Antes de salir consultó la guía telefónica. *Tomlinson Brewster and Co.* también denominados en la guía como «Grabaciones Fono-Record», figuraban en High Street, teléfono Holborn 9735.

El joven americano dio la dirección a un taxi, y un cuarto de hora más tarde se detenía frente a los grandes escaparates de *Fono-Record*, cuyo nombre figuraba en grandes letras azules, luminosas durante la noche, sobre el fondo de un gran disco de fluorescente. En las vidrieras, amplias y modernas, se alineaban las cubiertas multicolores, brillantes de los sobres de discos. La sonrisa de marfil de Duke Ellington, la dorada trompeta de Harry James y los dibujos anormales y delirantes del «rock'nd roll» le hicieron muecas desde el otro lado de las altas runas.

Mike Doyle entró en una amplísima tienda, cuyas naves aparecían tan cubiertas de coloreados sobres y grabaciones, como sus escaparates. Fotografías ampliadas centenares de veces, de Peggy Lee, Elvis Presley o Jo Stafford, parecían amenazarle desde los muros, inclinadas ominosamente sobre el cliente. Una pizpireta pelirroja de agresivo busto le preguntó amablemente y Mike expuso sus deseos brevemente, apoyándose en el mostrador de cristal con

miedo a hacerlo añicos:

—Quiero ver al señor Tomlinson o al señor Brewster. Soy el prometido de Ella Farrell.

La pelirroja hubiera lanzado sin duda un grito; de no estar en su lugar de trabajo y temer por la seriedad de la casa. Abrió unos ojos como platos, tomó aire dos veces y luego señaló, sin hablar, el fondo del establecimiento. Mike siguió su gesto.

—«Dirección» —leyó—. Gracias, encanto. ¿Se prohíbe el paso a los desconocidos?

Ella hizo un gesto negativo y Mike siguió adelante con la sensación de que mil ojos se clavaban en su espalda, mientras la pelirroja se apresuraba a cuchichear en los oídos de sus compañeros la identidad del rubio joven que acababa de entrar.

Doyle empujó la puerta del fondo y se encontró en un corredor, muy pulimentado, con iluminación artificial, en el cual le interpeló una joven con gafas desde detrás de una máquina de escribir gigantesca. Mike repitió sus deseos y recibió análogo trato, esta vez indicándole una puerta vidriera escarchada, a la izquierda del corredor.

Mike leyó en ella, antes de golpear con los nudillos.

—¡Adelante! —dijo una voz gangosa al otro lado. Se encontró frente al hombre que debía ser Brewster. Era el tipo que correspondía a aquella voz. Larga nariz adiposa, ojos muy juntos y astutos a ambos lados de ella, boca ancha y batalladora y una distinción muy británica, aun en mangas de camisa detrás de una mesa sólida y pesada.

—¿Qué desea, señor? —preguntó obsequiosamente el hombre—. Le ruego brevedad, porque nuestro trabajo hoy es muy intenso. Tenemos personal ausente y...

Mike echó una ojeada a los diarios desplegados sobre la mesa. Todos ellos estaban mostrando la abundancia de tinta de sus primeras páginas. El joven imaginó algo de lo que pasaba por la mente del director general de *Fono-Record*.

—Soy Michael Doyle, señor Brewster —declaró—. Mi nombre tal vez le sea desconocido. Pero no el de mi prometida, por quien he venido desde Nueva York para casarme. Era Ella Farrell.

—¡Dios mío! —Una palidez súbita se extendió por el rostro sudoroso de Brewster, y su mirada voló automáticamente a la

fotografía de Ella impresa en el *Mirror*—. ¡No es posible!

—Vaya si lo es —Mike se plantó frente a Brewster y pareció estudiarle con calma—. ¿No sabía usted nada sobre su boda?

—Ni una palabra, se lo aseguro.

—Ella me dijo que tenía el permiso de ustedes para celebrar su matrimonio. El permiso de unos días libres, naturalmente.

—Oh, eso es cierto, señor Doyle, pero nunca pudimos imaginar... ni ella nos dijo que...

—Entiendo —Mike hizo un gesto amargo—. Al parecer, nuestra boda era algo así como un secreto de Estado. Nadie en todo Londres sabe una palabra de ello. Creo que descansaría si supiera el por qué...

—Síntese, por favor —invitó. Brewster. Al hacerlo Mike, el hombre manifestó, aun nervioso—: Ella era una buena empleada. Hábil taquimecanógrafa, excelente trabajadora y muy reservada. Pero jamás creí que lo fuese tanto.

—Ni yo tampoco —gruñó Mike, hundido en un sillón de tapizado violeta, fulgurante.

—Hace cosa de seis días nos pidió un permiso de dos semanas. Según dijo, era para atender unos urgentes asuntos familiares que tal vez la obligaran a desplazarse a Northumberland. Quizá sepa usted que su origen era ese...

—Sí, es una de las pocas cosas que sé positivamente —sonrió Mike débilmente—. De lo demás empiezo a estar muy poco seguro. Imagínese lo que es saberse prometido a una chica que, después, resulta ser diametralmente opuesta a lo que uno creía. Al menos en muchas cosas. Pero que usted sepa, señor Brewster, ella no tenía amistades masculinas, ni fumaba, ¿verdad?

—¿Fumar la señorita Farrell? —Hizo un gesto escandalizado—. Le molestaba el humo...

—Ya. ¿Y... respecto a amistades masculinas?

—No le hemos conocido ninguna. Nuestras empleadas son serias en su mayoría, pero hubiera sido natural que la señorita Farrell tuviese admiradores o amigos esperándola. Sin embargo, jamás me informaron de nada parecido. Siempre volvía sola a su casa.

—¿Sabe que trabajaba los días festivos de camarera en una cafetería-restaurant de Soho?

—Sí —asintió Brewster, sencillamente—. Eso en nuestros días no

tiene nada de particular. Su sueldo aquí era bueno, pero creo que tenía que ayudar a su familia en Northumberland... Quizá esa labor extraordinaria le sirviese de ayuda económica. Sin embargo... es en cierto modo extraño.

—¿Por qué lo juzga extraño, a pesar de hallarlo en principio natural? —inquirió Mike, inclinándose hacia adelante.

—Porque ella gastaba muy poco, era muchacha de gustos sobrios y nada aficionada a los lujos. Todas sus compañeras le dirán lo mismo. Sus gastos debían ser muy reducidos. Creo que, en ese caso, su sueldo le sería suficiente, incluso ayudando a la familia.

—Entiendo —Mike dudó, ceñudo—. Cada vez veo menos claro todo esto...

—¿Está investigando su muerte por su propia cuenta, señor Doyle? —sonrió Brewster—. La policía estuvo aquí hace un par de horas y el superintendente de Scotland Yard me preguntó cosas similares a las tuyas. Pero no fui tan detallado con él. La policía no me es simpática, cuando mete las narices en mi negocio.

—Gracias —dijo secamente Mike—. No soy detective, ni mucho menos. Pero he venido a Londres a casarme, haciendo un vuelo de miles de millas. Quería a esa muchacha y me he encontrado con un cadáver acribillado a tiros en su apartamento, con la radiogramola en marcha y... a propósito, ¿qué clase de música le gustaba a mi novia?

Brewster pareció asombrado. Y Mike recordó que el detalle trivial del disco en funcionamiento no venía en ningún diario.

—Es una pregunta extraña...

—Todo lo es en este caso, señor Brewster. Yo debería saber eso mejor que usted. Pero recuerdo que, cuando conocí a Ella en Nueva York, durante sus vacaciones, fuimos juntos a un concierto. Bach, Beethoven, Brahms y Ravel. Eso fue todo. Y parecía encantada. Jamás me habló de que le gustasen los *blues*, ni la trompeta, ni el xilofón de Lionel Hampton.

—¿Por qué cree que yo puedo saber eso?

—Esto es una editorial de grabaciones musicales, ¿no? —Mike señaló en torno—. Deberían de tener alguna ligera idea.

—No puede ayudarle en ese punto, señor Doyle. La señorita Farrell jamás habló de tales cosas durante las horas de trabajo. Quizá alguna compañera pueda ayudarle mejor que yo...

—La pelirroja de la sección de ventas, ¿quién es? —preguntó de pronto Mike.

—Eh... se llama Julie King —declaró Brewster, asombrado—. ¿Para qué quiere saberlo?

—Acaso sea quien me informe sobre Ella —indicó el joven—. Es una posibilidad.

Se puso en pie, despidiéndose de Brewster, que ya no le era de mucho valor, y salió de nuevo a la tienda, dirigiéndose en derechura a la joven pelirroja.

Ella le saludó, balbuciendo:

—¿Ha visto al señor Brewster?

—Sí, pelirroja. ¿Es usted Julie King?

—Eso es —abombó el pecho, sabiendo el efecto que eso solía hacer en muchos hombres. Le defraudó ver que Mike seguía indiferente, con la mirada vagando por las pilas de grabaciones de música moderna—. ¿Quiere algo de mí?

—Sí, pero creo que aquí no va a ser el lugar apropiado para hablar de ello. Quiero hacerle unas preguntas. ¿A qué hora sale de aquí?

—A las doce estoy lista —respondió rápidamente la empleada, convirtiendo en algo muy dudoso la afirmación de Brewster sobre la seriedad del personal—. ¿Le espero?

—No cometeré la descortesía de hacerla esperar —Mike sonrió, dando un suave cachete en la rubicunda mejilla de la inglesita—. Y le advierto, preciosa, que no busco substituta para mi novia. Nuestra entrevista será completamente formal.

—Por supuesto —ella sonrió, provocativa—. En otro caso nunca la aceptaría.

—Hasta las doce, pelirroja —saludó Mike, abandonando el local con su largo paso.

—Adiós, yanqui —la chica suspiró, al verle salir—. ¡Formal! Ya veremos, amiguito...

CAPÍTULO III

En el autobús subió hasta Saint Marylebone, donde se extendía la verde herradura de

Regent's

Park, el zoo de Londres. Seguía dando palos de ciego en la oscuridad, tratando de hallar un hilo que le condujese a la verdadera Ella Farrell, a la mujer con quien se iba a casar y que ahora estaba empezando a conocer nebulosamente. El crimen mismo había pasado a ser secundario.

Era ella quien interesaba. Y acaso en su retrato psicológico y en sus actividades o relaciones se pudiera hallar la clave de su muerte. Subió por Marylebone Road, dejó atrás el famoso Museo de Figuras de Cera de Mme. Tussaud y bajó en la parada de la Plaza del Parque.

Preguntó en la Oficina de Información del Zoológico, a un viejo empleado de ganchuda nariz y lentes peligrosamente a caballo sobre ella:

—Busco al señor Hutchinson. Me han dicho que podría encontrarle aquí.

—¿Hutchinson? ¿En qué sección del parque, por favor?

—Lo ignoro. He recibido un aviso del señor Hutchinson, del zoo de Londres, sin más detalles, citándome para hoy aquí.

—Espere un momento, por favor —el viejo funcionario se retiró, consultó unas listas y luego hizo una llamada telefónica. Cuando volvió sonreía obsequiosamente, pero movió la cabeza negativamente, antes de hablar—: Lo siento, pero tendrá que volver otro día, caballero. El señor Dean Hutchinson, encargado de la sección de empleos de este parque, está ausente en estos momentos. Pero es probable que aparezca en las oficinas por la tarde. Si quiero dejar algún encargo para él se lo entregarán sin falta cuando venga.

—Es igual, ya volveré —Mike iba a marcharse, pero lo pensó

mejor, enmendando—: Bien, quizá sea mejor así: Díganle que un amigo de Ella Farrell se aloja en los apartamentos Piccadilly, en Haymarker. Su nombre es Mike Doyle y tiene que hablar con él. Eso es todo.

El empleado, algo perplejo, tomó nota de todo ello y Mike abandonó la oficina, confiando en que el misterioso Hutchinson mencionado por la camarera del «Hungaria» recibiría el mensaje y daría señales de vida, si tenía algún interés positivo en la muchacha.

Esto le recordó algo. Soho no estaba precisamente cerca del parque, pero un «policeman» le informó sobre el autobús que le dejaría más cerca de Berwick Street, y Mike esperó pacientemente a que pasara el terrible vehículo escarlata, tomándolo rumbo a Soho.

Se apeó a la altura de Shaftesbury. Alcanzó a pie el «Hungaria» y cruzó sus puertas. La mañana londinense era ligeramente fría y una neblina gris empezaba a solidificarse en las calles. Mike se encontró muy confortable en el ambiente cálido de la cafetería.

Desde la puerta escrutó, mientras adquiría cigarrillos, a lo largo del establecimiento. Vio a la misma muchacha que le atendiera la mañana anterior, sirviendo *sandwiches* y té en una mesa. Distinguió otra vacía contigua a aquélla y se apresuró a ocuparla.

Cuando la camarera se acercó el joven alzó la cabeza, mirándola fijamente.

—Hola —saludó Mike.

—Vaya, ¿es usted otra vez? —La camarera casi derribó la bandeja al verle—. Creo que habrá dado al fin con Ella Farrell, ¿verdad?

—Sí, ya la encontré. No fue posible un final agradable, puede creerlo.

—Lo he leído esta mañana en los diarios —musitó la camarera, inclinando la mirada—. Ha sido horrible. ¡Pobre Ella! No se merecía una cosa así...

—Es usted la primera persona que habla tan piadosamente de esa muchacha. ¿Eran buenas amigas?

—Buenas compañeras nada más —rectificó ella suavemente. Miró, nerviosa, en torno y añadió—: Es la hora de atender a la clientela, señor. Si va a tomar algo...

—Sírrame un café solo y unas tostadas con mermelada —pidió

Mike—. No quiero que por mí pierda su empleo.

Cuando la muchacha se alejó, Mike no pudo menos de fijarse en sus curvas, marcadas admirablemente por el azul de su uniforme. Alguien había dicho una vez en la agencia que las inglesas eran flacas y desgarradas. Si aquél era un tipo representativo de mujer inglesa, le hubiera gustado cantarle unas cuantas cosas al que dijo semejante cosa.

Volvió pronto con lo pedido. Mientras le servía, declaró la muchacha en voz baja:

—Cuando usted llegó ayer preguntando por ella, no podía imaginar que...

—Yo tampoco lo imaginaba entonces.

—¿Era realmente su novia?

—Sí lo era.

Mike se miró en la superficie negra de su café. Luego alzó los ojos, observando el color pizarra, chispeante y vivaz, de las pupilas de la camarera. Era muy atractiva. Sin maquillaje, nada artificial, ni siquiera su cabello, tan claro de tonalidad que en vez de castaño parecía oro viejo al herirlo la luz del día.

—Lo siento mucho. De verdad, señor. Era una buena chica, a pesar de lo que puedan creer los periodistas. No les crea. Ni a ellos, ni a la policía, ni a los mismos detalles que rodean su muerte. Yo sé que no era así... Nunca lo fue.

—No sé a quién creer ya, se lo aseguro. Sé que no era la clase de chica que muchos supondrán al leer las noticias periodísticas. Pero sé también que había algo oscuro en su vida. Algo que me ocultó a mí y a otros muchos. Quizá también a usted.

Desde una mesa la llamaron. La camarera se alejó, atendió a los clientes y regresó después, fingiendo que limpiaba su mesa. Habló en tono confidencial, mientras Mike apuraba su café:

—Algunas veces salimos juntas del trabajo. Hablaba poco de sí misma.

—Sí, eso me han dicho.

—Pero un día... parecía más desanimada que otros. Me pidió que la acompañase a un lugar, donde estuvo algún tiempo. Yo la esperé en la calle, a petición suya... y seguí con ella hasta Piccadilly Circus. He pensado si le interesaría saberlo...

Volvió a alejarse, requerida por su trabajo. Mike meditó la

información. Luego la llamó ostensiblemente, señalando su taza vacía.

—Otro café —pidió—. ¿Cómo se llama usted?

—Jill. Jill Grayson —sonrió ella—. ¿Y usted?

—Mike Doyle. Quisiera que me llevase a ese lugar.

—Puedo decirle dónde es...

—No. Prefiero que me guíe personalmente... y me amplíe los detalles.

—Hay poco que ampliar.

—No importa. ¿Podrá hacerlo?

—No, hasta esta tarde. Termino mi turno a las cinco.

—Estaré aquí a esa hora —se puso en pie, echando sobre el mostrador el importe—. Tómese usted el café que he pedido. Templa mucho los nervios en algunos casos. Hasta la tarde, señorita Grayson.

—Adiós, señor Doyle —la camarera le vio alejarse y desaparecer en la neblina de la calle, con un gesto indefiniblemente vago. Luego volvió a su labor con premura.

Eran las once y media cuando se paró frente a *Fono-Record* de nuevo. Tenía tiempo suficiente para recoger a la pelirroja. Aquel día iba a parecer un coleccionista de bellezas inglesas, a las horas de terminación del trabajo de cada una.

Se metió en un establecimiento de droguería, telefoneando a los apartamentos Piccadilly. No había otra novedad que una llamada de Bishop, desde Scotland Yard, advirtiéndole que aquella noche, sobre las ocho, pasaría a verle por su apartamento.

Mike colgó, saliendo a la calle. Esperó allí hasta las doce. La pelirroja salió, envuelto en una gabardina amarilla, deslumbrante, y reunióse con él. El joven la tomó del brazo, sin que ella se opusiera, y se alejaron juntos hacia Trafalgar Square.

En el fondo no esperaba sacar gran cosa de aquella chica. Pero iba a apurar todas las posibilidades, aunque éstas fueran tan frágiles como aquella pelirroja superficial y casquivana, que había trabajado durante meses o quizá años, al lado de la mujer a quién hubiera hecho su esposa, y que, en cambio, le resultaba una completa desconocida.

—¿Le gusta trabajar en ese negocio, Julie? —preguntó Mike, cuando hubieron caminado unos pasos.

—No está mal —dijo ella, volviendo hacia el joven sus ojos pardos. Le guiñó descaradamente el derecho al continuar—: Me gusta la música americana, ¿sabe? Tiene ritmo, vida, algo que le hace hervir a una la sangre. ¿A usted le gustará mucho el baile, verdad?

—Sí, bastante —asintió vagamente Mike—. Sobre todo los *blues*.

—¡Oh, eso es demasiado lento! —rechazó ella, desilusionada—. Incluso los *blues* de Fred Savage son terriblemente lánguidos. Parece que se muriese tocando la trompeta. Las piezas de Harry James me gustan más.

—Enamorada del ritmo, ¿eh?

—Me vuelvo loca por la buena música —y subrayó lo que ella entendía por «buena música», ondulando sus caderas con frivolidad.

—Igual que Ella Farrell, ¿verdad? —sonrió Mike, mirándole con aparente desinterés.

—¿Ella? ¡Cielos, no! A mí no me gustan los clásicos. Con Beethoven, Mozart y esa gente me duermo de aburrimiento. En cambio, su novia se embobaba oyendo conciertos. Creo que es lo único que adquiriría para ponerlos en casa: discos sinfónicos. ¡No entiendo a esas jovencitas tan anticuadas en gustos!

—Yo tampoco lo entiendo...

—¡Vaya! Y eso que era su novia...

Mike no respondió nada, pero se refería a otras cosas. Eran otras muchas cosas las que no entendía acerca de los gustos musicales de Ella Farrell. Entre ellas un disco en tiempo de *blue*...

CAPÍTULO IV

Jill Grayson miró con desaprobación el rostro sonriente de Mike. Luego expuso una fría observación:

—¿Por qué no se quita el *rouge* de la boca antes de reunirse con otra chica?

El joven se pasó apresuradamente un pañuelo por los labios, borrando una mancha de carmín que le hizo torcer el gesto. Aquello era todo lo que había sacado en limpio de la pelirroja de *Fono-Record*. Aquello y la seguridad de que a Ella le gustaban Beethoven y Brahms.

—Uno tiene que pagar a veces de algún modo los informes que recibe —contestó con todo cinismo el americano.

—¿Y le costó mucho trabajo pagar? —Jill habló con un sarcasmo que, a juicio de Mike, le hacía adorable.

—Un poco. No me gustan las pelirrojas. Pero ella cerró los ojos, entreabrió los labios y...

—Entiendo. Puede ahorrarse el resto. ¿No ha venido a que le acompañe al lugar adonde fue Ella Farrell aquella tarde? Yo no le voy a exigir pago alguno por mis informes...

—Sí, eso imagino —Mike suspiró—. Es usted muy diferente a la pelirroja...

—Gracias a Dios. ¿Qué diría usted de las inglesas, en caso contrario?

Mike no respondió. Tomaron un taxi y Mike invitó a la joven a que indicara la dirección. Ella dio un número de Coventry Street y el vehículo avanzó por Berwick, bajando hacia Piccadilly.

Mientras Londres en un atardecer en el que la niebla estaba espesando por momentos, desfilaba a ambos lados de las ventanillas, Mike Doyle estudió en silencio el perfil gracioso y moderno de Jill. Era una linda chica, de respingona naricilla y boca muy roja y carnosa. Con la blusa blanca y la chaqueta de ante,

ribeteada de blanco, su figurita era más encantadora aún que con el coquetón uniforme del «Hungaria». Pero seguía teniendo aquel rostro ingenuo y dulce, carente de artificialidades, tan grato a la vista.

—¿Qué mira, señor Doyle? —preguntó de pronto ella, volviendo a él sus grises ojos.

—La miro a usted. Es un hermoso espectáculo.

—Londres es más interesante para el turista. ¿No le dedica su atención?

—No. Al menos, no cuando usted está presente. Creo que tiene más atractivos que la vieja ciudad. La juventud siempre vence, ¿no lo sabía?

—Su prometida tenía juventud —arguyó fríamente Jill, dejando asombrado a Mike—. Y no le sirvió de nada cuando llegó la muerte.

—Es verdad... —suspiró Mike—. Es usted terriblemente realista. Ha logrado ahuyentar mis pensamientos poéticos. Ya que la ha mencionado, hablemos de Ella. ¿Cómo fue pedirle aquel día que usted la acompañase? Al parecer, no era habitual en ella.

—No, no lo era. Solíamos separarnos en la parada del autobús. Pero aquel día parecía preocupada por algo. Me dijo que era mejor que la acompañase. Yo lo hice de buen grado, aunque muy sorprendida. Durante el camino hasta la casa de la calle Coventry observé que iba sumida en sus pensamientos, ensimismada en ellos, sombría casi.

—¿No era frecuente esa actitud en Ella?

—Ni mucho menos. Era reservada, pero alegre, simpática y juvenil. Usted, conociéndola mejor que yo, podría saber esto más a fondo. ¿No es así?

—No. Se da la curiosa circunstancia de que, siendo su prometido, jamás conocí a la verdadera Ella Farrell. Ahora, cuando empiezo a conocerla, dudo y me debato entre distintas impresiones. Yo me pregunto: ¿Quién era la verdadera Ella Farrell? ¿La que yo conocí en Nueva York, despreocupada, dulce y seria, con la sonrisa siempre a mano, pese a su carácter severo, aficionada, a la música clásica... o la mujer de uñas barnizadas, muerta en su apartamento por alguien que fumaba cigarrillos ingleses y usaba cerillas de madera, sobre un fondo de música moderna de trompeta? También podía ser la que usted dice, o la que describe su jefe, o la que se

citaba en el zoo con un encargado de empleos a quién aun desconozco.

—Tal vez fuera la que yo vi salir de la casa de Coventry —dijo de pronto Jill, con expresión evocadora—. Nunca la vi tan radiante, tan satisfecha y libre de preocupaciones. Parecía como si aquella breve visita, que apenas duró un cuarto de hora, le hubiera hecho ver un todo diametralmente opuesto de la vida. Era distinta incluso a la que yo conocía en la cafetería. Más locuaz y amistosa. Me convidó a tomar el té en un bar de Leicester Square y quedamos en vernos al otro día. Después del trabajo iría al «Hungaria» a tomar el té. Era realmente feliz. Pero al otro día no volvió al «Hungaria».

—¿Cuánto hace de eso, señorita Grayson?

—Dos o tres semanas. Croo que tres. Ella volvió un domingo a trabajar. Ya no vi en su acritud la felicidad de aquel día. Fue... la de siempre. Y el siguiente domingo... fue ayer. No volví a ver a la pobre muchacha. ¡Ah! Ya hemos llegado. Aquélla es la casa.

Señalaba una edificación moderna, con abundancia de vidrio, cemento y ladrillo. Podía haber pertenecido igual a Broadway, sin desdoro junto a los rascacielos neoyorquinos. Detuvieron el taxi, abonaron el precio de la carrera y saltaron a la amplia acera de Coventry.

—¿No sabe en qué piso o apartamento entró ella? —preguntó Mike, examinando las ocho o diez plantas de vidrios amplios y salientes.

—No —Jill parecía abatida por aquella contingencia. La diversidad de pisos y apartamentos de aquel edificio harían casi imposible la búsqueda—. Lo siento.

—Bien, es natural que sea así —Mike respiró hondo, mirando a las alturas—. Empecemos a buscar en el pajar la pequeña aguja... y que Dios nos ayude.

Ya en el amplio vestíbulo del edificio, Mike tuvo la primera prueba de que su ruego había sido escuchado. O al menos así lo imaginó al ver las placas encasilladas en un completo cuadro de apartamentos. En el piso tercero, apartamento 312, rezaba:

ONSLow WILCOX
CLUB DE MÚSICA MODERNA

Otra vez volvía a encontrarse música moderna en su camino. La machacona insistencia de aquel factor inexplicable en el misterio de la muerte de Ella Farrell empezaba a obsesionar a Mike. Parecía como si algo o alguien se empeñase en poner una cortina desconcertante sobre la verdad de aquel asesinato. Porque la verdad tenía que estar en algún sitio, en algún hecho, de todos aquellos hechos extraños que aparecían ante ellos como los hongos después de la lluvia. ¿Cuál tenía sentido y cuál no?

—¿Cree que ella subió ahí? —Jill hizo un gesto de sorpresa—. Nunca supuse que a Ella le gustase la música moderna.

—Ni nadie. Eso es lo que me trae loco, señorita Grayson —dijo Mike, entrando en el ascensor con ella.

El apartamento 312 estaba al fondo de un corredor en forma de ángulo. La inscripción se repetía en un rectángulo de cristal, sobre la puerta barnizada de azul claro. Al otro lado de la hoja de madera se sentía una lánguida melodía, dulzona y adormecedora, con alargadas notas de trompeta y ritmo negroide de piano. Mike tragó saliva, recordando otra ocasión en que oyera música como aquélla, y la muerte estaba tras de ella.

Pulsaron el timbre. Jill, inconscientemente, seguía con movimientos de cabeza el pegajoso ritmo lento de la música. Mike tabaleaba también a su compás sobre el marco de la puerta, con la punta de los dedos.

Aquello no parecía una grabación y eso se confirmó al abrirse la puerta. La música era cálida, espesa, adormecedora, y el hombre que apareció en el umbral tenía el aire torpe de los melómanos extasiados por la melodía.

—Buscamos a Onslow —empezó decididamente Mike, siendo silenciado con un expresivo roce de un dedo sobre los labios del hombre del piso que, por toda respuesta, se echó a un lado, invitador. Pasaron a un vestíbulo donde la luz de la tarde, bastante oscurecida ya, no llegaba. Había luces indirectas, de tonos apagados, y dibujos murales tan raros como si el propio Dalí se hubiera propuesto superarse a sí mismo.

El extraño anfitrión sonrió misteriosamente y desapareció en el fondo del apartamento, lugar de procedencia de la melodía entonada por cuatro o cinco instrumentos de viento bien manejados.

Mike y Jill se miraron, ligeramente aturdidos, encogiéndose de hombros al unísono.

—¡Qué aventura, cielos! —musitó Jill, mirando a las delirantes pinturas de las paredes, que parecían hacerles muecas burlonas por doquier.

—Sospecho que mucho más inocente de lo que parece —musitó Mike, adelantándose de puntillas al fondo de la estancia. Una larga cortina, verde, vibrante de color, caía sobre la puerta por la que desapareciera el desconocido. Mike la alzó resueltamente, asomando la nariz por el hueco. Tras él lo hizo Jill, fascinada.

Se encontraron con un espectáculo tan extraño como inquietante. Aquello podía haber sido muy bien un estudio existencialista de París. Se repetían las pinturas abstractas en los muros de color de ensaladilla rusa o cosa parecida. Y bajo una iluminación tenue, narcótica casi, cinco hombres soplaban en sus instrumentos con aire lánguido, fofo, decadente. Clarinete, trompeta, trombón de varas, saxo y piano formaban un raro combinado, pero todo ello presidido por aquella pegajosa dulzura, por aquel arrastrar de las notas, que a veces parecían caer a tierra, reptar por los muros y perderse en el cielo de la habitación hexagonal, evaporadas entre brumas de luz azul pálida.

Lo más curioso era el espectáculo en torno a estos hombres entregados con fanático éxtasis a su arte, o lo que fuera. Mujeres en traje de tarde o de noche, todo lo descotadas que podía permitir una reunión así, apuraban altas copas de licor, apoyadas unas en el muro, sentadas otras en incómodas sillas cromadas, pero todas en un hipnotismo inexplicable, absurdo. Como ausentes de aquel lugar y de aquel momento. Otros tantos hombres, o quizá alguno más, las imitaban en una estática inmovilidad todavía más ridícula y cómica, desde el punto de vista de Mike.

Sin embargo, aquella escena de embriaguez musical, de droga adormecedora y melodiosa, tenía también un aire fantástico, irreal, estremecedor. No parecían seres humanos, nada parecía auténtico, sino extraído de un aquelarre negroide asombroso.

—Dios mío, Doyle —Jill apretó con fuerza los brazos de Mike, impresionada—. ¡Qué gentes más extrañas!

—Sí, pero ahí está Onslow Wilcox —gruñó belicosamente Mike—. Entre conmigo. No se suelte, si le dan miedo. Voy a buscarle.

Penetraron en el santuario de fieles melómanos. Algo de la pastosidad narcótica de la música se trasladó a ellos. Terminaron una pieza, pero el fondo pianístico no cesó en ningún momento con su tecleo obsesivo y empezó otra pieza. Mike se puso rígido un solo segundo. El *blue* le martilleo, haciéndole ver de nuevo un apartamento vacío, con una lámpara caída, una pecera con dorados pececillos entre luz azul... y una mujer zubia, de uñas laqueadas, aferrándose sin vida a su alfombra cremosa... Música y muerte. Era el mismo *blue*. Jamás podría olvidarlo.

—¿Onslow Wilcox? —preguntó a un joven vestido de *smoking*, que bebía algo lechoso en un vaso.

Negó el joven y Mike repitió la pregunta en un susurro a otro beodo musical, que negó igualmente. Jill, prendida de su brazo, mirando aquella especie de museo de figuras de cera ligeramente animadas de vez en cuando por el cadencioso movimiento de sus cabezas siguiendo el ritmo, no se apartaba una pulgada de su lado.

—¿Onslow Wilcox? —Martilleó de nuevo Mike a un cuarto hombrecillo, menudo, pálido y delgado, que ni siquiera le miró, siguiendo la melodía en *blue*. Pero asintió con la cabeza. Mike le estudió con renovado interés. Llevaba la corbata de lazo desabrochada, sudaba copiosamente, empapando la blanca camisa, y tenía el *smoking* sucio de ceniza de tabaco.

—¿De modo que es usted?

Nuevo asentimiento, entre nubes algodonosas, del hombrecillo.

Mike apretó los labios, musitando:

—Yo soy amigo de Ella Farrell.

Ahora sí le miró Onslow. Pero sus ojos oscuros estaban turbios, lejanos, inexpresivos. Cuando habló, era apenas un susurro que a Mike le costó captar:

—Lárguese —dijo, con el mismo tono que la música—. No me interesa usted.

—Usted a mí sí —el tono de la réplica de Mike era incisivo, feroz—. La asesinaron.

—Bueno. Váyase. Está molestando...

—¡Al diablo la música! —Alzó el tono un poco más, y le miraron con horror varios de los presentes. Era como una profanación. Mike respiró hondo, por no liarse a golpes con toda aquella partida de insensatos, y continuó, en voz baja—: Quiero saber si Ella venía

aquí a emborracharse, como ustedes, con esa música ratonera del demonio.

—No recuerdo. No puedo recordar. Estoy en otro ambiente, en otro plano, fuera del espacio y del tiempo... Márchese. Usted rompe el hechizo...

—Veremos si le rompo la fea cara que la naturaleza le ha dado, amigo, y entonces sospecho que dejará su sitio fuera del espacio y del tiempo, para volver a la tierra. Quiero saber qué pintaba Ella Farrell entre toda esta pandilla de esquizofrénicos. ¡Y lo sabré!

Había tomado a Onslow Wilcox por las solapas brillantes del *smoking*. Los ojos seguían pareciendo vagos y fríos, pero por ellos pasó un ramalazo de cólera, de odio. Rápidamente, como a un, conjuro inexplicable, Mike se sintió aferrado a su vez por varias manos, que tiraron de él, apartándole del hombrecillo enfermizo. Revolvióse furioso, y con un grito agudo de Jill, estiró los puños, encontrando algo sólido que chascó lúgubrementemente. Dos tipos rodaron por tierra, sumidos en un sopor más realista que el de la música. Cesó bruscamente el *blue*, nuevas manos aferraron por doquier a Mire Doyle, y la voz pastosa, incolora, de Wilcox, ordenó secamente.

—¡Fuera con él! ¡Es un profano, un enemigo del club!

Pareció algo mágico, porque inmovilizaron a Mike, éste recibió varios golpes, se sintió llevado en volandas y aterrizó en tierra. Algo sonó con chasquido fuerte, y al sentarse en tierra, frotándose el rostro dolorido, averiguó que era la puerta, y el punto de aterrizaje el suelo pulimentado del pasillo. Ante él, mirándole entre asustada y divertida, estaba Jill Grayson, con su sombrero en la mano, esperando que se pusiera en pie.

—La visita ha sido un fracaso, Doyle —dijo suavemente—. ¿Por qué no lo admite?

—Admitido —Mike se puso en pie—. Esa pandilla de malditos locos... ¡Escuche, otra vez esa musiquilla! Si la oigo una vez más terminaré tan loco como ellos. Tentado estoy de denunciarle a la policía.

—¿Para qué? Saldría perdiendo, Doyle —sonrió Jill, con un chispeo de humor en sus deliciosos ojos—. Allanamiento de morada, violencia, yo qué sé... Cada cual se divierte a su gusto, mientras no quebrante la ley. Emborracharse con alcohol o música

no es igual que hacerlo con opio o marihuana. Vamos, hay que saber perder, Doyle. No me defraude. Diga lo que Mac Arthur al abandonar Filipinas: «Volveré para triunfar». Su sombrero...

—Cree que Mac Arthur no dijo eso exactamente, pero es igual — avergonzado, tomó su prenda y se la encasquetó rabiosamente—. Ello no cambiará el resultado de mi aventura: fracaso, fracaso y fracaso. ¿Cenamos juntos para olvidarlo?

—No puedo. Soy una chica de su casa, Doyle. A mis padres no les gustaría que cenase fuera.

—Otro fracaso —suspiró Mike, avanzando hacia el ascensor—. Vamos, pequeña, antes de que siga la racha...

CAPÍTULO V

En los apartamentos Piccadilly le esperaban dos sorpresas. La primera y menos importante era que el superintendente Bishop, con admirable tenacidad británica, había ido a buscarle tres veces con urgencia. La segunda, que tenía un mensaje en su casillero de correspondencia. El telefonista del vestíbulo se lo entregó, junto con su llave, y Mike lo desplegó, intrigado, junto a uno de los globos de luz del *hall*.

Era una nota escrita a mano, con letra apresurada, nerviosa y grande:

«Le espero esta noche en mi casa. Fark Lane, 1247, Hyde Park, Kensington. Es importante y muy grave.

»Dean Hutchinson».

Mike Doyle sintió un estremecimiento subiendo por su espina dorsal. Sin subir a su apartamento, devolvió la llave y dijo al telefonista que si volvía el superintendente le esperase en el interior de su apartamento o volviera por la mañana. Después salió a la calle.

Kensington, según su plano, que tenía todas las probabilidades de ser cierto, estaba bastante apartado. Por la noche, Hyde Park y sus alrededores no debían de resultar un portento de animación. Pero Dean Hutchinson, el misterioso caballero del zoo, que maldita la relación que él le podía encontrar con Ella Farrell, la cafetería, los discos, la música moderna y todo lo demás, le estaba esperando con novedades «importantes y graves», según su propia nota.

Valía la pena tomar un taxi, aunque ello significara otra merma considerable en sus economías. Le dio la dirección de Park Lane, el hombre le miró con recelo, temiendo quizá que una vez allí fuese

despojado de su recaudación por el viajero, y, al parecer, satisfecho de su examen, le guió hacia el oeste de Londres.

Park Lane, a aquellas horas de la noche, no tenía el bucólico y familiar aspecto que durante el día mencionaban las guías turísticas. Ni nadie hablaba, subido en un estrado, de temas revolucionarios sobre la política actual, rodeado de gentes excitadas. Nada, salvo los globos de luz, en largas rectas que convergían en el horizonte ciudadano edificios señoriales, y las altas verjas de Hyde Park a la izquierda, subiendo hasta el Arco de Mármol. Ni tampoco el desfile de lujosos coches, ni el paseo de modelos costosos. Las luces brillantes del Dorchester Hotel quedaron atrás. El taxi subió hasta cerca del arco triunfal, deteniéndose ante una hilera de Victorianos edificios de roja fachada.

—Aquél es el mil doscientos cuarenta y siete, señor —dijo el chófer, señalando la edificación de menos pisos. Igualmente roja y severa, evocando el esplendor británico de la Reina Victoria. Sólida, con empaque y señorío. Un trozo vivo del viejo Londres ochocentista.

Mike pagó la carrera, avanzando hacia la casa. Miró con desconfianza en torno. Estaba, ligeramente escarmentado sobre el resultado de sus andanzas. Aquel día no podía decirse que hubiera sido muy pródigo en éxitos. Una visita a *Fono-Record*, otra al zoo, ambas improductivas, un paseo demasiado apasionado con una pelirroja demasiado candente, y un encuentro agradable, el de Jill Grayson, para terminarlo con un fracaso rotundo y humillante, que no le dejaba convertido precisamente en un caballero andante, a ojos de la inteligente y atractiva camarera del «Hungaria».

Ya estaba, sin darse cuenta, en el gran *hall* del edificio Victoriano. Un portero de librea tan pasada de moda como la misma casa le abordó, brotando materialmente de las sombras, mal disipadas por las luces, de usanza ochocentista incluso en su claridad.

—¿Qué desea, señor? —La pregunta, algo cavernosa, le sobresaltó. Pero el aspecto del hombre, a pesar de sus ropas, no era inquietante.

Mike sonrió, adoptando un aire resuelto.

—Estoy citado con el señor Hutchinson. Dean Hutchinson. ¿Es aquí donde vive?

—Primera planta, puerta central, señor —informó el portero, desapareciendo mágicamente en la oscuridad que parecía haberle engendrado.

Mike miró aprensivamente a las zonas sombrías y subió la escalera.

La recia puerta central de la primera planta le hizo el efecto de un terrible muro que jamás podría salvar un pigmeo como él. Pero ahuyentó esa sensación de inferioridad y golpeó resueltamente la aldaba de bronce, en forma de un grifo espantable.

Fue igual que si hubiera silbado «Levando anclas». Nadie acudió a su llamada. Pero, cosa curiosa, la terrible puerta rechinó larga y débilmente, como si se moviera. Mike dio un paso atrás, escrutando el lugar por si aparecía un espectro de la época en que se construyó el edificio. La puerta volvió a rechinar. Y esta vez Mike observó que se movía.

Avanzó, resuelto y empujó. La pesada hoja de madera, con otro chirrido más prolongado, se fue abriendo, mostrándole la oscuridad del interior. La negra boca le dejó estupefacto.

Si aquella casa tenía algo de lógica, el conmutador de la luz debía estar a la izquierda. Pero también podía haber un tipo con una pistola, la misma que vaciaron sobre Ella Farrell, esperándole amablemente en la oscuridad. Sin embargo, el americano dio vuelta a la luz.

Y la luz llegó, como era natural que ocurriese. Se encontró con un recibidor amplio, de altos muros cuajados de tapices exóticos, de recuerdos de las Colonias y de trofeos de caza mirándole desde las paredes con sus ojos de cristal, inmóviles y fríos.

Otra agradable aventura la que empezaba, pensó Mike, muy escamado con todo aquello.

Pero entró, llamando con voz fuerte:

—¡Señor Hutchinson, señor Hutchinson!

La voz se perdió burlonamente en el fondo de aquel piso, interminable y colosal como la propia puerta que le daba acceso. Lo único que pareció sonar en el interior de la vivienda, aparte de los ecos de su voz, fue una radio abierta. Aquello, al menos, daba señal de existencia humana, y animó a Mike, que avanzó por el gigantesco recibidor, preguntándose si todas las habitaciones de la casa serían tan amplias como aquélla, y si entonces no se habría

equivocado de casa, metiéndose en el Palacio de Buckingham.

Encontró otra llave de luz y también le dio vuelta. Le mareó las dimensiones del corredor que se perdía en el fondo de la vivienda. Había cuadros por las paredes, litografías bastante aceptables de Renoir, Van Gogh y Degas. Indudablemente, Hutchinson tenía gustos impresionistas e impresionantes.

El sonido, de la radio o lo que fuere le llegó más preciso al adentrarse en el pasillo, más claro y definido. Se detuvo, con los cabellos erizados. Era un *blue*. Un blue que recordó inmediatamente...

Corrió súbitamente pasillo adelante, poseído de una furia ciega, pero concreta. Una puerta cerrada aparecía en el fondo del corredor. Una gran puerta de dos hojas, por la que se filtraba la música. Mike Doyle descargó sobre ella una patada, abriéndola de par en par. La música salió en oleadas.

Y Mike sintió subir el estómago a su boca, no escapándose por ella de verdadero milagro. Se tuvo que apoyar en el quicio de la puerta, antes de que su mirada resbalara por el iluminado salón, de enormes proporciones, lleno de biombos chinos, muebles laqueados, panoplias de armas exóticas, cabezas de pumas y de leones, búhos disecados, grandes lámparas pasadas de moda, encendidas todas ellas... y un enorme mueble-radio, en cuyo tocadiscos giraba una grabación obsesionante.

El *blue* de la muerte, pensó Mike con un escalofrío.



El «blue» de la muerte sonaba en aquella habitación...
2 — MATANDO

Porque si el hombre que había en medio de la habitación era Dean Hutchinson, podía jurarse que Dean Hutchinson estaba más muerto que la misma Ella Farrell. Tendido en tierra, al pie de un pesado mueble escritorio, volcada una butaca de peluche rojo, la sangre formaba coágulos oscuros bajo su cabeza, despedazada con

algo macizo, contundente.

Tal vez aquel largo atizador de chimenea, caído junto al cuerpo inerte...

—¿Es que va usted a irse encontrando cadáveres por todo Londres mientras está aquí? —gimió Tyne Bishop, dando largas zancadas por la habitación—. ¿Qué le he hecho yo para que me busque tantas complicaciones?

—Le juro que no utilicé el revólver contra Ella Farrell ni el atizador contra Hutchinson —dijo Mike gravemente—. En ambos casos, se me anticiparon con bastante tiempo.

—Voy a tener que irle poniendo en mi lista de sospechosos, Doyle.

—¿Sí? Pues meta en ella otros nombres, superintendente. Onslow Wilcox, por ejemplo.

—¿Onslow Wilcox? ¿Quién es ese pájaro?

—Un melómano, un borracho de música ramplona. Le asquearía conocerle.

—Parece conocer usted a mucha gente, para llevar tan poco tiempo en Londres, Doyle.

—Se asombraría de la cantidad de gente que conozco. Dígame cuándo quiere que le presente a alguien, pero no les avisaremos, por si aparecen también así, con música de fondo.

—Muy chistoso —Bishop torció el gesto con una expresión avinagrada muy poco inglesa—. Parece que ha mejorado su moral desde que ayer dio con su pobre novia muerta...

—No —Mike apretó los labios—. Pero procuro olvidar. El día que tenga en mis manos al que ha hecho todo esto, le aseguro que no bromearé.

—Y yo quiero asegurarle otra cosa, Doyle —gravemente, Bishop se plantó ante él—. No se meta en asuntos que conciernen sólo a Scotland Yard. Ustedes, los yanquis, son muy amigos de enredarse en aventuras emocionantes, pero a veces ese afán de emociones termina muy mal. Es un consejo.

—¿Oficial?

—Tómelo como quiera —gruñó el policía, irritado—. Esto no son los Estados Unidos. Aquí no nos gustan los aficionados a detective haciendo las cosas por su cuenta, porque eso sólo trae complicaciones para unos y otros. Me ha dicho usted que visitó el

zoo, dejando un recado a Dean Hutchinson. En respuesta a ese aviso, Hutchinson le llama a usted con apariencias de notificarle algo importante. Y el resultado de todo ello, es que una tercera persona, ignorada por usted y por mí, viene a visitar a Hutchinson, le golpea con un atizador de hierro, destrozándole los sesos, y se esfuma como en el caso de Ella Farrell, dejando todas las huellas posibles que señalen la muerte como un crimen, y el dichoso disco girando en el gramófono. Todo muy truculento, espectacular y, por lo visto, eficaz también, porque no tenemos ni idea de lo que andamos buscando.

—Estos crímenes no son normales, superintendente.

—¿Qué quiere decir con que no son normales? Lo normal para que un crimen lo sea, es matar y no dejar rastros de la identidad del asesino. Todo eso se cumple.

—Sí, sí, pero ¿por qué matar a Ella Farrell? ¿Y por qué a Hutchinson? ¿Y por qué hay tanta música metida en todo esto? No encaja, no tiene sentido...

—No me preocupa la música, sino el crimen, Doyle.

—Es que tiene que preocuparnos. Ha de encajar en algún sitio —Mike se acercó a la radio, y tomó el disco, procurando hacerlo con un pañuelo. Leyó el título grabado en su circunferencia central—: *Blues nocturnos*. Fred Savage y su «Trompeta Mágica». ¿Se da cuenta?

—¿De qué?

—¡Es la misma melodía del apartamento de Ella! ¡No puede ser casual! Y también lo tocaban aquellos maniáticos de la melodía moderna de Onslow Wilcox...

—Ya volvemos a su eterna historia de la música como factor siniestro en el caso —suspiró Bishop—. Mire, Doyle, he ido hoy a su apartamento un montón de veces, sin encontrarle. Tenía noticias importantes que comunicarle. Y usted, como una anguila, se me escurría de las manos. Andaba danzando por Londres, de chica en chica y de lío en lío. A este paso acabará por complicar las relaciones diplomáticas angloamericanas.

—Déjese de bromas, superintendente. ¿Qué ocurre?

—Es sobre su novia, Ella Farrell. La policía, a veces, se mueve más rápida que los «Dick Tracy» de importación...^[1] ¿Sabe usted que su prometida se había casado hace tiempo con un tal Jake

Lindsay?

Mike Doyle se quedó de piedra. Algo frío y sutil le pasó desde la punta de sus pies al extremo de los cabellos. Luego, balbució con estúpida expresión:

—¿Casada... Ella?

—Eso es. Casada, y separada de su marido —Bishop sonrió—. Eso no alteraba sus planes matrimoniales, porque la separación anulaba su boda anterior. No es nada aparentemente trascendental, pero he creído oportuno notificárselo. Para ser su novia, ignoraba usted bastantes cosas sobre ella.

—En realidad... nunca le pregunté una cosa así. Imaginé siempre que era una chica soltera, y ella no hizo nada por disuadirme de ello.

—Tal vez se sintiera avergonzada de su anterior enlace. Aún no hemos dado con Jake Lindsay, pero nos han dicho que es un pájaro de cuenta. Borracho, desaprensivo y poco recomendable. Ha ejercido diversas profesiones, desde pintor surrealista a conductor de taxis, pasando por músico de poca monta y escritos de cuentecillos para revistas baratas.

—¿Músico también? —Mike se pasó su mano helada por su frente calenturienta. Le alivió y repitió el gesto, repitiendo asimismo—: ¿Músico?

—Sí, pero no ejerció mucho tiempo —dijo Bishop, picado—. Deseche sus fantásticas teorías musicales. Eso no encaja aquí.

—Puede que no. Pero la idea me obsesiona. Música por todas partes... Música detrás de cada hallazgo... Tengo miedo, superintendente.

—¿Miedo? —Bishop enarcó las cejas, burlón—. Creí que era usted un héroe de novela, metido a investigar fantásticos enigmas de dos chelines la edición.

—No es miedo por mí, superintendente —arguyó Mike, pensativo—. Es un temor más sutil e inconcreto. Miedo a lo que nos espera. Miedo a que esto siga adelante. A que la serie sangrienta no se detenga en Hutchinson, sino que continúe, golpeando aquí, allá... hasta concluir la tarea esa tarea, horrible, siniestra, de alguien que camina ahora por Londres, con la muerte en su corazón y en su cerebro, planeando acaso el próximo asesinato.

Tyne Bishop estaba mirando fijamente a Mike. Tardó en

contestar unos segundos, impresionado al parecer por aquellas palabras:

—Diablo, Doyle, tiene usted dotes de persuasión asombrosas. Casi me ha hecho creer en ese folletín sangriento y melodramático. Posee una imaginación admirable.

—Usted se ríe de mis temores, pero ya van dos cadáveres a mi paso. Eso puede señalar algo, que usted no se paró a pensar: que voy sobre una pista cierta, sobre un rastro que, aunque a mí me parece confuso y sin sentido, lo tiene en el fondo. Y el asesino lo teme, anticipándose a mis pasos para que no vaya demasiado lejos.

—Puede ser —Bishop sonrió—. Pero es probable que usted no se haya parado a pensar en otro aspecto, también interesantísimo: Si continúa tan acertadamente su pista, quizá el tercer cadáver sea el suyo.

—Ya lo he pensado —asintió Mike, estudiando de nuevo el disco monográfico Era un microsurco nuevo, cuya funda se veía sobre el mueble radio. Desentonaba en el ambiente tradicional y victoriano de la casa, igual que un traje de noche en un pensionado de novicias. Examinó ahora la funda. Había una fotografía a todo color de un hombre moreno, guapo y fotogénico, tocando una dorada trompeta, en la cual aparecía el título: *Blues Nocturnos*. Debajo, unas letras verdes, chillonas detallaban: El compositor e intérprete de hoy: Fred Savage y su Mágica Trompeta.

Casi sin oírlas, llegaron a él las palabras de Tyne Bishop, lejanas y graves:

—He dado orden de que busquen a Jake Lindsay. Últimamente vivía en Limehouse, en un lugar de mala nota, semejante a la taberna histórica de Charlie Brown. Parece que Ella y Jake se divorciaron a los pocos meses de casados. De esto hace seis o siete años, Doyle. Usted aún no la conocía. Así que no tiene nada de qué acusarla. Si acaso, de no haber sido completamente sincera con usted...

Completamente sincera... Mike oyó esas palabras. Y se preguntó cuántas cosas le había ocultado la muchacha. Por qué visitó a Onslow Wilcox —si realmente había sido a él a quién visitó, cosa que estaba dispuesto a jurar aún sin saberlo—; por qué cambió radicalmente con esa visita, por qué no hizo pública su próxima boda con Mike, por qué estuvo casada con un tipo como aquel

Lindsay, y por qué se separó de él...

Desde la cubierta brillante y policromada de la funda del disco, Fred Savage, su mágica trompeta y sus ojos oscuros y sonrientes, parecían burlarse de un sujeto llamado Mike Doyle, que era tonto de remate o se enfrentaba con el enredo más fabuloso que se podía imaginar.

La policía se quedó aún en el piso de Hutchinson. El portero de librea lujosa, aseguró que el único visitante del señor Hutchinson había sido aquel caballero rubio, con acento americano. Pero evidentemente, otro visitante le había pasado por alto, o Hutchinson no estaría ahora con la cabeza machacada por aquel atizador. El asesino no había dejado huellas. Era significativo que ni en el atizador ni en el disco hubiese una sola huella dactilar. Mike, mientras regresaba al centro, iba pensando. Pensando en unas manos enguantadas, que acababan de matar a un hombre, veinticuatro horas después de hacer lo mismo con una mujer, y que ponían calmosamente el disco en el plato giratorio. ¿Por qué esta idea? Ella o Hutchinson pudieron hacerlo, antes de suponer que iban a ser asesinados.

Sin embargo, Mike se resistía a suponer tal coincidencia. A Ella no le gustaba la música moderna. Hubiera aborrecido unos minutos con Fred Savage y su trompeta, por muy mágica que fuese. En cuanto al hombre del zoo, jamás le había llegado a hablar, pero desarmonizaba con la música de Savage como un «bikini» en las calles de Boston, sobre la anatomía de una mujer.

Quando dejó el taxi en el tráfico bullicioso de Piccadilly, frente a las carteleras brillantes del «Criterion», adquirió un diario. Buscó, llevado por una corazonada, en la sección de espectáculos. Y lo encontró. Estaba allí, ante sus ojos. Acaso un nuevo eslabón de la cadena. O acaso un mero palo de ciego en las tinieblas...

—«Fred Savage» —leyó—. «Actuaciones especiales del Hombre de la Trompeta Mágica, en el “Grill” del Savoy. Últimos días».

Aquella noche podía ir. Pero estaba cansado, ansiaba una cama donde dormir, al resguardo de aquella neblina fría y densa que había invadido Londres en escasas horas. A través de la bruma, las luces de vehículos, faroles y anuncios, se difuminaban como fantasmas fosforescentes.

Entró en su apartamento, fatigado. Pero buscó en su agenda,

hasta dar con el teléfono de Jill Grayson. Era lo único que había sacado en limpio de ella. Dio el número la centralilla, y cuando una voz grave, masculina, respondió al otro lado del hilo, Mike preguntó por Jill. Tras una pausa, sonó la vez de la muchacha:

—¿Quién es?

—Yo, el hombre de América —dijo Doyle, burlón—. ¿Ya no me recuerda?

—¡Doyle! No esperaba que utilizase tan pronto mi teléfono. ¿Qué quiere ahora?

—Tengo una idea estupenda para mañana por la noche, señorita Grayson. En «Old Vic» representan «Romeo y Julieta». Me gusta Shakespeare. ¿Y a usted?

—Me entusiasma. Pero no entiendo...

—Eso es espíritu nacional. Iremos a ver «Romeo y Julieta». ¿De acuerdo? Después, tomaremos algo frío y la dejaré en casita, prometiéndole no utilizar la técnica que reservo para cierta clase de pelirrojas.

—No le iba a servir tampoco. Espere, Doyle —rió Jill, al otro lado del hilo—. Voy a preguntar a papá. Nunca salgo sola de noche. Es costumbre, no puritanismo...

Permaneció cosa de un par de minutos alejada del receptor. Luego, su voz volvía:

—De acuerdo, Doyle. Le esperaré en casa, para que admiremos juntos a Shakespeare. Y procure no arruinarse, si no encuentra localidades en taquilla.

—Descuide. Utilizaré métodos propios.

Mike colgó el auricular y se sonrió a sí mismo en el espejo. Luego, se despojó de sus ropas, se enfundó en el pijama y se hundió en la cama, quedándose profundamente dormido.

Paró la noche rodeado por una docena de Fred Savages, que pretendían arrojarle a un abismo sin fondo, empujándole con sus mágicas trompetas, mientras *Blues Nocturnos* sonaba en sus oídos hasta aturdirle. Se alegró de despertar a la mañana siguiente.

Al otro lado de las ventanas, con el nuevo día, Londres le mostró por fin su famoso «puré de guisantes», una niebla espesa como algodón, aferrada a los cristales con verdadera tenacidad.

Mike bostezó, mandó al diablo los últimos vestigios de sueño y se metió bajo la ducha. Iba a ser un día agitado. Sobre todo, por la

noche.

En aquel momento, sonó el timbre de la puerta de su departamento.

CAPÍTULO VI

Le asombró mucho encontrarse a Brewster en la puerta. El director general de *Fono-Record* vestía un abrigo gris, largo y elegante, sobre un traje oscuro. La corbata era negra, anudada con irreprochable corrección en el duro cuello.

Parecía mucho más señorial que en su oficina de la empresa de discos. Y más asustado que el día anterior, o Mike Doyle no conocía a las personas.

—¡Vaya, qué sorpresa! —exclamó Mike—. Pase a mi humilde palacio, señor Brewster.

El hombre abocetó una sonrisa conejil y pasó apresuradamente. Mike escrutó el corredor, por si le perseguían los pieles rojas, pero no vio a nadie. Cerró, encarándose con él.

—¿Quién le dio mi dirección? —preguntó—. No creo que se la comunicase yo...

—No. Lo hizo el superintendente Bishop —contestó con nerviosismo Brewster—. Ha estado allí esta mañana. Es horrible, Doyle... Me ha contado lo de un tal Hutchinson. Dice que había un disco en funcionamiento, como en la muerte de su novia. Y era el mismo: *Blues Nocturnos*.

—¿Es una edición de ustedes?

—No —negó Brewster, apresuradamente—. Pero mi socio, Tomlinson, tiene parte en ella. Está asociado también con Discos Banda Prodigiosa, una nueva, editora de grabaciones modernas. Sin embargo, no es ése el motivo de mi visita. Bishop no cree que la música tenga nada que ver en los crímenes. Puede ser, según él, coincidencia, o manía del asesino de buscarse una melodía de fondo a su obra.

—¿Un loco maniático? —Mike movió la cabeza negativamente—. Demasiado fácil. No creo en ello. Detrás de este aparente desorden del criminal, existe un método, un frío razonamiento, una

técnica sutil, ingeniosa y cruel. No, el asesino podrá estar loco en cierto sentido, pero no es un maniático absurdo, no... Tiene que haber una razón para esa música en el escenario de su crimen. Tiene que existir... en algún sitio.

—Yo no sé nada de eso, señor Doyle. Pero hoy he descubierto algo que me inquieta. Por eso he venido a verle a usted, en vez de acudir a la policía. Bishop me dio a entender que usted anda investigando por su propia cuenta. Esa misma impresión me dio ayer en su visita.

—Siéntese entonces —Mike le mostró una butaca cómoda. Luego se estremeció al mirar la densa niebla, al otro lado de las ventanas. Londres empezaba a ser desagradable. Como todo lo que le rodeaba—. Mientras usted habla, señor Brewster, me iré vistiendo. Adelante. ¿Qué es eso tan importante que tiene que decirme?

—Es acerca de Ella Farrell. O, al menos, eso creemos. Tomlinson dice que ya imaginaba algo así desde hace tiempo. Y ha resultado cierto. Dolorosamente cierto, señor Doyle.

—Bien, desembuche de una vez —Mike se irritó, con la mano en el botón superior de su camisa. Temía algo doloroso, sin saber por qué—. ¿Qué es ello?

—Desfalco, señor Doyle.

¡Desfalco! La palabra, absurda, vergonzosa, cruel, le azotó los oídos. Palideció al clavar los ojos en Brewster, que seguía tranquilo en apariencia.

—¡No lo creo! —musitó roncamente—. Ella no era así, no podía serlo...

—Exactamente lo que yo digo, señor Doyle —asintió Brewster lentamente—. Pero el dinero falta. Y a él sólo teníamos acceso mi socio, ella y yo. Sería absurdo que Tomlinson o yo nos robáramos a nosotros mismos. Y esa cantidad...

—¿Cuánto es?

—Doscientas cincuenta libras esterlinas —dijo tras una pausa—. Mucho para Ella Farrell y poco para nosotros. Pero he querido decírselo porque... porque... quizá le ayude a ver claro. No vamos a hacer público ese pequeño desfalco. Ni siquiera a la policía. Sería muy penoso y no resolvería nada. Pero yo me pregunto: ¿por qué una muchacha honesta, seria e intachable hasta última hora,

cometió esa acción? No encaja en su modo de ser, usted mismo lo ha dicho al saberlo. Tomlinson asegura lo contrario. Pero es un hombre ruin, no comprendió jamás la nobleza ni el perdón.

—No puedo creer en tal cosa. Ella Farrell sería muy distinta a la que yo conocía, pero desfalco...

—He pensado que pudiera estar ligado a su muerte, señor Doyle —manifestó Brewster—. Supongamos que alguien le hacía objeto de chantaje, y que ella para pagar precisaba dinero urgente... No le bastó con su doble sueldo, y tuvo que hacer eso... pensando restituirlo. Pero la muerte se lo impidió... quizá porque se negó a pagar y quiso denunciar a su extorsionista, provocando la catástrofe. Es toda una teoría.

—Sí. Una teoría en la que no había pensado. Y que me hace suponer que la clave de todos estos crímenes, está precisamente en el primero de ellos: en Ella Farrell, en su auténtica personalidad y en el secreto de su vida... Lo que usted acaba de decirme, Brewster, es posible que enlode su nombre, pero puede ayudarme mucho. Porque usted me ha mostrado una nueva Ella Farrell. Una mujer asustada, vencida por alguien que la llevó a morir. Y sólo pido a Dios encontrarme un día frente a ese alguien. Será un placer extraordinario estrangularle con mis propias manos. No necesitaré llegar a manos de la Justicia. Yo sé lo que habré de hacer con él, Brewster. Devolverle golpe por golpe, sangre por sangre. En mi país, existió una Ley de Lynch, salvaje, pero justa. En Inglaterra creo que no se conoce, pero yo la introduciré en el país, esté seguro. Sólo pido tiempo... y fuerzas para seguir adelante. Sé que un día me enfrentaré con esa persona. Es inevitable.

Asombrado de su dialéctica virulenta y feroz, Brewster, encogido en la silla, parecía asustado de lo que un yanqui era capaz de hacer con un hombre. Y Mike hablaba sin pedantería, convencido de cuanto afirmaba, Brewster no lo dudó; aquel hombre haría todo cuanto prometía, si llegaba a averiguar quién era el culpable.

—Le creo, señor Doyle —aseguró impresionado el editor musical—. Es usted de la clase de hombres capaz de llegar a eso y a mucho más. Pero el día que eso sea posible, no olvide de contármelo. Creo que más de dos dormiremos tranquilos al saber vengada a Ella Era una gran chica. El que la hizo robar dinero, antes de asesinarla, no merece perdón.

—Una pregunta, Brewster, ¿oyó usted hablar alguna vez de Dean Hutchinson?

—Jamás —aseguró Brewster—. ¿Por qué?

—Por nada. Su muerte sigue siendo un misterio absoluto. Tenía algo que decirme: sí. Pero ¿qué era? Eso creo que jamás llegaré a saberlo.

—Es un callejón sin salida, a lo que parece. Uno y otro crimen.

—No, hay una salida. Pero demasiado remota, demasiado fantástica. Sería ingenuo que Fred Savage tuviera algo que ver en todo esto, ¿no le parece?

—¿Y por qué no? —Entonces, aquel insignificante y apacible señor Brewster hizo su más sensacional revelación desde que Mike Doyle le conociera—: A fin de cuentas, Fred Savage estaba locamente enamorado de Ella Farrell.

«Romeo y Julieta» estaba a punto de terminar. En el panteón de los Capuleto, le bella Julieta agonizaba, junto a su amado Romeo, mientras sonaban las voces de los demás personajes, llegando al escenario de la tragedia romántica, a poner su epílogo.

Había sido otra buena representación del Old Vic, el tradicional coliseo shakesperino. Jill, a su lado, aplaudía con entusiasmo. Mike, con la vista clavada en la escena, no pensaba precisamente en Capuletos ni Montescos. Y su cerebro andaba lejos de Verona... Exactamente en Londres, brumoso y frío, no en la Italia cálida y soleada.

Cayó el telón de la eterna tragedia romántica. Salieron al húmedo clima callejero. Jill, bajo la capa de pieles que cubría su traje de noche, negro y plata, no cesaba de estudiar a Mike, mientras alcanzaban el exterior, a través del atestado vestíbulo del «Old Vic». Y se daba exacta cuenta de sus preocupaciones internas.

—¿Qué ha ocurrido desde ayer, cuando nos separamos, Mike? Le veo más abstraído, más hundido en sí mismo. Colaboré ayer con usted, Mike. ¿Por qué no puedo hacerlo hoy también?

—¿De veras lo desea? —Doyle se volvió vivamente a ella—. Mire Jill, estuve pensando durante todo el día en requerir su ayuda. Pero luego he vacilado. Prefiero seguir solo, sin comprometerla a usted en nada. Las cosas han cambiado mucho, sí, desde que la dejé a usted. Tanto, que lo que parecía un asesinato, más o menos misterioso, ahora es algo más, es una cadena siniestra, una sucesión

trágica de muertes violentas, que puede llegar a convertirse en una auténtica orgía diabólica, monstruosa. Usted y yo podríamos entrar en ella si seguimos mezclándonos con el caso. Bien está que yo corra un riesgo, pero no usted. Jill, le ruego que se vuelva a su casa. Yo la llevaré hasta allí. A dónde quiero ir esta noche, puedo ir solo. Sería más fácil simular desinterés llevando a una muchacha, como usted, al lado. Pero prefiero combatir solo. Esto no es para usted, Jill.

—Bien Mike. Usted ha hablado. Ahora me toca a mí —la joven se detuvo ante él, en la puerta del teatro. Sus ojos grises mostraban una decisión inquebrantable—. Si ha pensado en apartarme de este asunto ahora, yo no estoy dispuesta a ello. Quiero ayudarle, Mike. No sólo por usted, sino por Ella. Apreciaba a Ella. Me agradaba su modo de ser. Se me quitará un peso de encima el día que ahorquen a su asesino. ¿Me va a llevar o no?

—No. Decididamente no, Jill. Aunque me lo pida de rodillas, no vendrá conmigo al «Grill» del Savoy esta noche...

Media hora después, un taxi dejaba ante el «Hotel Savoy» a dos jóvenes. Eran Mike Doyle y Jill Grayson. Entraron por la estrecha puerta iluminada de la «Parrilla», donde una cartelera ilustrada con fotografías anunciaba la actuación de Fred Savage y su trompeta mágica.

Encontraron una mesita arrinconada tras una columna, a poca distancia de la pista. La suntuosa y acogedora «Parrilla» del Savoy, con su aire cosmopolita señorial y, a la vez, moderno, era el marco ideal para la música de Fred Savage. Mike no tenía nada contra el estilo melódico de Savage, que en aquel ambiente tendría un encanto muy superior a la fría reproducción sobre un disco o a la borrachera absurda de los melómanos de Wilcox.

Cuando se sentaron, comenzaba el *show* con la cantante Sally Mac Kenna, una rubia incendiaria, de figura sensacional, embutida en lamé dorado, igual a una portentosa estatua tallada en oro, en la que la redondez firme de cada curva adquiría una nitidez palpitante, turbadora. Mike contuvo el aliente al mirarla, y Jill rió con ironía.

—¿También son su tipo las rubias? —preguntó burlona.

—Todas las chicas con un tipo así, son el mío, rubias o morenas —gruñó Doyle, apartando con esfuerzo la vista de las ondulaciones

de aquella Venus en oro—. Pero también las rehúyo. ¿Usted no ha oído hablar de los cantos de sirena de Ulises?

—«La Odisea» —suspiró Jill, divertida a su pesar por aquel original americano—. He leído a los clásicos.

—Pudo ahorrárselos. Kirk Douglas ha hecho una película sobre ello —Mike se puso serio de pronto—. Dejemos ahora a Homero y a Shakespeare. Hemos venido a ver a Fred Savage. ¿Y sabe por qué?

—Estoy esperando a que usted me lo diga, Mike.

Mike lo hizo. Le explicó lo de la boda de Ella con Jake Lindsay y su divorcio posterior. Su desfalco en casa de Brewster y Tomlinson, la muerte de Dean Hutchinson, y la asombrosa revelación de Brewster sobre el amor que Savage sentía por Ella Farrell.

—De momento no pude entenderlo —concluyó Doyle, ceñudo—. Pero Brewster me lo contó todo. Fred Savage ha estado algunas veces en «Fono-Record», para firmar dedicatorias sobre sus discos a las admiradoras. Parece que es un chico guapo, de esos que las vuelven locas. El histerismo colectivo del público femenino hace el resto. Savage, en las horas que dedicó a los autógrafos, conoció a Ella, que le ayudaba en la tarea. Y el muy cretino se sintió atraído por la muchacha. Ella no le hizo caso; sin embargo llegaron varios ramos de flores con tarjetas de Savage, menudearon las llamadas telefónicas, que jamás contestó. Fred llegó a enviarle un ramo de orquídeas costosísimo, con una tarjeta en la que la amenazaba si no le hacía caso. Pero ella se rió y rompió la tarjeta, regalando las flores a una compañera. Todo eso no significa nada aparentemente. Pero los *Blues Nocturnos* siguen obsesionándome. ¿Qué pinta Savage en todo este lío?

—¡Silencio! —siseó de pronto Jill, volviéndose a la pista—. Su rubia ha terminado. Y gira la plataforma... ¡Ahí tiene a su misterioso trompeta, Fred Savage!

Doyle se volvió vivamente. Las luces del Savoy cambiaban de tono. Y en medio de una catarata de focos de color, un hombre alto, moreno, de blanco *smoking* de fantasía y dorada trompeta que lanzaba sus notas al aire, apareció, rodeado de una orquesta en sombras: Fred Savage...

Mike se ensimismó en la contemplación del espectáculo. Apenas le llegaba la música, melodías todas ellas conocidas y de escaso relieve, aunque muy populares. Estaba mirando fijamente hacia la

orquesta, sobre todo a Fred Savage, el joven y guapo trompeta famoso en todo el Reino Unido. Sally Mac Kenna reapareció entre dos columnas laterales, lánguidamente apoyada en una de ellas, cantando con voz gruesa, cálida, sensual.

—Ya vuelve su rubia, Mike —ironizó Jill, saboreando su cóctel de frutas—. ¿Va a perder la noche conmigo? Es inexplicable que no haya preferido venir solo, con semejante ejemplar en la pista, al alcance de su ávida mano...

—Usted se está mofando siempre de mí, Jill —advirtió Mike severamente—. Pero le voy a enseñar algunos métodos míos, bastante más eficaces que el de ayer en casa de Onslow Wilcox.

Tomó de encima de la mesa una tarjeta con el nombre del Savoy de doradas letras en relieve, y escribió en su reverso:

«Por favor: Interpreten *Blues Nocturnos*. Gracias: Ella Farrell».

Entregó la petición a un camarero, rogando se lo diese a la orquesta. Luego, esperó. Jill, curiosamente, le miraba, esperando también el resultado del truco. Era macabro, espectacular y, posiblemente, de mal gusto. Pero Jill se daba cuenta de que en aquel caso, el americano no pensaba detenerse ante escrúpulos más o menos.

Terminó la orquesta su primera pieza. Savage y la cantante que era Sally Mac Kenna, se dispusieron a actuar de nuevo, entre las insistentes palmas del selecto auditorio. Un camarero entregó al trompeta la nota. Fred pasó sobre ella sus ojos. Y Mike advirtió, con la misma claridad que Jill, el movimiento de sobresalto que hizo el músico, el temblor de la trompeta en su mano. Apresuradamente, hizo una seña a Sally Mac Kenna, mirando al mismo tiempo con recelo a la oscura sala. Habló al oído de la extraordinaria rubia, y el yanqui sonrió entre dientes al ver la expresión de la cantante. Aún a aquella distancia, hubiera jurado que era de temor. ¿Pero temor a qué?

Después de una larga pausa, Fred Savage acercóse al plateado micrófono y habló, con voz ronca, que en modo alguno daba sensación de normal:

—Ahora, señoras y señores, complaciendo una... petición muy

especial, interpretáremos la pieza compuesta por mí, *Blues Nocturnos*.

Empezó la melodía. Mike, erguido en la silla, sonrió con una dureza que Jill Grayson no le conocía. Las lánguidas notas de trompeta, arrastrándose por la sala, parecían ya un mensaje de muerte. Tanta era su relación con el crimen, en la mente de Doyle.

Comenzó Sally a cantar la letra de la canción. Letra insulsa, vulgar, que no decía nada. Era la música, por sí sola, la que parecía tener vida propia, latir con una enfermiza humanidad, imposible en un mero conjunto de sonidos armónicos.

De pronto, Mike Doyle se puso en pie, inclinóse sobre Jill, musitándola:

—Vuelvo enseguida, Jill. Quiero hacer una breve visita. Espéreme...

Se alejó. La mirada gris y calculadora de Jill le siguió, sin expresar nada. Mike se hundió en la negrura de la sala, su silueta se perdió sobre el fondo irisado de los focos, y desapareció finalmente entre las columnas laterales del Savoy.

Los *Blues Nocturnos*, perezosos, cálidos, seguían llenando la sala con su melodía. Pero Mike no les hacía el menor caso. Le interesaba llegar al interior del escenario del Savoy. Un empleado le preguntó el motivo de su visita. Mike aseguró que era amigo de Fred Savage, y se le autorizó a cruzar hacia los camerinos.

Paseando por el corredor de camerinos, esperó a que entraran los músicos y la cantante. En la sala, terminó el número. Hubo fuertes aplausos. Y apareció, entre las espesas cortinas, secándose la transpiración de su frente, la rubia incitante que era Sally Mac Kenna. De cerca, la artista aún impresionaba más.

Sally le rozó, al pasar hacia su camerino. Mike la siguió, al parecer distraído, y de pronto, le lanzó la pregunta, ya en la puerta donde sobre una estrella, dorada figuraba el nombre de la cantante:

—¿Quiere saber noticias de Ella Farrell, señorita Mac Kenna?

Ella ahogó un grito gracias a que fue eficaz su mano derecha, en cubrir sus labios. La sangre brotó, en menudas gotitas, al hundirse los blancos dientes en la carne de su mano. A pesar de la tez bronceada, estaba pálida, muy pálida. Y los grandes ojos azules que se fijaron en él, eran francamente aterrorizados.

—¿Quién es usted? —musitó—. ¡Váyase! No me gustan los

impertinentes...

Había abierto la puerta del camerino, disponiéndose a entrar. Mike captó el desorden de ropas, las bombillas mate, en torno al ovalado espejo del tocador. Y dijo, con tono indiferente:

—Está bien, la dejaré entonces. Dígale a Fred que *Blues Nocturnos* es admirable. ¡Lástima que a veces resulte casi una marcha fúnebre! Buenas noches...

—¡Espere!

La voz suspirante de Sally le detuvo cuando ya se alejaba. Volvió hacia ella, como dudando de hacer tal cosa. La mano de Sally, que se aferraba a la puerta, era blanca y rígida. Bajo el lamé, se abombaba su busto increíblemente. Debía de ganar en bastantes pulgadas a Jayne Mansfield y a Jane Russell, que ya era decir.

—¿Qué he de esperar, señorita Mac Kenna? —sonrió Mike, burlón, apoyándose en el muro y encendiendo con lentitud muy cinematográfica un cigarrillo.

—Fred entrará enseguida. Cuando termine este número —musitó ella, rápida y angustiosamente—. Tenemos casi un cuarto de hora de descanso hasta la segunda parte del *show*. Puede hablar con él.

—¿Por qué imagina que me interesa más hablar con él que con usted?

—Usted escribió aquella horrible petición, ¿verdad? —Se estremeció Sally.

—La escribí, lo admito. Pero no la veo tan horrible. Claro que acepto discutirlo en privado... con Fred y con usted...

—Entre —Sally se dio por vencida, suspirando hondo—. Será mejor así...

—Claro. Es lo que pretendía hacerla ver desde que empezamos a charlar —Mike Doyle pasó rozando descaradamente el cuerpo sinuoso de Sally, y la cantante entró, cerrando tras de sí—. Me ha gustado como canta usted. Tiene alma, sentimiento y una voz prodigiosa.

—Gracias —el tono de ella era seco, hostil.

Mike se limitó a sentarse en un canapé rosado, arrojando círculos de humo hacia el techo, distraídamente. La voz de Sally le llegó de detrás del biombo:

—¿Quién es usted?

—Mike Doyle. Mi nombre no le diré nada.

—Nada en absoluto, señor Doyle.

—Fui el prometido de Ella Farrell. Vine a Londres para casarme con la muchacha.

El silencio duró unos momentos. Largos momentos, para lo que luego dijo Sally:

—Leí lo ocurrido en la prensa. Lo siento. Pero no creo que yo pueda ayudarlo. No sé consolar a viudos ni novios que enviudaron antes de la boda...

—Eso es porque no lo he intentado —rió Mike, cínico—. Estoy seguro de que puede consolar a cualquiera, sólo con proponérselo.

—¡Grosero!

Apareció, envuelta en una bata azul. Mike se dijo que la bata estaba muy estratégicamente confeccionada. Aquella rubia, además de explosiva, era muy lista. Sí, muy lista.

—Perdone si se siente ofendida —Mike pareció contrito—. Me obligó a decirlo. Con una mujer como usted cerca de uno, es difícil manejar el vocabulario a conciencia.

—No parece muy afligido por la muerte de su novia, ¿eh?

Doyle endureció las facciones. Su tono fue ronco:

—Sé ocultar mis emociones, cuando exteriorizarlas no conduce a nada. En vez de llorar sobre un cadáver, prefiero hacer algo por quien murió.

—¿Y qué va a hacer por ella?

—Buscar al asesino.

—¿Acaso va a encontrarlo aquí? —se mofó ella, con menos seguridad y humorismo del que aparentaba.

—Acaso.

—¿Puedo ser yo?

—¿Por qué no? Y puede ser Fred Savage, su buen amigo.

—¡Está loco o borracho! Si Fred le oye, habrá jaleo. Es hombre de mal genio...

—Yo también. Será bonito ver el choque, ¿eh? Usted ha sacado entrada de preferencia.

—¡Bueno, basta ya de tonterías y de charla sin sentido, señor Doyle!

La rubia sabía ser cortante, agria y poco amable. Ahora lo era. Pero a pesar de todo, estaba encantadora. Le temblaba la boca,

apasionada y sensual, vibraba su pecho bajo la seda azul, llameaban los ojos azules, brillantes y duros. Como enemiga, sería peligrosa. Porque, una vez más, Mike tuvo la seguridad de que era muy lista. Ahora, seguía hablando, furiosa:

—¡No estoy dispuesta a dejarme insultar en mi propio camerino! ¡Nunca conocí a su novia, ni me interesan sus actividades detectivescas! ¡Quiero que me deje en paz y se vaya a otro sitio a molestar! ¿Me ha entendido, señor Doyle?

—Muy bien, señorita Mac Kenna —Mike sonrió, poniéndose en pie. Avanzó hacia la puerta, hablando con la mirada fija en la cantante de cabellos de oro—. Pero dígame una cosa a su amiguito Fred: sé que está asustado. Muy asustado. Y que tiene miedo, porque Ella Farrell murió con música de fondo. Eso es todo, ¿me entiende usted ahora?

Ella parecía preocupada, rígida, mientras Mike seguía su marcha. El joven, al volver los ojos hacia la salida, se quedó parado, tenso. Allí estaba el guapo Adonis moreno y famoso. La Trompeta Mágica de Londres, Fred Savage.

De cerca era aún más atractivo y varonil. Pero tenía una mandíbula redonda, débil. A pesar de que los negros ojos miraban a Mike Doyle con fría ira, con furiosa irritación.

—Muy bien —dijo, bronca la voz, sin matiz agradable. Resultaba casi tan metálica como el sonido de su trompeta—. He recogido personalmente su mensaje. ¿Quiero salir ahora de aquí, con toda esa inmundicia basura? Diga a los que le envían que no les tengo miedo. Ni a usted, ni a ellos. Los reptiles me dan asco. Por eso usted me repugna, señor... ¿Va a salir por su pie o prefiere que yo le envíe al pasillo de un buen puntapié?

—Inténtelo, musiquillo —retó duramente Mike—. Estoy esperando la demostración.

Sally volvió a demostrar que era lista. Gritó, angustiada:

—¡No, Fred, no!

Pero el trompeta no la hizo caso y se lanzó ciegamente sobre Mike, disparando su puño derecho fulminantemente.

Halló el vacío, mientras Mike, eludiendo limpiamente el inocente golpe replicó con otro mazazo violento al mentón redondo de Savage, notando bajo los nudillos el crujido del hueso.

Fred Savage, con su bello *smoking* blanco, se derrumbó

lamentablemente en tierra, sentado de forma ridícula. Mike, mirando por encima del caído a la asustada rubia, terminó diciendo:

—¡No me gustan las baladronadas, amiguito! Aún espero que alguno de ustedes sea juicioso y me evite emplearme a fondo. Usted es más lista que su compañero. ¿Por qué no le convence?

Salió al pasillo, cerrando tras de sí. Savage no se había movido del suelo. La puerta sonó a sus espaldas, y una mano le aferró por el brazo, haciéndole parar y volverse.

—Por favor, señor Doyle —imploró Sally Mac Kenna—. Fred es un poco... impetuoso a veces. No entendió nunca de negocios... sobre todo si eran sucios.

—Yo no traigo nada sucio conmigo —mostró sus manos, como tratando de convencer a la cantante de ello—. Sólo quiero llegar al fondo de la verdad. Y llegaré, por encima de todo y de todos.

—Creo que es hombre capaz de ello.

La mirada brillante de la rubia, su perfume intenso, pegajoso casi, le hizo vacilar. Sintió un escalofrío ante su inquietante proximidad. Al lado de aquella dama, hasta la pelirroja de *Fono-Record* resultaba un frío témpano de hielo. Era capaz de provocar un incendio en mitad de un pantano.

—Por eso empieza a interesarme usted, señor Doyle —concluyó.

—Cuando empiezo a interesar a una chica, me gusta que me llamen Mike. Es más íntimo.

—No me refería a esa clase de interés —pero la rubia sonrió, sin negar tampoco del todo semejante posibilidad—. Sin embargo, me gusta ese nombre... Mire. Usted y yo podemos hablar. Fred no hablaría jamás. Le conozco bien.

—Tengo la impresión de que demasiado bien —gruñó Mike, significativo.

—Le debo mucho —Sally inclinó la mirada—. Eso se paga en la vida. Y Fred es un hombre fácil de amar. Pero eso no cuenta ahora, Mike. Usted y yo podemos discutir algunas cosas. Incluso de Ella Farrell... y de Fred Savage. ¿Le interesa?

—Mucho. También puede quedar tiempo para hablar de usted.

—Es posible. Venga a mi apartamento esta noche.

—Como no sea al amanecer... —rió Mike—. Son las doce y media.

—A las tres es una buena hora. Le esperaré —musitó una

dirección. Mike la anotó en su cerebro—. ¿Va a ir Mike? Tendré champaña helado, música y cigarrillos.

—Eso, y usted... el cielo —aseguró el joven, chasqueando la lengua—. No faltaré, rubia.

Se alejó, mientras Sally se quedaba parada en mitad del corredor, viéndole volver a la sala. Una expresión fría y calculadora, asomó a sus ojos. Luego, volvió al camerino, donde Fred Savage se recuperaba lentamente del violento puñetazo recibido.

—¡Estúpido! —rugió Sally, sin feminidad alguna, cerrando de golpe al entrar, y dominando al asustado Savage con su virulenta autoridad—. Has estado a punto de estropearlo todo... Menos mal que yo tengo mi propia técnica. Ese hombre es peligroso, Fred. Muy peligroso. Cometiste un error al obrar así.

—Es un enviado del «Barón Schneider» —murmuró Fred, secándose con una toalla el hilillo de sangre que brotaba por la comisura derecha de su labio—. Lo sé, Sally.

—No digas tonterías. Me da la impresión de que ese muchacho no ha oído hablar en su vida del «Barón» ni de nada de eso. Busca al asesino de Ella Farrell...

Una palidez marmórea se extendió por el rostro del músico, que se apoyó en el tocador, a punto de caer.

—¡Dios mío! —gimió—. Eso es aún peor, Sally...

Mike Doyle, por desgracia, no podía estar en todas partes a la vez. Por eso no se enteró de tan interesante diálogo. Sin embargo, se enteró de algo mucho más desagradable para él.

La mesa que compartía con Jill, le esperaba, pero vacía por completo. Sobre la carta del Savoy, una barrita de *rouge* había escrito rabiosamente: «Dedíquese con entera libertad a su rubia. No tiene mal gusto, después de todo. Gracias por el teatro y por el cóctel. Adiós, caballero Tenorio. Jill».

CAPÍTULO VII

Era un apartamento pequeño y bien instalado. Exactamente lo que podía esperarse de Sally Mac Kenna. Profusión de muebles funcionales, decoración asalmonada, cortinas amarillas y un mueble-bar sencillamente formidable.

Mike Doyle se retrepó en un largo canapé tapizado en plástico, y tomó de manos de la rubia cantante un alto vaso de *whisky* con soda. Ella demostró más imaginación al componer su bebida, en la que la ginebra, la menta, la grosella y una serie más de licores, danzaron alocadamente antes de fundirse en uno solo, indescriptible de color y, sin duda alguna, también de sabor. Pero a Sally parecía gustarle, y Mike no lo discutió.

—No estaba segura de que vinieses a verme, Mike —dijo, con una confianza inesperada, balanceando su impresionante figura, enfundada en una bata amplia y brillante.

—¿Por qué no?

—Supuse que podrías llegar a sentir miedo... —sonrió provocativamente Sally, apoyándose en la radiogramola.

—¿Miedo? Las rubias no me asustan, aunque sean como tú, encanto —rió entre dientes Doyle, bebiendo un sorbo, sin quitar la vista de su anfitriona.

—Es mejor así —la beldad de dorada melena se acomodó a su lado. Mike dudó sobre su capacidad de resistencia con aquella dama pegada a él—. Me desagradan los hombres que me temen, Mike. Yo soy una muchacha para ser amada, no temida.

Y le ofreció su rostro con una ingenuidad que estaba en desacuerdo con la oferta entreabierta de sus labios rojos, húmedos muy cerca de él. Demasiado cerca para conservar la serenidad.

Mike eludió limpiamente el peligro, irguiéndose en el asiento y dejando a un lado el vaso de licor. Luego, dijo en tono seco:

—Creí que íbamos a hablar de negocios, preciosa.

—Se puede hablar de ellos, endulzándolos un poco. Los negocios me aburren.

—A mí también... pero una vez están hechos. Primero una pregunta, pequeña: ¿qué hay entre tú y Fred Savage? ¿Amor, flirteo... o algo más complejo?

—No sé a lo que llamas complejo. Pero yo no le amo. Él tampoco. Sin embargo, me necesita. Es un poco loco, torpe a veces. Precisa alguien al lado, que le guíe y le aconseje.

—Tú eres una buena guía —ponderó Mike cínicamente estudiando sus líneas—. Pero con curvas demasiado peligrosas. Por eso prefiero hablar de negocios. Después, ampliaremos la charla, si sigues pensando igual.

—Está bien —ella parecía irritada, pero se amoldó a la dirección impuesta por Mike. Se acurrucó, runruneante, en el canapé—. Tú mandas, Mike. Te escucho. ¿Qué vas a preguntarme? Supongo que lo único que te interesa es investigar tus dichosos crímenes. Dime, ¿tanto te atraía aquella chica, Ella Farrell?

—Era mi novia, Sally. La mujer con quien iba a casarme.

—Oh, entiendo. Pero ¿sabías lo de su matrimonio con Jake Lindsay?

—Sí —mintió Mike—. Sin embargo, no me importaba mucho. El pasado es el pasado. Ahora, creo que Ella me fue siempre leal.

—Eso parece —suspiró Sally, pensativa, encendiendo un cigarrillo, con la vista fija en el mueble-radio—. Ni siquiera a Fred le hizo caso. El irresistible Don Juan fracasó en ese terreno. Era una chica decente, es verdad.

—¿Tú la conociste?

—No en persona. Pero supe que Fred andaba loco por ella. También había otros enamorados de Ella Farrell. Tomlinson, por ejemplo.

—¿Tomlinson? —Mike se puso rígido en su aliento—. ¿El socio de Brewster en el negocio?

—Sí. Ese pájaro casi nunca se deja ver, pero hubo un tiempo en que frecuentaba los locales nocturnos. No me fue nunca simpático. Sin embargo, Dana Tomlinson es hombre prestigioso en el mundo de la música londinense. Fred grababa en una de sus empresas todos sus discos.

—¿Es más importante que Brewster? —preguntó Mike.

—Mucho más —sonrió ella, mirándole con interés—. Brewster es un pobre diablo. Apenas nadie en *Fono-Record*, aunque se dé importancia como director general. Dana Tomlinson es el prohombre, el cerebro organizador de esa entidad y también de Discos Banda Prodigiosa. Con su pelambreira roja, su barbita ridícula y sus oscuras gafas tiene a veces el aspecto de un búho. No, nunca, me ha gustado. Ni siquiera su voz, bronca, pastosa y cruel.

—¿Por qué me hablas de Tomlinson? —preguntó de repente Mike, estudiándola.

—Oh, tú pareces interesado por todo Mike. Un día, Tomlinson acudió a los estudios de grabación con su secretaria, Ella Farrell. Me, pareció que la miraba con sus ojos de lechuza a través de los oscuros cristales de sus gafas, con más fijeza e interés que el normal en un hombre por su secretaria. Y Ella parecía nerviosa, estoy segura.

—¿Te preocupaba mucho todo eso, Sally? —interrogó Mike, pasando un brazo sobre los hombros de la rubia y atrayéndola hacia sí con suavidad.

—Sí. Porque quería conservar a Fred a mi lado. Ya te he dicho que él es como un chiquillo. Desde que abandonó la clínica, necesita más que nunca de una mujer al lado... Y si se enamoraba de Ella Farrell, y la chica le hacía caso, podía sobrevenir el desastre.

—¿Qué clase de desastre?

—Dejemos eso, Mike. Tú quieres hablar de Ella, no de Fred —se arrimó, cariñosa, dejando que los lazos del joven rozaran su mejilla—. Savage no pinta nada en todo esto.

—Posiblemente no. Pero en cada crimen hay un disco de él girando en el *pick-up*.

—¿Sí? —Le miró súbitamente, apartándose. ¿Era miedo otra vez lo que asomaba a sus ojos en aquel momento?—. ¿Qué disco?

—*Blues Nocturnos* —explicó brevemente Mike.

Ella, sin responder, se puso en pie. Su bata, abierta, mostró una larga pierna bronceada. Llegó junto al tocadiscos y abrió una puerta, Buscando en una hilera de sobres. Extrajo uno, desenfundando un círculo negro de pasta, Encendió el tocadiscos, colocando la pieza. *Blues Nocturnos* se extendió por la estancia, despertando un estremecimiento en Mike. Sally, siguiendo con la cabeza el ritmo perezoso del *blue*, preguntó a Mike:

—¿Quieres bailarlo conmigo? Mientras, puedes hablarme de todo lo que sabes o sospechas. Me gustaría bailar contigo, Mike.

Doyle no pudo negarse. Se puso en pie, aflojó su corbata, dejó a un lado el vaso de licor y estrechó entre sus brazos el cuerpo de Sally Mac Kenna.

—Mike... —susurró ella, al oído del joven.

—¿Qué quieres, Sally?

—Ámame, Mike, y olvídate de Ella Farrell y de todas esas desagradables realidades. Vivamos este momento en toda su intensidad. Para no olvidarlo jamás, ocurra después lo que ocurra...

Era fácil ceder. Y otro hombre hubiese aceptado la capitulación. Pero Mike no lo hizo. Por el contrario, su mente calculó que la rubia sabía mucho más de lo que decía. Y, enérgicamente se echó atrás, soltó la cintura estrecha y prieta de Sally, asestándola un salvaje bofetón que cruzó el rostro.



La rubia sabía mucho más de lo que decía...
4 — MATANDO

El estupor, la cólera y la humillación debieron de ser más dolorosos para Sally que la misma bofetada. Retrocedió, tambaleándose, llevándose los dedos al punto dolorido.

—La comedia se ha terminado, Sally —dijo Doyle duramente, apretando los labios—. Quiero la verdad, ¿entiendes? Quiere saber

por qué ese maldito disco está siempre allí donde se comete un crimen, por qué hay demasiada música por medio en estos crímenes... y por qué pretendes sobornarme con la más burda de las mentiras que puede emplear una mujer atractiva: la de su propio cuerpo.

Sally Mac Kenna sollozaba, en silencio, agazapada contra una mesita. Sus ojos relampaguearon al encender Mike una lámpara. Habló con pasión contenida, a punto de estallar:

—¡Vete, Mike, vete de casa! ¡Te odio, te odio!... Iba a rendirme en tus brazos gustosa, pero tú me has golpeado. Tal vez seas demasiado listo y te haya dado cuenta a tiempo de que todo lo hago por Fred. Por mi pobre Fred, que me necesita ahora más que nunca.

—Sabía que era eso —Doyle rió duramente, tomó sus prendas, caminando hacia la puerta—. Adiós encanto. Y ojalá le seas tan fiel a Fred Savage cuando le envíe a la horca por doble asesinato. Pero las ratas como tú, abandonáis siempre el barco que se hunde.

Después, sin atender a la desesperada expresión de Sally, Mike abandonó el apartamento, bajando rápidamente las escaleras, sin esperar al ascensor. Seguía confuso, no entendía nada de nada en aquel apunto. Pero Sally Mac Kenna había pretendido engañarle. Todo por proteger a Fred Savage, de quien estaba locamente enamorada. Eso era significativo. Si ambos tenían miedo, era porque había algo que ocultar. Algo sucio, oscuro. Fred Savage... Mike Doyle se preguntó si un criminal sería tan torpe como para dejar su firma tras de sí en los crímenes que cometiera. Aquel disco era señalar las sospechas de cualquiera en una misma dirección.

Salió a la calle. Algunas palabras de Sally, dichas quizá inconscientemente, le bailoteaban en el cerebro: «Fred necesita mi ayuda... es como un chiquillo torpe... Sobre todo después de salir de la clínica...».

Pensando en ella, penetró en una calle adyacente. Eren más de las cuatro de la madrugada, caía una menuda llovizna, diluida entre la niebla. Apenas se veía a unos pasos. En medio de la grisácea atmósfera los globos de luz eran lejanos redondeles pálidos, diluidos y amarillentos.

De pronto, notó a sus espaldas el rumor de unos pasos rápidos. Se volvió en redondo, preocupado. El lugar, a aquellas horas de la noche, estaba demasiado solitario. No le gustó aquello. Y de pronto,

de la derecha llegaron otros pasos. Y otros de la izquierda. Un taconeo a sus espaldas, completó el cerco ¡Estaba rodeado!

Retrocedió, en diagonal, pretendiendo huir de las confusas siluetas abocetadas en la bruma. Pero estas caían sobre él, cerrándole toda salida. Un golpe le cayó de refilón en la nuca. Tambaleóse, mientras las sombras oscurecían la visión a su alrededor. Otro impacto le hirió en la mejilla.

Los agresores usaban sin duda objetos de goma sólida para golpear. Rabioso, estiró el puño, descargándolo sobre algo tangible. Un gruñido de dolor acogió su réplica. Pero en el mismo instante, la agresión se generalizó. Cayeron sobre él objetos contundentes, machacándole sistemáticamente rostro y cuerpo. Quiso resistir, pero la niebla era tan espesa que no lograba precisar los golpes. Y sus atacantes eran, al menos, cuatro.

Rodó sobre el bordillo de la acera, hiriéndose con el filo de asfalto en la cabeza. Le abandonaron las fuerzas y cayó por tierra, mientras los golpes seguían lloviendo sobre él.

Pero Mike Doyle, afortunadamente, había perdido la noción de las cosas mucho antes de terminarse la paliza.

La fría llovizna, menuda y pegajosa, despertó a Mike. Le costó mucho tiempo y trabajo ponerse de rodillas sobre el bordillo, acometido de terribles náuseas. Al cabo de un rato se sintió mejor. Tenía lleno de magulladuras y cortes el rostro, empapados de agua y sangre los cabellos. Su aspecto debía de ser bastante desagradable en aquellos momentos.

Apoyándose lentamente en el muro, fue poniéndose en pie, recogió el amasijo sucio y mojado que era su sobretodo, y empezó a caminar lentamente calle adelante. Primero pensó en acudir al piso de Sally Mac Kenna en busca de ayuda. Pero desechó la idea por poco prudente. El ataque había sido realizado a la salida de su piso. ¿Y si ella tuvo parte en el mismo? Poca gente, aparte de ella misma, podía saber dónde estaba en aquellos momentos Mike Doyle.

Estaba muy débil y el cuerpo le dolía terriblemente. No llegaría muy lejos en aquel estado. Por fortuna, al salir a *Charing Cross*, encontró un taxi en forma milagrosa. Se subió a él procurando que el taxista no le viera detalladamente y dio una dirección.

Poco después, se detenía frente a un edificio, pagaba la carrera y, haciendo un violento esfuerzo, salió a la acera. Se tambaleó, a

punto de caer. La cabeza estaba a punto de estallar y cada hueso le dolía como si estuviera roto en fragmentos. Logró, sin embargo, apoyarse en el portal, apretando el timbre con su cuerpo, incapaz de mover siquiera un dedo. La lluvia lograba mantenerle con su fría caricia, despierto y algo animado. Pero Mike sabía lo ficticio que era eso. De un momento a otro, volvería a desmayarse.

La ciudad entera parecía de charol, envuelta en algodón en rama. Dentro de la casa seguía sonando el timbre que el cuerpo de Mike pulsaba desesperadamente. Arriba, al final de una escalera, se oyeron pasos y voces. Alguien abrió la puerta, envuelto en una bata a cuadros pasada de moda. Una voz de hombre, brusca y dura, interpelló:

—¿Qué mil diablos?... ¿Está usted borracho?

Habían encendido un globo amarillento en el vestíbulo, y el hombre se dio cuenta de su aspecto.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Si le han destrozado! Pase, hombre de Dios, ¿a quién busca?...

—Soy Mike Doyle... —gimió el joven, dando un solo paso adelante—. Busco a Jill Grayson...

Después, rodó aparatosamente a los pies del hombre, de cuyos labios escapó un grito de alarma. Luego se volvió a la escalera interior gritando:

—¡Jill, Jill, hija mía! ¡Vamos, baja a ayudarme! ¡Tu amigo Doyle está aquí...!

Por segunda vez en pocas horas, Mike recobró el conocimiento. Pero la humedad que sentía ahora en su rostro no era agua de lluvia. Ni la blanda superficie sobre la cual reposaba su cuerpo correspondía al duro y helado asfalto callejero.

Una carita, adorable, rodeada de cabellos cortos, dorados, asomó en su campo visual. Una mano blanca y cuidadosa, le humedecía suavemente las heridas del rostro. Junto al lecho donde yacía, el hombre de la bata a cuadros, vestido ahora por completo, y una dama de cabellos grises, parecida físicamente a Jill, parecían pendientes de su despertar. Encima, un techo que necesitaba ya una capa de pintura, cubría la habitación modesta, pero pulcra y cuidada.

—Amigo, cómo le pusieron —dijo el padre de Jill, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Si se descuida, le tienen que buscar otra cara para suplir a la vieja.

—Lo hubiera sentido —gruñó Mike—. La he llegado a tomar cariño.

—Ése es el resultado de andar en enredos con las chicas rubias —comentó secamente Jill lavándole con demasiada fuerza un hematoma. Mike gimió de dolor—. ¿Apareció el otro, en plena escena amorosa?

—No me venga con chistes, Jill. Había dejado a la chica cuando el mundo se me vino encima en forma de un ejército bien organizado, y camuflado en la niebla.

—Ya. Y supongo que ello no tuvo nada que ver con la cantante del Savoy, ¿eh?

—No lo creará, más así fue. No creo que los tipos que me sacudieron la paliza estuvieran comidos por los celos. Pero que la rubia no les enviase contra mí, es algo que ya no discuto. Quisiera saber quién fue el maldito bastardo que los mandó a hacerme papilla. Estoy deseando devolver golpe por golpe. ¡Y con todas mis fuerzas, demonio!

—No se excite ahora, Mike —exhortó Jill, calmándole—. No adelantará nada. Es mucho mejor que reserve sus energías para ese momento... o para volver a ver a su querida oxigenada.

—¡Al diablo las rubias y todas las mujeres... menos usted, Jill! —Mike la sonrió con su mejor expresión. Pero no debió tener gran éxito con aquel mapa por rostro—. Ahora se trata de descubrir a un asesino. Un asesino que puede estar loco o no, pero que le gusta dejar su firma registrada en el escenario de sus delitos. Una melodía... *Blues Nocturnos*.

—Acabará cantando a gritos por las calles —pronosticó Jill, sonriendo—. Eso le obsesiona.

—Si sólo fuera eso... Hay mil cosas sin sentido en todo este enredo. Tomlinson, un tipo pelirrojo, barbudo y con gafas negras. El villano clásico de los folletines... Una rubia que se siente protectora, maternal de un trompeta guapo y tonto, que estuvo alguna vez en una clínica con no sé qué enfermedad... ¡Oh, Jill, sufriré pesadillas hasta saber la verdad!

—Seguro. Y yo también, cuando le recuerde a usted, tal como llegó aquí. Parecía salido de un *science-fiction*. Ahora está ya más

presentable. Y yo espero poder ir a mi trabajo, aunque algo retrasada. Son las nueve y media, Mike.

—¡Cielos! ¡No puedo llevar tantas horas dormido!

—Vaya si las lleva... —Jill dejó a un lado la jofaina de agua, los ungüentos y vendas—. ¿Se siente con ánimos de quedarse solo en casa?

—¡Ni lo sueñe! —Mike dio un brinco en el lecho—. Estoy mucho mejor, como nuevo. Hasta puedo ir con usted al «Hungaria», tomar allí algo caliente y buscar luego al superintendente Bishop. Tengo cosas que contarle, cosas que le van a hacer cambiar de idea quizá.

—¿Cree que puede volver a danzar por toda la ciudad, en busca de nuevos líos?

—Nunca me he sentido mejor... y con más ganas de golpear a alguien en el estómago. Hay muchas cosas oscuras, Jill, pero otras empiezan a perfilarse. Ella Farrell no creo que fuese diferente a como yo la conocí. Eran los hombres que la rodeaban quienes la hacían cambiar. Y no sé por qué, tengo la impresión de que ella fue el centro de un juego trágico en el que alguien la metió por una razón concreta. Hasta el día que ella supo demasiado sobre ese alguien o sobre algo demasiado importante... y fue eliminada. Si yo supiera eso, si yo lograra tomar un solo cabo suelto, para tirar de él y sacar la verdad...

—Vamos, Mike, no siga así o terminará loco. Yo estoy preparada para salir. ¿Se decide a venirse conmigo?

—¿Cómo no? —Mike rió, sentándose en el lecho. Por fortuna, no le habían desnudado—. Andando, Jill. Y le juro que estoy harto de rubias y de pelirrojas. Con usted al lado, uno se encuentra como con un sedante después de le borrachera.

—Eso debería halagarme. Pero nunca me ha gustado ser el tipo de chica-sedante —Jill le miró enfadada—. Porque los borrachos acaban volviendo a embriagarse, y el sedante es sólo un remedio posterior, molesto las más de las veces.

Mike la tomó por la barbilla y sonrió lo mejor que pudo con sus labios tumefactos.

—No usted, Jill. No usted —y empleó un tono grave, desusado en él—. Palabra...

Jill suspiró e inició el descenso de la escalera, llevando al lado al joven yanqui. Londres seguía envuelto en niebla, gris y espesa. Pero

a Mike le resultó más alegre que la noche antes.

Exactamente hasta que tomó la última edición del *Mirror* y leyó sus gruesos titulares, a toda plana, trágica confirmación de una teoría suya que el superintendente había despreciado una y otra vez:

HERMOSA CANTANTE RUBIA ASESINADA. TERCER
ASESINATO CON MÚSICA DE FONDO.

Y seguía:

SALLY MAC KENNA, CANTANTE DE MELODÍAS
MODERNAS, HALLADA MUERTA EN SU APARTAMENTO. EL
CINTURÓN DE UN SOBRETUDO GRIS LA ESTRANGULÓ,
MIENTRAS SONABA EN EL TOCADISCOS *BLUES*
NOCTURNOS, LA CÉLEBRE GRABACIÓN DE FRED SAVAGE,
AMANTE DE LA MUERTA.

El final del titular era muy poco optimista para algunas personas que Mike conocía:

¿ES CASUAL O NO LA REPETICIÓN DE ESA MELODÍA
EN EL ESCENARIO DE TRES CRÍMENES?

Mike Doyle gimió, estrujando el periódico entre sus manos:

—Ya ha llegado, Jill. El tercer desastre. Y no sé por qué sospecho que a Sally Mac Kenna la estrangularon con el cinturón de mi propio sobretodo...

Jill miró de soslayo a la arrugada y sucia prenda del joven. Evidentemente, si alguna vez había tenido cinturón, ahora éste brillaba por su ausencia.

—¿Qué va a hacer ahora, Mike? —preguntó con voz alterada la muchacha, evitando mirar el retrato de la beldad rubia estrangulada aquella madrugada en su casa.

—Buscar a tres hombres: Fred Savage, Dana Tomlinson y al superintendente Bishop. Eso parecerá cosa fácil, pero estoy seguro de que no todos querrán verme. Y no me refiero precisamente a

Bishop, puede estar bien cierta.

CAPÍTULO VIII

El superintendente Bishop mostró una alegría muy relativa cuando Mike Doyle entró en su despacho de New Scotland Yard. Indudablemente, estaba de un humor de perros, y se revolvió furiosamente cuando vio a Mike en la puerta.

—¡Diablos, ya era hora de que diese usted señales de vida, Doyle! —rugió, avanzando hacia él unos pasos—. Estoy buscándole por todo Londres.

—Lo siento, superintendente, pero estaba en casa de una chica... —explicó Mike.

—¿Otra? —Tyne Bishop resopló—. ¿No ha tenido bastante con Sally Mac Kenna?

—¿Cómo sabe eso?

—¡Demonio!, si dejó usted la casa llena de huellas de su paso: Sus dedos en un vaso de licor, en todas partes. El cinturón de ese sobretodo que lleva ahora puesto, ceñido en torno al cuello de la pobre chica... Amigo mío, creo que si alguien ha sido alguna vez culpable de un crimen con mayor cantidad de pruebas en contra, ese alguien es usted.

—¿Yo? —Mike ponderó ese extremo, admitiendo que era cierto—. Pero usted sabe que yo no estaba en Londres la noche de la muerte de Ella Farrell... Eso desmorona su teoría.

—No del todo. Pudo cometer ese crimen, anticiparse en otro avión, para fingir que llegaba por la mañana.

—Bien, pero los empleados del aeropuerto me recordarán... —sonrió Mike.

—Los empleados del aeropuerto no le recuerdan —cortó fríamente el policía—. Así que pudo hacerlo.

—Vaya, parece que se ha dado prisa en comprobar mis pasos.

—Sí. Y no me satisfacen en absoluto. O lleva usted un asesino pegado a sus talones, o es usted quien va matando a todo aquel que

visita. Halló el cuerpo de Ella, el de Hutchinson, ahora el de Sally aparece, poco después de haberse ido usted...

—... Y con el disco de Fred Savage puesto en el tocadiscos, ¿no? —sonrió Mike.

—Eso es. ¿Va a decirnos que cuando usted se fue, ese disco no estaba puesto?

—No le voy a decir tal cosa. Bailé con Sally esa melodía.

—Y despertó sus instintos homicidas de nuevo —dijo muy seriamente Bishop—. Por eso la estranguló. Pero ella luchó, antes de morir. Luchó mucho, Mike. Y le ha puesto una cara lamentable. Pero a fin de cuentas, cayó estrangulada y usted se fue a preparar una coartada o cosa por el estilo.

—Es una hipótesis. Si la presenta ante un jurado quizá les convenza y me cuelguen. No había pensado nunca que yo soy el sospechoso ideal. Pero es verdad.

—No pienso aún eso seriamente —manifestó Bishop, abocetando una sonrisa débil—. Sin embargo, me asalta a veces, como una tentación. No sé casi nada de usted ni de Ella Farrell. Pudo venir a matarla, al saber que estuvo casada con Jake Lindsay. Quizá también le mató a él y quemó su cadáver, porque el maldito Lindsay no aparece por parte alguna. Ni en Limehouse saben nada de él desde hace casi medio mes. ¡Éste es para volverse loco, Doyle!

—Yo lo estoy ya, incluso sin haber llegado al extremo de sospechar de usted, superintendente —rió Mike Doyle, divertido—. Dígame una cosa, Bishop.

—Usted es quien tiene que decirme muchas a mí.

—De acuerdo. Scotland Yard tiene derecho a reclamar mi colaboración —ironizó Doyle—. Pero antes, mi pregunta. Es sencilla y usted tendrá mejores medios que yo de responderla: ¿Qué clase de pájaro es Tomlinson?

—¿Quién? ¿Dana Tomlinson, el editor de discos? —Bishop suspiró hondo—. Sigue usted aferrado a su fantástica teoría, Mike.

—Me gusta más que ninguna otra. Incluso los diarios la apoyan hoy, ¿los ha leído?

—¡Bah! Usted tiene espíritu de periodista. No extraña que coincidan en sus quimeras. Pero convénzase, Doyle, eso no tiene sentido. ¿Para qué iban a ponerle música a una serie de crímenes feroces como éstos? La idea de un asesino romántico resulta

absurda, disparatada...

—Exacto. Absurda, disparatada. Luego no cabe el romanticismo. Pero el criminal sigue con su manía de matar con música. ¿Por qué? ¿Una firma o marca de fábrica? Aún resulta más fantástico e increíble. Eso no ocurre ni en las novelas. No, no, la música ha de tener una razón. ¿Y por qué precisamente *Blues Nocturnos*, de Fred Savage? A Ella no le gustaba la música moderna; Hutchinson, el empleado del zoo, tampoco parecía aficionado a semejante clase de melodías. Hasta su casa y su ambiente eran chapados a la antigua. Pero Sally sí gustaba de esa música. La cantaba, era amante de Fred Savage y tenía un surtido de discos suyos.

—Eso es —Bishop asintió, divertido—. Entre los que, aparte el disco que giraba en la gramola, había obro ejemplar de *Blues Nocturnos*.

—¿Qué? —Mike abrió mucho los ojos—. ¡Repita eso!

—Que Sally tenía dos ejemplares de la misma pieza. Era la única duplicada.

—¡Maldita sea, superintendente! —aulló Mike—. ¡Eso lo explica todo!

—A mí no me dice nada. Y no he llegado a superintendente por torpe —advirtió secamente Bishop.

—No se trata de torpeza, sino del punto de vista. Éstos no son crímenes rutinarios o vulgares, Bishop. Y usted los trata con rutina, como un caso más de Scotland Yard. La maquinaria poderosa de esta gran organización policíaca puede hacerlo todo. Todo, menos escrutar en los interiores de los seres humanos, en adivinar sus recónditos secretos y sus pasiones, menudas o grandes. El secreto de todo esto se halla ahí, en el interior de personas a quienes conocemos y hemos hablado, sin adivinar lo que pasa por ellas. ¡Ese disco repetido es revelador, superintendente! Porque ella sacó el disco de su colección, cuando lo puso para bailar nosotros... y si está entre todos, es señal de que lo reintegró a su sitio primitivo al marcharme yo... Entonces, llegó otra persona, que llevaba, el disco consigo, porque llevaba la idea de matar y no quería que faltase su música...

—Eso empieza a tener sentido, Doyle —Bishop se mordió los labios—. Hum, a veces sospecho que estamos siguiendo a un fantasma, que alguien se divierte envolviéndonos en una cortina de

humo, para desviar nuestras sospechas y pesquisas.

—Yo también he sentido esa misma impresión, superintendente —declaró Mike Doyle, ceñudo, cuando salían a Whitehall, dejando atrás el edificio de New Scotland Yard, que se erguía a orillas del Támesis, frente a la mole del Parlamento. Entre la niebla matinal, apenas si era visible la tradicional forre con el

Big-Ben

en su cima.

Montaron en un coche oficial. Bishop se volvió a Mike, preguntándole:

—Bien, ¿a dónde quiere ir ahora, Doyle? He examinado todo el apartamento de Sally en cuanto hallamos el cuerpo. Y puedo asegurarle que no hay nada. Nada en absoluto. Ni puntas de cigarrillos, ni cerillas de madera del «Savoy».

—¿El «Savoy»? —Mike dio un respingo—. No me había dicho eso.

—Tampoco tiene gran importancia. Más de cien mil londinenses usan esas cerillas de madera. Son de propaganda, procedentes del grill del «Savoy».

—Y allí actuaban Sally Mac Kenna y Fred Savage, ¿eh? El círculo se cierra... en torno a una misma persona.

—¿Fred Savage? —Bishop tabaleó con la punta de sus dedos sobre el tapizado del coche y dijo al chofer— Vamos, Brice, a casa de Fred Savage. Es el Saint

Martin's

Lane, al lado del New Theatre.

Se retreparon en el asiento, mientras el vehículo partía, Bishop dirigió a Mike una mirada entre burlona y complacida. Era más *gentleman* que nunca el policía inglés.

—¿Está satisfecho, Doyle? —le preguntó—. Sigo su propia teoría, a falta de otra mejor. Siento interés por saber qué tiene que decirnos Fred Savage.

—Y yo. Quiera Dios que no lleguemos demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir? —Se intrigó el superintendente, mirándole de reojo.

—Nada... nada —hizo una pausa. Luego continuó—: ¿Ha averiguado algo sobre Hutchinson?

—Lo que ya sabíamos. Era un hombre afable, tranquilo, de vida

clara y sin complicaciones. Al parecer, había prometido a Ella un empleo en el zoo, en buenas condiciones económicas. Lo que no sé es por qué diablos quería la chica, dejar «Fono-Record».

—Tomlinson —espetó Mike con sequedad.

—¿Eh?

—Es una posibilidad. No le he visto jamás, pero ya me es antipático, parece ser que Ella le gustaba, si Sally no me mintió.

Le contó a Bishop todo lo que sabía. El policía le escuchó atentamente, mordiéndose levemente los labios.

—¿Qué le parece el cuadro? —inquirió luego Mike.

—Sigue estando terriblemente incompleto. Como si faltaran muchas piezas —gruñó Tyne Bishop, mientras los monumentos de Carlos I y del Almirante Nelson desfilaban velozmente por las ventanillas del coche casi fundida su piedra gris y su metal con la niebla—. Fred Savage tiene filiación policiaca por actividades nazis durante la guerra. Jake Lindsay, exmarido de Ella también pasó por Old Bailey una o dos veces, por delitos menores. Pera en cuanto a su antipático caballero Tomlinson, editor de música en discos y hombre rico y popular en el ambiente musical moderno de Londres, no hay nada en absoluto. Lamento defraudarle. Es lo más lejano que puede uno imaginar de un asesino en potencia. Claro que eso no quiere decir nada, pero me resisto a admitir la complicidad de Tomlinson en algo delictivo. Es un hombre demasiado rico, prestigioso y cauto para eso.

—Savage era nazi, ¿eh? —Mike parecía estar meditando sin oír a Bishop.

—Eso se rumoreó. No hubo pruebas de que colaborase con el enemigo, y menos aún de que ejerciese labor de espionaje dentro de Inglaterra. Por eso se olvidó el asunto y Savage no fue procesado, como algunos pretendían.

—Ya.

El automóvil siguió adelante. Ninguno de ellos habló hasta detenerse el vehículo frente a un edificio moderno, de varios pisos. Fred Savage vivía en el séptimo, puerta K. Bishop y Mike se detuvieron ante dicha puerta, pulsando repetidamente el timbre. No respondió nadie. Cuando a la cuarta llamada persistió el silencio, Doyle mostró su inquietud.

—Oiga, Bishop, esto es muy raro, ¿no? Los artistas no suelen

madrugar mucho. ¿O acaso le han llamado al hallar el cuerpo de Sally?

—Claro que no —Bishop se mordió los labios de nuevo—. Es la primera visita que le hago. Usted habló de llegar demasiado tarde. ¿A qué se refería? ¿Sospecha que le han asesinado también?

—No sé aún. Vamos a forzar la puerta, si sus atribuciones se lo permiten.

—Mis atribuciones no me permiten tal cosa —Bishop sonrió—. Pero voy a hacerlo, a pesar de todo. Qué diablo, Mike, usted logra convencerme siempre.

Ni corto ni perezoso, extrajo de su elegante abrigo largo un manojó de llaves maestras. La cuarta que probó resultó eficaz, y la puerta se abrió suavemente. Ambos hombres miraron en torno, comprobando que nadie circulaba por el corredor, y entraron cenando tras de sí.

El apartamento parecía haber sufrido un vandálico asalto. Cajones por tierra zopas diseminadas objetos en desorden... y ni una sola maleta a la vista. Caído en tierra, el lado de una mesita llena de revistas musicales había un folleto de las Líneas Aéreas Británica. Mike lo tomó, examinando los horarios y destinos de los distintos aviones que tenían su salida de Londres. Era la página más manoseada de todas, lo cual hablaba por sí solo. Bishop también lo apreció, sin comentar nada con Mike. Pero ambos se miraron, conscientes de que pensaban lo mismo. Como dijera el americano, habían llegado demasiado tarde.

—Levantó el vuelo nuestro pájaro —masculló Bishop, irritado—. ¿Se habrá vuelto loco?

—No lo creo —dijo secamente Doyle—. Pero Savage tiene miedo.

—¿A la policía o a un asesino desconocido?

—Si yo supiera eso, superintendente...

Salieron a la calle. La niebla continuaba cerrada. Y empezaba a lloviznar de nuevo sobre Londres. Pronto haría falta la iluminación artificial, en pleno día, para ahuyentar aquel terrible «puré de guisantes» británico.

—Bien, Doyle, le concedo la iniciativa en mérito a sus aciertos deductivos —manifestó burlonamente Bishop, pero con seriedad en el fondo—. ¿A dónde vamos ahora?

—A ver a Dana Tomlinson si ello es posible. ¿Sabe su dirección?

—Naturalmente En Coventry, 239 —repuso con toda naturalidad el policía—. ¿Vamos?

—Coventry, 239... —Mike Doyle se detuvo, con un pie en el estribo. Su rostro debió de mostrar un asombro fantástico, porque Bishop le contempló, extrañado—. ¡Dios mío!

—¿Qué ocurre ahora, hombre de las sorpresas?

—Nada, Bishop. Que me aspen si entiendo todo este lío. Pero vamos a Coventry... a ver si esta vez no me arrojan a un pasillo violentamente. Usted me protegerá.

El policía no entendió nada de aquello, ni Mike se cuidó de explicárselo. El automóvil se encaminó por el Strand hacia la dirección indicada. Y el joven americano se preguntó si aquel retorno al edificio donde estaba el club de locos musicales de Onslow Wilcox, no significaría que empezaban a girar en un círculo vicioso sin salida posible, donde todos los caminos conducían, indefectiblemente, al mismo lugar: al fracaso, rotundo y amargo.

Ahora, sin embargo, había dos nuevas evidencias, tan disparatadas como todo aquello: Fred Savage había huido de alguien. Y Dana Tomlinson el hombre poderoso de la industria de discos fonográficos, vivía en una casa donde Ella Farrell había ido una vez, acompañado de Jill Grayson...

¿Cómo se podían ligar aquellas dos nuevas piezas del diabólico rompecabezas?

Por lo menos, en aquella ocasión no fracasó su visita. Un criado respetuoso, severamente vestido de negro, a la usanza de los clásicos mayordomos ingleses popularizados por la literatura policíaca, les hizo pasar al interior de un amplio apartamento, formado en realidad por la fusión de dos apartamentos sencillos, iguales a aquel que Wilcox ocupaba en el tercer piso. El de Tomlinson era en la planta quinta. Y no resultaba extraño no haber dado con su placa en el vestíbulo, ya que figuraba con el nombre de Dana T. Burke.

Bishop dio su identidad. El mayordomo les condujo por un largo corredor, hacia el fondo del apartamento. Todo era lujoso, exuberante de riqueza y confort. Abundaban las alfombras, los espesos cortinajes, muebles sólidos y costosos, buenos cuadros, algunos de ellos de prestigiosas firmas europeas, y todo ello con

muy poca luz. Las persianas tamizaban la claridad del día, prestando al apartamento un aire íntimo, acogedor, pero al mismo tiempo inquietante, sombrío, triste.

Les dejaron esperando en un saloncito decorado en verde esmeralda y gris, mientras el severo mayordomo iba a anunciarles. Regresó un momento después, mostrándoles el camino.

—Síganme, por favor, caballeros —indicó gravemente—. El señor Tomlinson se encuentra estos días un poco delicado, pero les recibirá en su alcoba, muy gustosamente.

Una puerta se abrió para ellos, y fueron introducidos en una alcoba tan poco luminosa como el resto de la casa. Allí, un hombre sentado ante el balcón de persianas corridas se puso en pie al entrar ellos. Tenía ante sí una mesa, vestía un largo batín de casa, azul eléctrico, y la escasa luz diurna que la niebla y la persiana dejaban pasar hizo brillar su roja melena ondulada y su barbita a lo Van Dyck, cuando extendió su mano.

—Caballeros es un placer —dijo suavemente, con una voz que a Mike le resultó todo lo desagradable que dijera Sally Mac Kenna. Ronca, sibilante, tan antipática como aquel hombre de melena rojiza, ojos encubiertos por sus gafas oscuras, azuladas, y sus modales afectados—. Siéntense, por favor. ¿Quieren almorzar? Me perdonarán que no les reciba de otro modo, pero llevo unos días enfermo, bastante delicado. Mi salud no es buena, y estos días se resiente aún más. Además, padezco de la vista... Pero en fin, señores, ustedes no han venido a informarse de mi salud, sino de algo relacionado con cosas de más importancia, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca, señor Tomlinson —era Bishop quien, naturalmente, tomaba la voz cantante—. Queremos hablarle de Ella Farrell, de Fred Savage y de Sally Mac Kenna.

—No comprendo... —El tono de Dana Tomlinson parecía sincero—. La señorita Farrell ha muerto. En cuanto a la señorita Mac Kenna, acabo de leer en la última edición del «Mirror» que también ha muerto violentamente, con una melodía como fondo. Eso resulta algo... teatral y absurdo, ¿no les parece?

—Es un disco que usted ha editado, señor Tomlinson —le espetó secamente el policía, sin responder a la pregunta—. «Blues Nocturnos».

—¿Y eso me complica a mí? —sonrió el hombre de cabellos

rojos, con su singular voz bronca—. Es un poco llevado por los pelos, ¿no le parece, superintendente?

Resultaba molesta, a juicio de Mike, su insistencia en pedir siempre parecer con un tonillo burlón y frío. El hombre pelirrojo seguía sirviéndose su almuerzo, sin cesar de conversar y de vigilar a sus visitantes a través de los vidrios oscuros de sus gafas.

Decididamente, Dana Tomlinson era un hombre desagradable, como dijera Sally. Le causó una terrible indignación interior pensar que aquel hombrecillo estuvo enamorado de Ella Farrell. Pero las palabras del inteligente Bishop le volvieron a la realidad:

—No he dicho que le complique ni mucho menos. Usted está fuera de sospechas, señor Tomlinson. Pero creo que conocía bien a su empleada, la señorita Farrell. ¿Qué nos puede decir de ella? ¿Y de Fred Savage? ¿Opina que el trompeta estaba enamorado de ella?

Una mano de Tomlinson tembló, al servirse mantequilla sobre el pan tostado.

—No sé —respondió roncamente—. No es tema de mi incumbencia. Por el señor Brewster, mi socio, sabrán ustedes que yo me ocupo poco de los asuntos de discos. Él es quien ejerce una labor más cercana a empleados, grabaciones y ventas. Pero recuerdo haber tratado ligeramente a la señorita Farrell, que parecía eficiente, honesta y muy atractiva.

—Teníamos idea de eso. El señor Doyle era el prometido de ella.

—Oh, comprendo —Tomlinson miró brevemente a Mike, inclinando la cabeza—. Es muy penoso para usted... Sin embargo, temo que no podré ayudarle. Acerca de Savage, alguien me dijo que estaba enamorado de la señorita Farrell, pero la cosa no me interesó demasiado y no volví a ocuparme de ella. Lo que sí supe es que la señorita Farrell era divorciada de un músico que ya había grabado cosas en nuestros estudios, tiempo atrás.

—Eso no lo sabíamos —Bishop se inclinó hacia Tomlinson, interesado—. ¿Cuándo fue eso?

—Oh, no recuerdo bien... Lindsay era un buen músico de *jazz*. Figuraba de solista con la formación de Ted Cornell, tocando el clarinete. Tenemos «Ora Starcatto», les «Czardas» y otras piezas que él grabó con el conjunto Cornell. Sin embargo, eso tampoco les ayudará.

—Nadie sabe dónde puede estar la ayuda —comentó Doyle,

secamente—. En lo más absurdo, en lo menos trascendental en apariencia, puede estar la verdad... Yo sé muchas cosas ya, señor Tomlinson... Sé por qué se ponen esos discos en los escenarios de los crímenes.

—¿De veras? —La mirada aguda del hombrecillo pelirrojo se clavó en Mike ahora—. Es muy interesante. Pero no para mí.

—Sé también que Fred Savage tiene miedo. Por eso ha huido hoy de Londres —fingió no notar la mirada de Bishop, advirtiéndole de que guardara silencio—. Y sé que estoy en la verdadera pista del asesino. Por eso corro peligro yo también. Pero no me importa. Voy a ir hasta el final. Y en ese final me espera el hombre que mató a Ella Farrell. Un cobarde que morirá sin músicas de fondo, pero que lamentará durarle sus últimos momentos haber hecho lo que hizo. Vamos, superintendente. Creo que el señor Tomlinson no va a poder ayudarnos en esto. Con decirnos que Lindsay grabó discos, tenemos bastante. Puede empezar a buscar a Jake Lindsay. Y si le encuentra vivo, me corto la mano derecha.

—¡Mike! ¿Se ha vuelto loco? —Gruñó bruscamente Bishop, sin entender.

—He estado loco hasta hace muy poco. Ahora empiezo a ver claro. Lindsay... Ese hombre, Bishop, hay que encontrarlo... o todo será más difícil. Pero temo que no sea más que un cadáver, uno más en ésta orgía sangrienta... Buenos días, señor Tomlinson.

Abandonó la alcoba siguiéndole Bishop, con una asombrada despedida de Tomlinson, que ni siquiera se movió de su mesa, limitándose a inclinar la cabeza y admitir sus excusas.

Bishop alcanzó a Mike cuando el joven americano llegaba a la puerta del piso e iba a salir. El joven caminaba con rápido paso, no se detuvo al alcanzarle el superintendente, y juntos salieron al corredor. El ascensor funcionaba en los pisos altos y Mike no lo esperó. Descendieron las escaleras, a buen paso.

—¿Se puede saber qué mil diablos le sucede, Doyle? —preguntó el superintendente—. Se ha portado como un grosero en presencia de Tomlinson. No es un hombre grato, pero es importante y hay que portarse correctamente con él. ¿Qué mosca le ha picado?

—La de las prisas, Bishop. Estoy harto de perder el tiempo de sitio en sitio, mientras el asesino se ríe de nosotros, adelantándose siempre a nuestros pasos. Tomlinson no nos sirve de nada en esto.

Únicamente lo que dijo de Lindsay puede valer. Y quiero comprobar algo.

Salieron a la calle y subieron al coche. Bishop dio a Brice la dirección de «Fono-Record» y partieron apresuradamente. Las luces de tránsito les detuvieron en el camino varias veces. Pero por fin llegaron ante la importante casa de discos.

La pelirroja, Julie, sonrió a Mike coquetonamente desde el mostrador. Pero él, sin hacer caso, la interpelló secamente:

—¿Está Brewster, encanto?

—Sí. Hace poco que llegó. Pero no está de muy buen humor hoy. Venía con los diarios, leyendo la muerte de esa Sally Mac Kenna y...

Mike la dejó con la palabra en la boca, y se encaminó al fondo del establecimiento, siempre con el imperturbable y elegante superintendente tras de sus pasos. Cuando golpearon con los nudillos en la puerta de la Dirección, la voz de Brewster les invitó a pasar.

El director de «Fono-Record» les sonrió, más insignificante y ceñudo que nunca. Ante él, los diarios extendidos pregonaban la tragedia del apartamento de Sally. Mike le habló, sin perder tiempo:

—Brewster, venimos de ver a su socio, Tomlinson. Nos ha dicho que Jake Lindsay, el exmarido de Ella Farrell, grabó discos para ustedes.

—Si él lo ha dicho... —Brewster se encogió de hombros—. Pero sería en los estudios de «Banda Prodigiosa». Yo no sé gran cosa de grabaciones. Tomlinson es quien lo dirige todo.

—Él dijo que usted estaba más al corriente de las cosas.

—¡El viejo zorro! —Gruñó Brewster, resentido—. Le gusta echar las responsabilidades sobre los demás. Mintió el muy bellaco... Es él quien lleva todo el tejemaneje de grabaciones y todo eso.

—Brewster, he venido a preguntarle una cosa sobre su socio... —anunció Mike—. No me ha sido nada simpático, pero no podemos acusar a un hombre sólo por eso. Quiero saber algo concreto sobre Dana Tomlinson. ¿Qué clase de hombre es? A mí me hizo el efecto de un fantasmón. Quiero que usted me diga lo que piensa de él. Le conocerá mejor que nadie.

—Cierto —Brewster sonrió, de mala gana—. Por eso quizá le odio y le temo más que nadie. Es un hombre extraño, hermético y

reconcentrado. Si un día me dijeran que había robado el Banco de Inglaterra y huía con cien millones de libras en oro, no me extrañaría nada. Creo que por dinero sería capaz de todo.

—Muy interesante —Mike reflexionó, ceñudo—. Usted me ha descrito a Tomlinson mejor que nadie. ¿Sabe si fue nazi durante la pasada guerra?

—¿Nazi? —Brewster enarcó las cejas—. No sé... Ni entiendo su pregunta, Doyle.

—Bien, tal vez no tenga mucha importancia ese punto.

—No puedo ayudarle. Le voy a contar algo de Tomlinson que cualquiera puede decirle —Brewster se inclinó hacia él—. Es un hombre misterioso. No sé si es inglés o no. Apareció durante la guerra pasada, me hizo un buen empréstito de dinero, que falta bacía para sobrellevar esto, y todo salió a flote. No sé si es rico o si ese dinero le venía de algo sucio. Lo que sí sé es que nunca le gusta dar la cara en nada, pero que quiere ser el amo de todo. Su empréstito salvó a la empresa, se pudo instalar el estudio de grabaciones y distribución de discos al mundo entero. Logró un verdadero milagro que yo nunca hubiera alcanzado. Pero exigió ser él quien llevase todo, sin intervención de nadie. Siempre gusta de ir solo, se presenta cuando hay poca gente, se deja ver poco y desaparece, como si temiera ser visto demasiado.

—¿Usted qué impresión personal ha sacado de todo eso, Brewster? —preguntó Mike.

—La de que por un motivo u otro, su rostro es conocido, ha debido de ser popular antes de ser quien es, por algo feo. Y ahora no Quiere que le reconozcan posibles curiosos.

—Sí, es una teoría muy sensata —Mike se volvió a Bishop, que escuchaba, sin entender gran cosa, pero apreciando que Mike iba por buen camino—. Bien, superintendente, vámonos. Brewster nos ha ayudado mucho. Ahora creo que sé quién es Dana Tomlinson y lo que juega en este asunto.

—Le felicito —dijo poco después Bishop, abandonando el establecimiento, no sin que Mike hiciera una caricia atrevida a la pelirroja—. Yo no logro entender una palabra.

—Yo tampoco entendía nada. Dígame una cosa, superintendente: ¿han tenido ustedes algún caso famoso de espionaje, en el que no hayan llegado jamás a descubrir al culpable?

—Claro —Bishop alzó los ojos al cielo—. A docenas.

—Vamos, entonces. Tengo interés por ver esos casos archivados.

—No es cuestión sólo de Scotland Yard, Doyle —advirtió severamente Bishop—. En eso entra el *Intelligence Service*, nuestro Servicio Secreto. ¿Cree de veres que esto tiene relación alguna con el espionaje, Doyle?

—No, mi querido superintendente, no creo eso —rió Mike con dureza—. Estoy completamente seguro de que estos crímenes tienen su origen en un viejo caso de traición, sin resolver. Y que estamos asistiendo al desarrollo de otra gran traición contra el Imperio Británico y quizá contra todo el mundo libre.

—¡Cielos, lo único que me faltaba! —gimió Bishop, realmente asustado.

CAPÍTULO IX

El señor Myers, como dijo llamarse el hombre del *Intelligence Service* que atendió a ambos hombres en una oficina de cierto lugar de Londres donde nadie imaginaría tal cosa, le sonrió a Mike Doyle antes de hablar con tono sereno:

—Estamos siguiendo sus pasos hace bastante tiempo, señor Doyle. Exactamente desde que descubrió el cuerpo de Ella Farrell en su apartamento. Al principio debo confesarle que dudamos de usted. Pero hemos pedido informes al

F. B. I.

y está usted fuera de toda duda. Ni siquiera Mac Carthy podría acusarle de nada ante un Senado. Es usted un ciudadano yanqui, limpio de toda duda política.

—Un momento, Myers —intervino Bishop—. ¿Debo entender con eso que esto caso es realmente un caso de espionaje?

—No se puede asegurar nada, superintendente —sonrió el hombre del I. S.—. Por eso no hemos buscado contacto oficial con su departamento. Esperamos, sencillamente.

—¿A qué? —preguntó Bishop.

—Tal vez a que aparezca el cadáver de Jake Lindsay, ¿no es cierto? —sonrió Mike, ganándose una mirada de estupor del llamado Myers.

—¿Cómo sabe usted eso, señor Doyle? —se asombró el del *Intelligence Service*.

—No sé nada de nada —gruñó Mike—. Eso es lo malo de este asunto. Pero sospecho muchas cosas, adivino otras e intuyo la mayoría. Así he llegado a ver con cierta claridad.

—No sabemos aún si Lindsay ha muerto —objetó sombríamente Myers.

—Pero ha desaparecido, ¿no? —Doyle habló con tono grave—. Es significativo. Claro que también Fred Savage ha huido, pero...

—Uno de nuestros hombres sigue la pista a Savage —indicó Myers—. No irá lejos. Es demasiado torpe para eludir a un buen seguidor. En cambio, Lindsay me preocupa.

—Yo que usted, haría dragar el Támesis —indicó Mike a Bishop.

—¡Dragar el Támesis! —bufó el policía—. Se dice con facilidad. Pero eso es peor de lo que parece, y no ofrece muchas perspectivas favorables. De todos modos, lo haré. Han llegado ustedes a asustarme.

—El asunto es para asustarse —confirmó Myers—. Savage y Lindsay son nazis. Pero no sólo eso; aceptan cualquier fórmula que afecte a nuestra seguridad nacional. Son hombres sin escrúpulos al respecto. Sirven a cualquier potencia que ellos crean la salvación de la Humanidad. El orbe está lleno de pobres ilusos como ellos, que no ven más que la propaganda. Antes era el nazismo, ahora tiene otro nombre. Pero es el mismo peligro de siempre. La zarpa feroz y terrible del enemigo agazapado en la sombra, presto a descargar el golpe. Cualquiera de ellos pudo ser el «Barón Schneider».

—¿El «Barón Schneider»? —Mike hizo vivamente la pregunta.

—Sí; un espía nazi sumamente peligroso durante la Guerra Mundial. Enviaba información vital para la seguridad británica, y aún no sé cómo lo hacía. Pudimos desarticular la organización, pero sólo el jefe, el misterioso «Barón», sabía el medio de enviar los mensajes al extranjero. No pudimos descubrir al culpable. Interpretaba varios papeles a la vez, era un consumado actor cuando convenía. Y se nos escurría de las manos como una anguila. También se nos escurrió, junto con su método de enviar los informes, que no podía ser vulgar en forma alguna. Nos burló a todos. Y creo que ha seguido burlándonos. Al desaparecer el Reich alemán, llegó la paz. Una paz bastante extraña, en la que nos vigilamos unos a otros. Y el «Barón Schneider», sea quien sea, sigue su labor de zapa, ahora bajo otro pabellón tan peligroso para nosotros como aquél. Ustedes me entienden...

—Claro —asintió Bishop, en cuya mente empezaba a brillar la luz de la verdad, y apreciaba por primera vez la forma de las sospechas de Mike Doyle.

El americano seguía, con ojos brillantes, las palabras de Myers.

—Si Lindsay ha muerto también, igual que Ella Farrell, la cual de un modo u otro estaba mezclada en el asunto, según informes

confidenciales nuestros, y lo mismo que Hutchinson, nuestro mejor agente especial... significará que la fuerza desconocida golpea firmemente, y será el momento de declarar la alarma oficial para capturar al «Barón Schneider», sea este Fred Savage, o quien sea.

—¿De modo que era eso? —Bishop frunció el ceño—. ¿Hutchinson era agente especial del *Intelligence Service*?

—Sí —asintió Myers, tristemente—. Ella se había puesto en contacto con él. La chica tenía miedo de alguien, había descubierto algo de una gran conspiración en cuyo centro estaba ella por alguna fantástica casualidad, y tal vez se lo dijo realmente a Hutchinson... o no llegó a decírselo. Eso no lo sabremos nunca.

—Hutchinson sabía algo —declaró Mike—. El mensaje que me dejó así lo denunciaba. Pero me extraña que se dirigiese a mí y no a ustedes...

—La actividad de un agente especial es muy compleja, señor Doyle. A veces, le es imposible ponerse en contacto con su organización, por temor a dar un paso en falso y revelar al enemigo algo grave, que sería peor que perder la propia vida. Eso hizo Hutchinson. Pero quiso aprovechar la oportunidad que usted le ofreció, diciéndole lo que sabía. Demasiado tarde, sin duda, porque él era vigilado por los hombres del «Barón Schneider», los mismos que sin duda alguna, le atacaron a usted en la calle, al salir del apartamento de la señorita Mac Kenna... confundiéndole con Fred Savage.

—¡Cielos, es verdad! —Mike se quedó perplejo de pronto—. Había mucha niebla cuando llegué. Nadie, de no estar muy cerca, lo cual no ocurrió, o de no ser informado directamente por Sally Mac Kenna... podría haberme identificado. Pero entré en el apartamento de Sally tal como él hacía a menudo. Creyeron que era yo y me golpearon. No trataron de matarme... ¡porque «no querían» matar a Fred Savage!

—Eso es —Myers sonrió, aprobador—. Lo cual nos deja igual que antes; Savage puede ser el hombre que buscamos, puede ser el «Barón», haber engañado a sus amos del extranjero y haber recibido su pago. Mientras tanto, alguien mata a Sally. Y yo me pregunto: ¿por qué? Ella no pintaba nada en todo este enredo.

—Era la amante de Fred —apuntó Mike—, pero era algo más: su confidente, su consejera y guía en la vida. Sally debía de saber

mucho de Fred Savage y de su vida. Siempre me lo pareció.

—En cuanto a Ella Farrell —arguyó Myers—, tenemos fundamento para creer que tenía en su poder algo comprometedor para el «Barón Schneider» y su organización. Eso explicaría su asesinato aquella noche. Por otro lado, dicen que el asesino debió de fumar con ella, y la chica no sospechaba nada. Eso resulta absurdo. Si sabía quién era el «Barón» y sus actividades, es seguro que debió sospechar algo malo de su visitante. ¿Por qué confió, pues, en él? Es algo desconcertante.

—También lo ha sido siempre para mí —declaró Mike—. He sustentado su misma teoría desde un principio. Y tengo varias ideas: una de ellas, es que tuvo dos visitas «diferentes». Pero no me convence del todo. Prefiero creer que le visitó «otra» persona distinta a aquella de quien ella temía algo violento.

—¿Un enviado del «Barón»? —preguntó Myers—. Suena a poco convincente también. Cosas así se hacen por propia cuenta, no se envía a nadie.

—Tengo otra idea. En el apartamento se había registrado, con cierto orden. Pero se registró. El asesino buscaba algo: ¿qué podía ser ello? No lo sabremos nunca, quizá, pero lo que sea tengo la impresión de que sigue allí metido, de que nadie ha dado con ello.

—¡Demonio! —Myers le miró asombrado, con cierto respeto, igual que Bishop—. Empiezo a preguntarme por qué no le cazó a usted el

F. B. I.

como agente.

—No hubiera sido nada del otro mundo —rió Mike—. Carezco de método. Me guío por intuición, por propias corazonadas, que unas veces resultan y otras no. Ahora bien, me pregunto yo: ¿qué es lo que puede esconder Ella en su apartamento? Superintendente, dígame, ¿han alquilado ya a alguien ese piso?

—No. Sigue cerrado desde la muerte de Ella. Les será un poco difícil alquilarlo.

—No lo crea. Tengo una idea. Alguien puede alquilarlo. Alguien que no tenga relación directa con nosotros, claro.

—¿Un agente de mi departamento? —preguntó Myers, interesado.

—No. Tal vez se lo oliesen. Yo creo tener a la persona indicada.

Todo depende de que acepte. Usted, superintendente, entretanto, no se olvide de dragar el Támesis de arriba abajo. Sobre todo, cerca de Limehouse. Tenemos que dar con Jake Lindsay. La teoría se va formando.

—Creo que el señor Doyle tiene razón —opinó Myers—. Adelante, Bishop. Yo, entretanto, trabajaré por mi cuenta. Ustedes no me verán, pero estaré a su lado en una forma u otra, hasta que demos con la verdad. Los tentáculos van a cerrarse sobre la presa, amigos...

—Quiera Dios que no nos resbale y se convierta en agua... —Rezó Mike, fervoroso.

—¿Cree que puede salir bien una cosa así? —Jill miró asustada a Mike, mientras él tomaba a pequeños sorbos el café servido en su mesita del «Hungaria» de Soho.

—No lo sabe nadie. Jill. Ya le he dicho que correría usted cierto peligro. Tal vez de muerte, no voy a pintarle las cosas de un engañoso color de rosa. Pero es la única de quien el asesino no sospecharía. Es usted demasiado inocente, Jill. Y creo que nadie sabe hasta ahora que haya relación alguna entre usted y yo, fuera de una posible atracción mutua.

Jill enrojeció adorablemente hasta la punta de sus orejas. Doyle, comprendiendo que había tocado un punto espinoso, carraspeó, desviando el curso de sus palabras:

—El nombre de Jill Grayson, alquilando ese apartamento, no causará recelo en nadie. Pero un día recibirá usted alguna visita imprevista. No tenga miedo. Habrá quien espíe cerca de usted, velando por su seguridad personal, Jill. Y tomarán nota de toda visita que tenga. Entre ellas andará sin duda el hombre que buscamos, el «Barón Schneider», un peligroso espía internacional, un hombre sin patria que se vende a toda idea nueva y prometedora de revolución, sea, nazi, comunista o lo que puede ser. No sabemos si es inglés, americano, alemán, ruso o de cualquier otro país. Lo que sí es evidente, es que todos le conocemos. Yo estoy seguro de que he hablado con él, que le he visto ente mí, aparentemente normal, pacífico y vulgar. Encerrando tras su aspecto inofensivo un cerebro criminal, una mente maestra, en planear el crimen y la traición, cuando tras de éstos se encierra el lucro y el perjuicio para los hombres libres del mundo.

—¡Dios mío! —Jill estaba pálida—. No comprendo que haya gentes así...

—Pues las hay, Jill, las hay. Sobre todo voy a advertirla de algo. No se fíe de nadie, sea quien sea el que la visite y diga lo que diga. No se fíe más que de mí y del superintendente Bishop de Scotland Yard. La casa estará vigilada, los hombres del *Intelligence Service* andarán cerca, aunque usted no los vea. Tenga siempre medio levantada la cortina de la ventana del patio, si accede a quedarse allí. Cerrarla del todo significará «Peligro», y acudiremos enseguida a ayudarla. No tiene nada que temer. Si no pudiera cerrar la cortina sin levantar sospechas, emplee otro procedimiento. Apague y encienda, rápidamente, dos veces la luz más próxima a la ventana. Será otro medio de pedir socorro.

Jill, aplanada, sintió vacilar la bandeja en sus manos nerviosas. De pronto, los dedos firmes de Mike se cerraron en torno a su muñeca. Encontró la mirada fija del joven clavada en ella.

—Jill, sé lo que sentirá. Le pido mucho y no tenemos derecho a exigirle tanto. El hecho de que sea para luchar por su patria y por su condición de ser libre, no significa nada para que una muchacha adorable, bonita y llena de vida como usted, se meta en un peligro semejante. Envíeme al diablo, y me iré gustoso. No crea que me complacería su aceptación de este plan.

—Pues le voy a contrariar entonces, Mike —ella sonrió con el heroísmo de una Mata-Hari

ante el pelotón. Y Doyle sintió en lo más hondo de su ser una admiración sin límites hacia aquella mujercita temeraria y resuelta —. Porque voy a alquilar ese apartamento, aunque a mis padres les cueste un disgusto Me iré a vivir sola... y que sea lo que Dios quiera. ¿Durará mucho la aventura?

—No lo sé. Pero no más de diez días. Tengo que volver a mi país, Jill. Para entonces, cuando el permiso de mi agencia de noticias se termine, habré resuelto esto. A fin de cuentas, telegrafiar este asunto en exclusiva, será el mejor medio de lograr una prórroga del viejo Withers. Necesitaré unos días más para casarme en Londres.

—¿Pero se va a casar, Mike? —preguntó Jill, con un tono levemente dolorido.

—Si la chica a quién tengo que declararme me dice sí, espero hacerlo tal como pensé: en Londres, volviendo con ella a los Estados Unidos. No será Ella Farrell, pero he vuelto a enamorarme, Jill. No tengo remedio. O las inglesas tienen un hechizo irresistible.

—Desearé que sea muy feliz, Mike —contestó Jill, secamente, disponiéndose a alejarse de su mesa—. ¿Cuándo ultimamos los términos de nuestro plan?

—Hoy mismo, Jill. Sus padres no deben saber nada hasta que todo termine. Invente la excusa que quiera. Y mañana por la mañana, visitará al administrador de la finca, solicitando el apartamento. Se lo darán sin dificultades. No logran alquilarlo a nadie. Y entonces, Jill...

Mike siguió dando instrucciones en voz baja. Jill Grayson, lejana y pensativa, asintió.

Aquella misma noche, el dragado del Támesis por las brigadas fluviales de Scotland Yard, tuvo su recompensa. Apareció el cadáver a la altura de los Docks, entre Blackwall y Silvertown, camino de su desembocadura al mar. La corriente le había arrastrado sin duda en aquella dirección. Estaba completamente corrompido por los días que llevaba sumergido en el cenagoso río londinense.

Sin embargo, Myers y otras personas reconocieron las ropas del hombre acribillado a tiros de pistola de igual calibre que la utilizada contra Ella Farrell, según los laboratorios de Scotland Yard, una «Luger» alemana modelo «*Parabellum*». Las pruebas de laboratorio con sus cabellos, el informe de un dentista que años atrás puso un puente de oro a Jake Lindsay, todo ello coincidió con las señas personales del desfigurado cuerpo.

Aquel hombre, asesinado unos quince días antes, era Jake Lindsay, el exmarido de Ella Farrell, de filiación nazi en la pasada contienda mundial.

La señal que se estaba esperando, para que el *Intelligence Service* interviniese en la caza del «Barón Schneider», el hombre que mataba con música.

CAPÍTULO X

Jill cerró el frigorífico nerviosamente. Después, bebió en el alto vaso de leche que se había servido, mirando en torno con inquietud. Aquella quietud, aquel silencio del apartamento, roto de tarde en tarde por algún grito en el piso contiguo, llamando a un tal Archie era capaz de quebrar los nervios de cualquiera.

Y Jill se sentía sola, muy sola allí dentro. Mike Doyle había dicho que había vigilancia en torno a la casa. Ella, sin embargo, no había advertido nada que lo conminase. Desde entonces aumentó su recelo, su constante temor.

La linda joven salió de nuevo al saloncito. Miró, como hipnotizada, el lugar donde ella sabía que habían hallado el cuerpo de Ella Farrell. La alfombra había sido limpiada a conciencia, pero aun así conservaba una redonda mancha siniestra, descolorida.

Desde las aguas iluminadas de azul en la gran pecera mural, los pececillos parecían mirarla burlonamente con sus ojos redondos, inexpresivos, a través del vidrio. El ambiente todo tenía una nota de hostilidad. ¿Hasta cuándo tendría que soportarlo?

De pronto, el vaso de leche tembló en su mano. Había sonado el timbre del receptor telefónico. Miró, alterada, el coquetón aparato color crema situado sobre una mesita de cristal. Avanzó, lenta y vacilante, mientras el aparato seguía sonando insistentemente.

Cuando se quedó al lado de la mesita, su mano abandonó con lentitud el vaso de leche. Y tomó el receptor, preguntando débilmente:

—Diga.

Una voz masculina, ronca e irreconocible, al otro lado del aparato, preguntó a su vez:

—Perdone, señorita. Tal vez me he equivocado. ¿Es ése el apartamento

de Leicester 427?

—El mismo. ¿Quién llama, por favor?

Entonces sucedió algo inesperado. Hubo un silencio prolongado, durante el cual Jill casi sintió el roce sibilante de una respiración contenida. Después, sonó un chasquido seco. Habían colgado el receptor.

—¡Oiga, oiga! —llamó apremiante Jill, sin saber concretamente por qué deseaba tanto oír una voz.

Una voz que no llegó, porque la comunicación se había interrumpida ya. El comunicante había dado su llamada por concluida.

Colgó, asustaba. Frenéticamente asustada. Miró en derredor. Era fácil huir. Bastaba echarse sobre los hombros su abrigo y salir escaleras abajo, hundirse en la espesa niebla, volver junto a sus padres.

Pero no podía hacer eso, no podía desertar. Le había prometido a Mike soportar la prueba, prestarle su ayuda. Él confiaba en esa promesa. Huir era igual que traicionar a Mike. Se apretó una mano con otra, escrutando los rincones sombríos del apartamento. Allí había entrado una vez la Muerte, segando la existencia de otra mujer, joven y llena de vitalidad. ¿Se repetiría el trágico atentado?

Mike había dicho que allí estaba la razón, el motivo de un crimen. No creía que el asesino hubiera dado con ello. Pero ¿dónde podía ocultarse, que nadie buscara? No existían muchos escondites en aquellos pisos modernos, reducidos y sencillos.

Quería ahuyentar a toda costa el temor de la llamada telefónica. No había sido un error ni un número equivocado. Lo demostraba la mención del edificio y del apartamento. Después de eso, el comunicante había colgado. ¿Por qué?

Miró su reloj: las nueve y media. Iba a ser una larga noche, encerrada entre aquellos muros de moderna decoración y alegre colorido. Pensativa, se acercó a la pecera gigantesca, pegando el rostro al grueso cristal. Los pececillos dorados huyeron en bandada al sentirla próxima. Jill sonrió infantilmente, pero sus mejillas ardían febriles.

Recorrió las aguas teñidas de azul, las rocas, los artificiales escondites de los peces, las cuevas y resquicios entre piedras graciosamente formadas, algas artificiales y estrellas de mar. Las

figurillas rojo y oro de los peces, se deslizaban por aquel mundo submarino con graciosa agilidad despreocupados de su cristalina prisión, como auténticos reyes de aquel océano en miniatura.

Y de pronto, lo vio. Estaba allí, en el fondo, enterrado entre la arenilla de la pecera, donde sin duda algún violento aleteo de un pez o de una bandada de ellos, o quizá el mismo movimiento de las aguas, había levantado la delgada capa de arenisca.

Jill Grayson desorbitó los ojos, a través de la pared de cristal. Porque tenía que ser aquello, no cabía duda. Un escondite ideal, insospechado... hasta que alguien diera con él de un modo tonto, como ella acababa de hacerlo.

Jill fue la primera persona en adivinar la razón de los crímenes con música. Fue la primera en ver ante sus ojos el motivo de la melodía que un asesino, aparentemente loco, había puesto como fondo a su sangrienta labor.

Estaba allí, al alcance de su mano. Pero muy lejos. Sin embargo, valía más dejarlo donde estaba. Quizá sirviera en algún momento para salvaguardar su vida. Si el asesino buscaba aquello... no la mataría hasta tenerlo en su poder.

Jill se sintió más animada. Procuró dominar su instintivo terror, alejar el pánico creciente que la dominaba. Se acercó a la ventana del patio, cuyo cristal había sido ya repuesto. Tenía la cortina alzada hasta su mitad. No vio más que niebla. Una niebla espesa, gris y fría, adherida a los cristales como un monstruo pavoroso. Lo que pudiera haber al otro lado de aquel velo de brumas ominosas, nadie podía distinguirlo desde allí. No supo si estaba vigilada cuidadosamente o abandonada a su suerte.

Pero se sintió extrañamente sola y en peligro. Unas heladas fauces invisibles parecían irse cerrando lentamente en torno a ella. Y no podía defenderse...

Mike Doyle terminó el registro. Mostró su resultado a Tyne Bishop, que frunció el ceño, perplejo.

—De modo que ése era el misterio —dijo—. Ya podemos detener a Dana Tomlinson. Él es el «Barón Schneider»...

—Yo siempre lo sospeché, superintendente —declaró Mike, mirando en torno al piso lujoso y recoleto del editor de discos—. Desde que vinimos a verle, e incluso antes. La descripción que de él me hicieron Sally Mac Kenna y Brewster, me dieron la clave.

Tomlinson era un personaje demasiado misterioso para ser real. No existía como tal persona. Era una creación teatral de nuestro inteligente «Barón Schneider». Ahí tiene usted las pruebas de lo que digo: una peluca de cabellos rojizos, una barbita de igual color, gafas oscuras... Todo lo que necesitaba el astuto conspirador para transformarse. ¿Recuerda que le gustaba mostrarse poco en público? ¿Y que elegía la obscuridad para recibir a sus visitantes? Era un medio hábil de no dejarse ver claramente, de que nadie identificara sus señas particulares como simples postizos que podía ponerse cualquiera... Y su voz, Bishop, ¿recuerda su voz? Era artificiosa, falsa, a todas luces desprovista de realidad. El «Barón» es un buen actor, pero no quería correr riesgos y extremó demasiado sus precauciones para no ser identificado. Eso le ha dejado ahora sin una eficacísima personalidad: la de Dana Tomlinson, el prestigioso editor de «Banda Prodigiosa», y socio capitalista de Brewster en «Fono-Record». Yo siempre dije que la música tenía en todo esto una relación directa. Que no era posible tanta coincidencia en el mundo de la melodía, con unos crímenes desprovistos de sentido. Y usted se reía de mí.

—De todos modos, seguimos sin ver claro el motivo de esa melodía sonando en el lugar de cada crimen, Doyle —le recordó Bishop, pensativo—. Podrá explicarlo todo, pero no eso. ¿O tal vez sí?

—Aún no, superintendente —admitió Mike—. Tengo una teoría, pero necesito comprobarla. ¿Ha ordenado usted la captura de Dana Tomlinson, dondequiera que esté?

—Sí, ya está avisada toda la policía del Reino.

—No servirá de nada.

—¿Cómo?

—Es una simple precaución elemental, que no puede dar resultado. ¿Se da cuenta de los datos con que contamos para coger a Tomlinson? Un hombre con pelo rojizo, barbita y gafas de cristal oscuro, hablando roncamente. Ya hemos visto a lo que se reduce la melena roja, la barbita y las gafas. También hemos dicho que la voz será sin duda falsa. ¿Qué nos queda? Un hombre perfectamente desconocido, un hombre que puede ser cualquiera, conocido o no. Y que puedo estar oculto o mostrarse ante todos, sin que ninguno sospeche de él...

Salieron del piso de Tomlinson. No habían hallado ni rastro de servidumbre alguna, cosa comprensible si Tomlinson era el «Barón Schneider» jefe de una vasta red de espionaje. Sus criados no serían otra cosa que hombres a su servicio. Como los que golpearon a Mike dos noches antes, al salir del piso de Sally.

Tyne Bishop iba meditando sobre el complejo desenlace de aquel misterio. Se daba cuenta de que no todo estaba claro, ni mucho menos. Llegaron a New Scotland Yard poco después. No había nada de interés para ellos en la oficina policial. Tampoco del apartamento de Jill se habían recibido noticias.

Mike, inquieto, echó una ojeada a los informes técnicos sobre el cadáver de Lindsay. Luego, volviéndose a Bishop, habló lentamente:

—El pobre Jake Lindsay... Fue el primero en caer. Murió mucho antes que Ella Farrell. Consecuencia de esa muerte, fue la de ella, la de Hutchinson y la de Sally. Sí, creo que en Jake está la razón de todo. Y es curioso: él murió sin música.

—El rumor de las olas es una música tan buena como otra —comentó Bishop, sarcástico.

—Además —Mike siguió, sin hacer caso del macabro humor del policía—, puede sucederle lo mismo en cualquier momento a Fred Savage. Creo que entre ellos existe un paralelismo notable y muy significativo: ambos son músicos, ambos grabaron en la misma casa de ediciones fonográficas, y ambos tenían filiación nazi. Curioso, ¿verdad?

—A veces Doyle, daría años de vida por entender algo de lo que dice —manifestó Bishop, levemente irritado—. Es usted desesperantemente misterioso.

—¿Es posible que la lumbrera de Scotland Yard diga eso de un aficionado yanqui? —rió Mike, recordándole algo que él había dicho días atrás.

—Rencoroso también, ¿eh? Está bien, está bien, siga usted tomándose su revancha, y vuelva a su país diciendo que los investigadores ingleses somos una nulidad, en cuanto nos sacan de la rutina. Será un motivo de orgullo para el gran Mike Doyle.

—Detective por correspondencia. Le ha faltado decir esto —Mike sonrió—. No, Bishop, usted es un gran detective y un hombre inteligente. Pero en este asunto no basta eso. Hay que tener algo de loco y mucho de imaginativo para entender algo. Yo tengo un poco

de todo eso, y el suficiente sentido común como para haber metido a una chica inocente y bondadosa en la aventura más disparatada de todas. ¡Si a Jill Grayson le ocurre algo, le juro que me quedaré en Londres toda mi vida, hasta hacer picadillo a ese monstruo!

—La quiere usted, ¿eh?

Bishop sonrió, al no recibir respuesta. En aquel momento, un funcionario entró, dándole al superintendente un papel doblado. El policía lo desdobló, frunció el ceño al leerlo, y dijo rápidamente al agente:

—Enterado, gracias. Avise a los hombres que están allí de guardia para que extremen las precauciones y no pierdan de vista la ventana de la casa.

Salió el agente. Mike, súbitamente, se volvió a Bishop, arrugando la frente.

—¿Qué ocurre ahora, superintendente? —pidió—. ¿Se trata de Jill?

—Evidentemente, le preocupa mucho la suerte de la chica —Bishop le tendió el papel—. Lea. Ha recibido una llamada telefónica, cuya brevedad misma es sospechosa. Tenemos controladas también las líneas telefónicas. Lea lo que se ha hablado por el teléfono, Doyle...

Mike le devolvió el papel, preocupado. Luego, se acercó a la ventana de Scotland Yard. Entre la niebla del río, la sombra del Parlamento era como un fantasma sólido, casi difuminado.

—No sé, superintendente, pero creo que esa llamada encierra un significado siniestro —Mike se volvió de repente, dando unos pasos—. Voy a ir hacia allá, Bishop. ¿Me acompaña?

—No me va a ser posible, Doyle. Ahora tengo muchas otras cosas por resolver. Desgraciadamente, mi departamento no se ocupa sólo del «caso Schneider». Mi mesa está atestada de informes, papeles y cuestiones urgentes. Pero creo que no tiene nada que temer por hoy. Nuestro asesino no intentará nada contra Jill aunque haya sido el autor de la llamada de esta noche. Y en caso de suceder lo peor, hay allí agentes nuestros y del *Intelligence Service*, prestos a entrar en acción.

—En ciertos casos, superintendente, sólo me fío de mí mismo. Y esa llamada sigue sin gustarme nada. Como tampoco me gusta que Jill esté sola en el apartamento. ¿Me permite que use el teléfono?

Quiero llamarla para estar tranquilo.

En aquel momento, el teléfono repiqueteó. Bishop hizo un gesto de fatalidad, Mike suspiró hondo y salió de la oficina, encaminándose al exterior.

Hasta Whitehall no encontró un establecimiento desde el cual telefonar. Cuando marcó el número de los Apartamentos Strand, la voz soñolienta del telefonista pidió piso. Mike le indicó el apartamento de Jill y esperó.

Tras varias repeticiones del timbre, sonó la voz de Jill, muy alterada:

—¿Quién es?

—Soy yo, Jill. Mike Doyle.

—¡Oh, Mike, gracias a Dios! —La voz temblorosa de la joven experimentó un gran alivio—. Estoy nerviosísima, no puedo mantenerme serena. Me he acostado dos veces, pero he tenido que levantarme. Cualquier crujido en la cocina o en la puerta del apartamento, me crispa los nervios.

—Vamos, Jill, no sea así. Comprendo su estado actual, pero no va a ocurrir nada.

—Es que me han llamado. Mike, y me han preguntado...

—Lo sabemos también —el tono de Mike era capaz de confiar a cualquiera—. Como verá, se la vigila a fondo y nada nos pasa inadvertido. No tema nada, Jill. Descanse.

—¡Es que aún hay otra cosa que usted no sabe! ¡Lo he encontrado, Mike!

—¿Eh?

—¡He encontrado el motivo de la muerte de Ella Farrell! ¡Está aquí, en el piso, a la vista de cualquiera!

—¡Jill, no es posible que usted...! —Mike habló roncamente.

—¡Lo he hallado, lo he hallado! Y eso lo explica todo, incluso la música...

—¡Pronto, Jill! ¿Qué es? ¿Qué es lo que ha encontrado?

—Un disco de gramófono... envuelto en celofán.

Mike Doyle contuvo la respiración. Sí, aquello era sensacional. Era el último eslabón de la cadena. Exaltadamente, habló dominando su sorpresa:

—Jill, no toque nada ni se mueva de ahí. Voy a ir a comunicarle eso a Tyne Bishop. Después, iremos los dos hacia allá. Dentro de

media hora o poco más, estaremos con usted. Y seguramente pueda dejar ya el apartamento.

—¡Oh, cielos, gracias! —gimió ella, al borde del histerismo—. No tarde, Mike. Serán los minutos más largos de toda mi vida...

—Descuide, Jill. ¡Hasta ahora! —Colgó el aparato, corriendo de nuevo hacia Scotland Yard.

En la centralilla, telefónica de los Apartamentos Strand, sucedió algo extraño en aquellos momentos. Un hombre que no se parecía en nada al telefonista de noche, soltó la clavija, del teléfono de Jill. Después, se quitó los auriculares de la cabeza y sonrió siniestramente. Su mirada se dirigió a lo alto, perdiéndose en el techo artesonado del vestíbulo.

Se puso en pie, con expresión fría y determinada. Iba envuelto en una gabardina marrón, sombrero de igual color echado sobre los ojos, y las manos enguantadas de gris. Avanzó por el desierto vestíbulo, dejando tras sí la centralilla telefónica sin atender. Su mirada estaba fija en la escalera.

Porque el empleado del turno de madrugada no iba a poder recuperarse del violento golpe recibido en la sien. No se recuperaría jamás. El culatazo con una potente «Luger» le había destrozado el cráneo, matándole en el acto.

Jill aún no había colgado su propio receptor cuando el hombre de la centralilla arrancó la clavija. Sintió el chasquido del corte de comunicación, y un nuevo ramalazo de frío penetró en su espina dorsal, subiendo hasta su cerebro. Mantuvo un buen rato el receptor en la mano. Pero no sonó nada, absolutamente nada. Como si no hubiera nadie en el vestíbulo.

Aquel desamparo repentino la aterrizó. Angustiada, experimentó una sequedad terrible en la garganta, convenciéndose de que no hubiera podido gritar ni siquiera habiéndolo intentado.

Pero sí podía moverse, acudir a la ventana, bajar la cortina del todo o apagar y encender dos veces la luz. Ésa sería la señal de socorro. Soltó el teléfono, dirigiéndose a la ventana.

A mitad de camino se detuvo, miró en derredor. El edificio entero dormía, silencioso. Se estaba dejando llevar por sus nervios. A tales horas resultaba natural que el operador de abajo tuviera prisa en cortar la comunicación y adormilarse. Era un ser humano,

después de todo. Y ahora, dormido profundamente, no atendería ya llamada alguna.

Jill desechó sus temores. Se despojó de su bata, apagó la luz, dejando solo la lámpara de pie cerca de la ventana, por si existía alguna emergencia. Después, entró en el dormitorio, cuya estrecha ventana caía a un patio interior y se metió en el lecho.

A sus oídos no pudo llegar el leve crujido en el corredor del piso, cuando unos pies se detuvieron, cautelosos, frente a la puerta rotulada con el

B-17.

CAPÍTULO XI

Tyne Bishop soltó los papeles que estaba despachando, cuando Mike Doyle entró como una tromba en su despacho exclamando con voz alterada:

—¡Ya lo tengo, Bishop, ya lo tengo! ¡El eslabón que faltaba! ¡Hemos llegado al motivo de estos crímenes y a la razón de matar con música!

El superintendente puso un gesto de escasa credulidad, y se preguntó si algo habría trastornado la mente, un poco alocada de por sí, del norteamericano. Pero éste prosiguió, inclinándose sobre la mesa:

—¡Jill ha dado con lo que buscaba el asesino! ¿Va a venir conmigo a recogerlo, Bishop? Dentro de unos minutos tendremos en la mano la verdad, toda la terrible verdad de este asunto. Jill está muy asustada, pero no creo que tenga motivos aún para temer nada. Mientras el asesino no sepa que ella ha encontrado el disco...

—¿Qué disco? —Bishop se puso en pie de un brinco.

—El que tenía Ella Farrell en su poder. El que escondió en algún sitio donde no pudo ser hallado de momento. Y que ahora vamos a obtener, sabiendo por qué interesaba tanto al misterioso y fantástico señor Tomlinson, o «Barón Schneider», como prefiera llamarlo...

—¡Hombre de Dios, haber hablado antes! —Bishop tomó su elegante sombrero y su abrigo de *gentleman* vestido en Mayfair, y avanzó hacia la puerta—. Vamos, muchacho, hay que ver ese disco cuanto antes. Usted es demasiado confiado a veces. Supóngase que igual que nosotros tenemos controladas las líneas telefónicas, el asesino hubiera hecho una desviación para sus propios fines. En estos momentos sabría que Jill Grayson sabe dónde está ese disco... y tendría muy pocos minutos para hacerse con él.

—No creo en esa posibilidad —musitó Doyle, por primera vez

dominado por la actividad fría pero determinada del superintendente, que ya bajaba las escaleras de New Scotland Yard con el americano a remolque—. ¡No puede haber hecho eso sin que sus hombres lo advirtiesen, Bishop!

—El «Barón Schneider» se ha burlado demasiadas veces de mis hombres y del *Intelligence Service* para que yo no desconfíe. ¡Si llego a saber aquella mañana que era Tomlinson!... Pero eso no tiene remedio. Vamos, tomaremos mi coche.

Salieron al patio del edificio El coche del superintendente, en aquel momento, había sido llevado al garaje para limpiarlo, lanzando una maldición, el superintendente dijo que no podían perder tiempo y que tomarían cualquiera que hubiese por allí. Resultó estar a mano el del inspector general Seymour, al cual subieron rápidamente, arrancando hacia el Strand a toda velocidad.

Londres, en torno de ellos aparecía, neblinoso, solitario y frío. La madrugada había convertido la gran ciudad en un fantástico dédalo de calles silenciosas, iluminadas crudamente en la bruma. Sobre el asfalto, negro y brillante, los neumáticos del coche chirriaban al tomar las curvas, y patinaban a veces, con serio peligro para sus ocupantes. Sin embargo, Bishop era un buen conductor.

A su lado, Mike, tensos los músculos, rígida la expresión, acechaba ante ellos la ruta envuelta en niebla. La luz azul y cegadora de una soldadura eléctrica, utilizada por unos obreros en la reparación de un tramo de cañerías, con el suelo levantado, le hizo cerrar un instante los ojos. Cuando los abrió, la mano hábil de Tyne Bishop había hecho describir una cerrada curva al coche, metiéndolo por la anchura despejada de Trafalgar Square, en dirección a Leicester Street.

Jill se despertó bañada en sudor. Apenas había conciliado un ligero sueño al poner su cansada cabeza sobre la almohada, cuando aquel crujido inquietante, oído entre sueños, puso tensos sus nervios. Se irguió en el lecho, aguzando el oído, sintiendo encima de todo el latir escalofriante de su corazón. Nada más. Ni un ruido, ni un rumor...

Respiró fuerte, disponiéndose a dormir de una vez, si su invencible miedo le daba un momento de reposo. Pero de pronto, con la súbita fuerza de lo desconocido, de lo aterrador, el crujido se repitió, claro y preciso. Fue en el saloncito, cerca de la puerta de

entrada. Parecía el sonido de la puerta al cerrarse.

Y el sonido anterior pudo ser el de la misma puerta al abrirse...

Un pánico loco, desesperado, se apoderó de ella. Saltó del lecho, tomó la bata, se la echó sobre los hombros, corriendo hacia el saloncito sumido en penumbras. Su propio miedo la hizo encarar en el acto el peligro, huir a la incertidumbre, a la duda...

Lanzó un grito terrible al ser asida por el cuello cuando penetró en el saloncito. Un brazo aferro su cuello, mientras una mano enguantada cubría su boca, impidiéndole seguir gritando.

Al mismo tiempo una voz susurrante dijo junto a su oído con dureza amenazadora:

—No grite y no le pasará nada. Quiero ese disco. Nada más. Entréguemelo usted, y no sufrirá daño alguno.

Jill amordazada por aquella mano que el guante gris cubría, sintió el terror más profundo de su vida. Sabía que no podía confiar en aquel hombre. Que era un asesino, el asesino de cuatro personas, por lo menos. Y ella sería la quinta víctima, en cuanto le entregase el disco.

No trató de moverse entre los brazos de su opresor. No se resistió. Asintió con la cabeza, muy abiertos sus ojos, y la presión en la boca, cedió. Pudo hablar. Sin embargo, no pronunció palabra. Una paralización absoluta le impedía hacerlo.

El hombre la soltó, y la joven trastabilló en la estancia, volviéndose a él. Se encontró con un rostro desconocido, duro y enérgico, que la miraba bajo el ala de un sombrero marrón, como su gabardina. Las manos enguantadas tenían algo de monstruoso, como garras de un ser demoníaco. En aquellos ojos muy juntos y de mirada astuta no leyó piedad alguna.

—Vamos, no hay tiempo que perder, señorita Grayson —apremió el visitante nocturno—. Sus amigos vendrán pronto aquí. Quiero el disco, y usted sabe dónde está. Entréguemelo, y no sufrirá daño. Si se resiste, irá a hacer compañía a Ella Farrell.

Jill recuperó entonces su serenidad, el dominio de sí misma. Miró como fascinada la cortina de la ventana, a medio caer. Un solo golpe, cerrarla del todo, era la salvación, tal vez. Los hombres de vigilancia lo entenderían.

Se encontró con la sonrisa dura de aquel hombre. Su voz fue una sentencia de muerte:

—No mire hacia allá. Hay hombres en el patio, sí. Y en la calle. Agentes de policía y del *Intelligence Service*. Los he visto. Soy más listo que ellos. Una señal suya, les atraería como la miel a las moscas. Es natural que esa señal se haga por esa ventana. Pero usted no va a acercarse a ella, o sería lo último que hiciera en su vida. ¡Pronto, el disco! No tengo tiempo que perder...

Jill perdió toda esperanza. Aquel hombre era terrible, peligroso, cruel. No la dejaría intentar nada. Y cuando tuviese el disco... Pensó en que le había visto el rostro. No le conocía, pero podría describirle. Y Mike le había hablado del interés de aquel hombre por no ser conocido ni identificado. ¡Eso significaba que iba a matarla también a ella!

Desesperada, sabiendo que no existía salvación, corrió de pronto hacia la ventana. Pero el hombre se cruzó rápido haciéndola caer en tierra de un empujón. Al mismo tiempo, una «Luger» provisto de silenciador apareció en la mano enguantada del visitante.

—¡De modo que prefiere jugar a ser una heroína! —masculló con tono colérico—. ¡Bien, lo va a ser, si tanto lo desea! ¡Pero no salvará su vida! ¡Quiero el disco!

Ella negó lentamente con la cabeza. Mientras no hablara, quizá salvase su vida. El asesino resopló, impaciente, miró a la puerca y luego se acercó a la caída joven, golpeándola en el rostro con el cañón alargado de la «Luger». El metal le trazó un surco rojizo en la piel. Jill gimió de dolor.

—¡El disco... o la próxima vez disparo! —Y el arma del visitante la encañonó. Sonó el chasquido del seguro al ser quitado. Jill comprendió que en su desesperada lucha contra reloj, el hombre de las manos enguantadas iba a matarla sin compasión alguna, como hiciera con Ella Farrell, con Hutchinson, con Sally Mac Kenna, con Jake Lindsay...

Pero no habló. Apretó sus labios, esperando la Muerte, ya inevitable...

Mike Doyle y el superintendente Bishop enfilaron por fin la calle Leicester. Ésta era larga. Mientras los edificios clásicamente ingleses discurrían a arribos lados de las ventanillas, a través de jirones de bruma, los dos hombres sentían en su interior la presencia física del temor, del pánico a lo que pudiera suceder en el apartamento B-17,

aterrándoles con su garra helada...

—¡Vivo, Bishop! —apremió Mike—. ¡Empiezo a tener la corazonada de que Jill está en peligro!

—Yo hace tiempo que la siento, Mike. Esto no me gusta, no me gusta nada...

Por fin, el número 427 apareció ante ellos. Su globo luminoso con las cifras en rojo destacó sobre la puerta amplia y desierta. Frenó el coche con un largo chirrido. Ambos hombres saltaron a tierra, corriendo hacia los tramos que ascendían a la casa. En el acto, dos hombres emboscados en la obscuridad de un portal, aparecieron ante ellos.

Parecía que iban a detenerles, pero reconocieron a Bishop, saludándole.

El superintendente pidió informes.

—Nada, señor. No sucede nada en absoluto. La casa entera está en calma, y la cortina a medio bajar, según informes del patio. No hay peligro.

Mike y el policía se miraron con un respiro de calma. Pero el americano era ahora quien más temores sentía. Estudió los alrededores, receloso. Luego, la puerta de la casa, abierta y aparentemente tranquila.

—Creo que si Jill ha logrado dormirse, será mejor esperar a mañana para recoger ese disco —opinó el superintendente—. No son horas de molestarla, no existiendo peligro.

—¿No ha entrado nadie sospechoso? —preguntó Doyle a uno de los agentes de guardia.

—En absoluto, señor —informó el agente—. El último huésped de la casa ha entrado ya hace bastantes minutos. Le detuvimos, pero nos informó con toda naturalidad de que residía en esta casa. Dijo llamarse... Archie.

—Archie —Mike frunció el ceño—. Oh, sí, el vecino de Jill... Un hombre delgado, canoso y mal vestido, ¿verdad?

—No, señor —denegó, con gesto de sorpresa, el policía—. Era más bien joven, de nariz grande, ojos muy juntos y boca ancha. Vestía bien, gabardina y sombrero marrón...

Mike Doyle sintió un impacto en el estómago. Bishop se sorprendió de verle tan pálido. Pero sin darle una sola explicación, Mike penetró corriendo en el vestíbulo, mientras Bishop, tras una

duda, hacía un gesto a uno de los policías, y ambos corrían tras de él a paso de carga.

Cuando le alcanzaron, Mike Doyle estaba parado, mirando con ojos desorbitados el cadáver del telefonista, con la sien ensangrentada. De allí, su mirada fue a los auriculares, caídos sobre la mesa de la centralilla. Y el zumbido insistente de dos luces, marcaban las llamadas inútiles de dos apartamentos. Pero el

B-17

permanecía mudo.

Mike casi derribó al superintendente y a su compañero, cuando se lanzó como una flecha escaleras arriba. Bishop recuperó el equilibrio y percatándose de la gravedad del caso se apresuró a seguir a su amigo.

En el mismo momento, un grito terrible de mujer rasgó el silencio amenazador de la madrugada.

CAPÍTULO XII

Jill Grayson lanzó aquel grito cuando el negro orificio del arma de su visitante se fijó en ella. Comprendía que aquello no resolvía nada, que muy difícilmente pasaría su grito del nivel de su piso. Y que aun llegando al vestíbulo, nadie acudiría a tiempo para salvarla.

Aquel hombre, frío y determinado, estaba dispuesto a matarla. Después, con un cadáver a sus pies, seguiría buscando, hasta que fuera posible. De todos modos, perdida su partida, le era igual dejar de nuevo el rastro mortífero a sus espaldas. Jill supo que su cadáver se hallaría igual que el de Ella Farrell, con un disco girando en el *pick-up*, prestando su música de fondo, su siniestro réquiem interpretado por Fred Savage.

—Lo siento, señorita Grayson —murmuró el asesino—. Pero no voy a detenerme ante su vida. Necesito ese disco a cualquier precio. He matado varias veces por obtenerlo. No sabía quién podía tenerlo. Ella Farrell me engañó muy bien. Pero usted lo ha descubierto. Dígame dónde está y se salvará.

—No me salvará nada, y usted lo sabe. Así que dispare. Mike Doyle y el superintendente Bishop vengarán un día mi muerte.

—No lo creo —rió el visitante nocturno, adelantando el arma que empuñaba su mano enguantada—. Ninguno de ellos sabe quién soy yo en realidad. Y aunque lo sospechen, jamás tendrán pruebas de que Dana Tomlinson, el «Barón Schneider» y Larry Brewster, el director de «Fono-Record», son una misma persona. Adiós, señorita Grayson...

Iba a disparar En el mismo momento, cuando Jill vio ante ella la negra sombra de la muerte, crujió la puerta del apartamento, sonaron voces furiosas, ruido de pasos. En el patio posterior sonó un estridente silbato...

Brewster, el verdadero «Barón Schneider», sin disfraz ni falsa

identidad, miró en torno, acorralado, consciente de pronto de que su obsesión por aquel disco le había encerrado en una ratonera. Sonaron disparos, la cerradura de la puerta saltó acribillada a tiros.

El asesino volvió su «Luger» hacia la entrada, en el momento en que aparecía en ella el agente de Bishop, anticipándose a Doyle y al superintendente, salvando a éstos la vida, sin saberlo.

Recibió en su vientre la carga de la «Luger», desplomándose en la puerta. Al mismo tiempo, ante la expresión de infinito horror de Jill Grayson, Brewster corrió hacia la ventana, dispuesto a huir por la escalera de servicio.

Bishop disparó, un poco tarde, porque la bala silbó junto a la cabeza de Brewster, yendo a dar sobre la pared de vidrio de la pecera, que estalló en fragmentos, provocando una catarata de agua y de temblorosos pececillos dorados sobre la alfombra cremosa.

Y Brewster, sin saber que allí, al alcance de su mano estaba el ansiado disco fonográfico, causante de tantas muertes rota la débil muralla de cristal y agua que lo separaba de él, optó por saltar por la ventana.

La luz de la habitación perfiló su figura sobre el hueco de la misma. Los agentes del *Intelligence Service* y de Scotland Yard, obedecieron al pie de la letra las instrucciones recibidas. Varios revólveres y ametralladoras vomitaron plomo candente sobre el rectángulo iluminado.

Larry Brewster, perforado por un enjambre de proyectiles, se detuvo en el hueco de la ventana, pareció adherirse al vidrio pulverizado por las balas, y finalmente se abatió sobre él, hundiéndose en zambullida mortal sobre el abismo negro y brumoso del patio...

Dentro del apartamento, mientras Bishop se arrodillaba, sombrío, junto al policía herido, Mike Doyle se lanzaba hacia Jill que, llorando y riendo, presa del terrible histerismo del momento, buscó protección en sus brazos, gimiendo sin cesar como una cantinela.

—Se llamaba Brewster... Dijo que era Larry Brewster...

—Sí, querida —Mike no sabía lo que decía, o si lo sabía no se daba cuenta exacta de lo que era—. Vamos, cálmate... Estás a salvo, todo ha terminado... Yo sabía que era Brewster, lo supe desde el día que visité a Tomlinson... pero no podía demostrarlo... Vamos,

serénate...

—El disco, Mike... El disco... está ahí dentro... entre la arena del acuario...

Y sin poder decir más, se desmayó en los brazos de Doyle.

El despacho de Scotland Yard, pese a su frialdad impersonal, tenía aquella madrugada algo de acogedor. A través de las ventanas, las brumas iban aclarándose sobre el río. El día iba a ser despejado, como aquel que dio la bienvenida a Mike Doyle, casi una semana atrás. Una semana de niebla y de obscuridad, no sólo en las calles...

Jill Grayson, envuelta en un grueso capote policial, estaba rodeada por la solicitud cordial del superintendente Bishop, por el señor Myers, del *Intelligence Service*, por el inspector general Seymour, y por el propio Mike, entre cuyas manos buscaban las de la joven un poco de calor y consuelo. El café, en tazas repletas, humeaba sobre la mesa despacho de Bishop, extendiendo su aroma tentador por la estancia.

—El asunto ha terminado —suspiró Myers, cerrando de golpe una carpeta llena de documentos—. El «Barón Schneider», alias Dana Tomlinson, alias Lawrence Brewster y otros varios alias en desuso, ha muerto. Es un epílogo digno de su historia. Murió violentamente, como había vivido. Y en el mismo lugar que fue escenario del momento clave del caso. Creo que de no haber muerto Ella Farrell, jamás habiéramos dado con él y con su secreto. Porque nuestro querido amigo yanqui, Michael Doyle, no hubiera iniciado su despiadada y feroz cacería por Londres, acorralando a un hombre inteligente e imaginativo con el vuelo desenfrenado de su propia imaginación. Ése fue el peor adversario del «Barón»: tropezarse con un hombre que corría más que él mentalmente, alejándose de toda rutina.

—Scotland Yard confiesa oficialmente su inferioridad con respecto al detective por correspondencia llegado del otro lado del Atlántico —sonrió Bishop, de buen grado.

—Vamos, superintendente, no sea modesto —replicó Mike—. De no estar usted y su admirable organización detrás de todos mis modestos esfuerzos personales sólo el fracaso, rotundo y total, hubiera acompañado mis pesquisas. Pero no es el caso discutir ahora quién tuvo más parte en el triunfo final. Lo cierto es que

Brewster cavó al fin, precisamente cuando menos pruebas había contra él, cuando ni yo mismo podía atreverme a formular una acusación, ya que oficialmente, Tomlinson era el culpable. Y nadie en el mundo tenía pruebas de la dualidad de Tomlinson y Brewster, una sola persona en el fondo. Él se dio cuenta de que yo sospechaba de él cuando aquel día, nada más abandonar la casa de Tomlinson, corrimos al establecimiento de discos en busca suya. ¿No se dio cuenta de mis prisas, Bishop? Había comprendido que era una explicación para todo. Y que nadie me dijo que hubiese visto nunca juntos a Brewster y Tomlinson. Era curioso ese detalle, como el hecho de que Tomlinson pudiera ser culpado de muchas cosas, mientras el oscuro y humilde Brewster no parecía dueño todo aquello, sino un mero comparsa sin responsabilidad. Pero a mí me pareció extraño. Brewster sabía demasiadas cosas para ser un hombre tan oscuro. Me habló de un desfalco de Ella Farrell, falso a todas luces. Fue un paso erróneo, por desviarnos hacia la teoría del chantaje como causa de la muerte de Ella. También era erróneo, aunque él creyó dar un golpe maestro, una desconcertante innovación en sus crímenes, lo del disco como fondo fúnebre. Pero él lo hizo con sus razones poderosas. Al no encontrar el disco que buscaba, en casa de Ella Farrell, supuso que Ella se lo había entregado a alguien. Entonces averiguó que tenía contacto con un tal Hutchinson, del zoo. Creo que nunca supo que Hutchinson era un agente del *Intelligence Service*. Buscaba siempre lo mismo: el disco. Y al no hallarlo, dejaba en el tocadiscos la pieza de Savage. Era como un aviso a quién tuviera el auténtico disco, de que estaba sobre la pista y mataría a quién lo conservara el su poder. Por eso Sally fue la víctima siguiente. Savage, antiguo agente del «Barón», tenía miedo y no quería volver a las andadas, laborando ahora por los nuevos amos del «Barón», como antes lo hiciera para los nazis. Entonces, Brewster imaginó que Savage conservaba el disco. Y supuso que nadie mejor que Sally para conservarlo en su poder, dada su autoridad sobre Fred. Pero se equivocó también. Porque aquel disco seguía en poder de Ella Farrell aún después de muerta. Seguía en el apartamento, oculto en algún sitio insospechado. En realidad, debí de fijarme en ese acuario, pero no pensé que el asesino buscara algo tan plano como un disco. Y en realidad, ésa era la única razón posible de matar con música.

—Pero, veamos, Doyle, ¿qué cree usted que puede tener de interés ese disco? —saltó Bishop—. Lo hemos entregado a los técnicos, que lo están examinando. De momento no es sino una grabación a trompeta de Fred Savage con Jake Lindsay como clarinete, una versión muy antigua de «*Blues Nocturnos*», grabada durante la guerra pasada. Es un vulgar disco, sin nada destacado.

—Eso parece, Bishop. Pero ha de tener algo dentro. Algo sensacional. No sé qué clave o código emplearía el «Barón», pero en eso puede ayudarnos la experiencia profesional del señor Myers y sus colaboradores. Creo que utilizaban las notas musicales como clave. Quizá cada nota y su posición en el panel pautado era un signo, palabra o letra, según la clave empleada. Un «mensaje musical» del que, en guerra, nadie sospecharía aunque los discos salieran del país.

—¡Cielos! —gimió Bishop—. Parece una película de espionaje.

—Doyle puede tener razón —sonrió Myers—. Ya he avisado al respecto a los técnicos de mi departamento que examinan el disco, a veces, en la vida real, mi querido Tyne los espías utilizan métodos que dejarían boquiabiertos a los escritores de guiones sobre espionaje. Desde un microfilm inserto en un mero puntito del reverso de un sobre de avión, hasta un extenso documento situado bajo los sellos de una carta corriente, todo se ha utilizado en la pasada guerra. El ingenio del hombre en ese aspecto no tiene límites. El actual caso de la grabación musical como clave de mensajes al extranjero, lo demuestra. Era el medio ideal para sacar información cifrada del país, sin que nadie lo sospechara. El «Barón» utilizó ese medio durante la guerra. Y al sospechar que podían llegar a relacionar al oscuro Brewster con Schneider, inventó un nuevo personaje. Hizo nacer al fantástico Tomlinson, utilizando para ello un disfraz hartó teatral pero eficaz, y entonces desapareció Brewster como responsable, Tomlinson era el presidente, el amo de todo, el responsable de cualquier irregularidad descubierta en el futuro. Esa falsa identidad le servía bien a sus planes... hasta que un hombre-clave le falló.

—Jake Lindsay —completó Mike Doyle, sonriendo—. Lindsay era un borracho y un cocainómano. Esto le hizo hablar de más, y ello señaló su sentencia de muerte. Pero Lindsay, separado ya de Ella Farrell, que nada sabía de sus actividades con Tomlinson o

Brewster, era inteligente en cierto modo. Se dio cuenta de lo que le amenazaba y utilizó un medio de asustar al «Barón» aplazando su muerte: llevar un disco de los utilizados durante la guerra mundial a alguien de su confianza, que lo guardara sin saber la realidad de su valor. Eligió a Ella, a quién no veía hace tiempo, ignorando que trabajaba con Brewster. Y ahí falló él, para suerte nuestra y desgracia de su exesposa. Porque Ella era inteligente y adivinó algo. Guardó bien el disco, demasiado bien quizá, iniciando sin saberlo la orgía de crímenes. Lindsay le dijo que desconfiara de Tomlinson, pero nada dijo de Brewster tal vez. De todos modos, debió de quedar con Ella en estar en contacto. Si algún día fallaba ese contacto, ella debía entregar a la policía el disco, explicando algo sobre el «Barón Schneider»... Lindsay no salvó su vida por esas precauciones. Fue muerto y arrojado al Támesis...

—Entonces, Ella Farrell debió de pasarse de lista —prosiguió Myers—. En vez de seguir las instrucciones de Jake al pie de la letra, empezó a investigar por su cuenta, tratando de saber más. No es extraño que ni siquiera pensase en su boda con Doyle. Vigiló a Tomlinson. Aquella tarde, acompañada de Jill para darse ánimos, subió a casa del supuesto presidente de la Empresa de discos, y volvió radiante, porque su fantástica teoría, que ella sospechaba ya de antes, se había confirmado: Tomlinson era Brewster, con un truculento disfraz. Tomlinson no sospechó de la astuta maniobra de la joven, hasta que ésta buscó contacto con Hutchinson, del *Intelligence Service*, un nombre que quizá le sugiriera el propio Lindsay antes de morir. Brewster, adivinando que algo le ocurría a su secretaria, la hizo vigilar, se enteró del peligroso juego de la joven, y decidió matarla. Sabía que Lindsay había entregado el disco revelador a alguien. Tal vez ese alguien era Ella, de quien averiguó que había sido esposa de su agente rebelde. La sospecha se hizo convicción... ¿Quiere seguir usted con la teoría, Mike?

—Claro, señor Myers —sonrió Doyle—. Vamos coincidiendo en todo por ahora... Brewster acude a casa de Ella Farrell, que le recibe sin sospechar que Brewster conoce su juego. Se pone coqueta y seductora, para confiar a su visitante. Ha adquirido un disco de Fred Savage, de edición moderna, para despistar a cualquier persona que registre su apartamento. En una chica que aborrece la música de *jazz*, eso resultaría un truco ingenioso... Tan acertado es

el truco, que cuando Brewster la mata, convencido de que aquél es el disco, lo pone sobre el tocadiscos, y se da cuenta de que falta el «solo» de clarinete de Jake. Es la versión moderna y, por tanto, nada significa. Rabioso, busca, registra... menos en el sitio donde realmente está el verdadero disco. Se va, dejando en el *pick-up* la melodía sonando. No lo ha hecho con idea alguna determinada, hasta que ve que en ello hay una advertencia clara a quien tenga el disco. Ya cuando va a por Hutchinson, que puede tener ese disco, lleva consigo otro ejemplar de la edición moderna y lo deja como aviso a quién haya recibido de manos de Ella el disco, de que seguirlo poseyendo significa la muerte. No era ninguna firma ni ninguna manía de un demente, sino algo claro y preciso para dar con el disco. Sin embargo, lo que ignoraba es que nadie podía darse por aludido por aquel aviso, ya que el verdadero disco seguía oculto en el apartamento de Ella.

»Creo que después de matar a Sally Mac Kenna, en cuyo poder supuso que estaba —porque Fred fue amigo de Ella y podía haber recibido el disco, entregándolo a Sally; en su poder resultaba peligroso, por haber sido también agente del “Barón”—. Brewster se dio cuenta de la verdad. Nadie parecía tener el famoso disco. No quería matar a Savage, por si éste sabía dónde estaba la grabación. Y buscó darle una paliza, paliza que recibí yo. De haber sabido quién era, la paliza hubiera sido mortal. Eso me salvó.

»Pero logró aterrorizar a Fred, que temió por su vida y huyó a tiempo, ya que en otro caso tal vez hubiera sufrido una suerte peor. Además, el detalle de los discos era acusador para él.

—Ahora está en Edimburgo, Escocia —aclaró Myers—. Totalmente a salvo.

—No me fue simpático, pero celebro que huyera a las garras del «Barón». El día que visitamos a Tomlinson, sospeché de él. Vi algo ficticio, tal como su empeño en tener obscura la sala, en ocultar el rostro. No era para no ser reconocido, sino para ocultar la falsedad de su personaje. Por eso corrí a la tienda de discos, pero él fue más rápido. Estaba esperándome ya y con aire de burla por cierto. Se había dado cuenta de mis sospechas. Comprendió que volver al juego de Tomlinson era peligroso. Podíamos cazarle despojándolo del disfraz. Por eso huyó, dejó la casa; sus falsos criados, los mismos que a mí me golpearon, huyeron siguiendo sus órdenes. Se buscaría

a Tomlinson, pero nunca a Brewster, inocente por completo en apariencia. Y sin pruebas contra él. Era un golpe maestro.

»Cuando registramos el piso de Tomlinson, era tarde. Pero dejó allí su peluca y gafas. Un pequeño error que no constituía prueba alguna contra él, de todos modos. Y que sin embargo, afianzaba mis sospechas, me daba la seguridad absoluta. Entonces ideamos la trampa. Había cesado la orgía de crímenes, porque Brewster sabía dónde hallar el disco, aunque ignorase el escondite. Y utilicé de cebo a Jill. Claro que no había previsto las trágicas consecuencias de mi acción, frente a un enemigo tan listo y rápido. Creo que nunca me lo perdonarás, Jill...

—Claro que sí, tonto —la linda camarera del «Hungaria» le sonrió, dulcemente—. Me salvaste de morir, que es lo que cuenta. Lo que nunca olvidaré es la terrible noche pasada...

En aquel momento, sonó el teléfono interior. Bishop tomó el receptor, escuchó y luego tendió el mismo a Myers, a la vez que explicaba a Mike:

—Su teoría confirmada, Doyle. Los técnicos han descifrado la clave musical. Es un mensaje, dando a los alemanes secretos militares ingleses. Data de 1943. Opinan que en otras grabaciones modernas de «Banda Prodigiosa» que están examinando, hay igualmente mensajes de carácter militar destinados a otro país cuyo nombre no creo preciso mencionar...

Doyle encajó las mandíbulas. Ese nombre estaba en la mente de todos. Y también la cobarde traición de aquel execrable «Barón», inglés de sangre y nacimiento, y sin embargo traidor a su Patria y a su credo.

Jill, como un pajarillo perdido entre tanto horror que su mente no podía concebir, por no haber vivido jamás en aquel mundo de intrigas, ferocidad y traición, se estremeció. Mike la tendió una taza de café, arrojándola al mismo tiempo con brazo amoroso. Por la ventana, la luz azul del amanecer se filtraba ya con fuerza. Sobre el Támesis, turbio y gris, las brumas se rompían en jirones, huían definitivamente.

—Vamos, Jill, querida —dijo Mike—. Todo ha terminado ya. Has visto el lado malo de la vida. Lo inconfesable y lo siniestro del mundo actual. Creo que ya es hora de que veas la parte buena. Yo vine a Londres a casarme con una jovencita inglesa. Pero nunca creí

que esa jovencita se llamase Jill Grayson...

—¡Mike! —musitó Jill, sorprendida.

—El viejo Withers me dará otras dos semanas de vacaciones cuando hoy le telegráfie todo esto en exclusiva. Ya lo verás... Podremos emprender un buen viaje de luna de miel.

—Caramba, Doyle, es usted terrible —rió Bishop, que asistía a su diálogo—. Ni siquiera le ha preguntado a la muchacha si acepta su oferta de matrimonio o no...

—¿Es que hace falta que lo pregunte, superintendente? —sonrió maliciosamente Jill.

Tyne Bishop y Myers se miraron, sonriendo. Porque aunque era algo impropio que dos enamorados utilizaran el despacho de un superintendente de Scotland Yard para besarse, lo cierto es que aquél era el mejor final de una historia tan sombría y cruel.

—Sólo faltaría un poco de música de fondo... —comentó Myers.

Y enmudeció al ver el gesto que puso Tyne Bishop al oír la palabra «música»...

FIN



Roscoe empezaba a tener sus dudas sobre la inocencia de aquella muchacha, pero su misión era precisamente defenderla y pensaba cumplirla hasta el final...

Con la emoción característica en sus relatos

PETER DEBRY

el famosísimo autor, ha dado vida a este argumento titulándolo

Cuando Eva dispara

¡Sus armas eran más sutiles, aunque no menos mortales, pero sus designios se cumplían fatalmente puesto que su voluntad era ley!

CUANDO EVA DISPARA

es un nuevo volumen de la formidable

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡No deje de adquirirlo!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"
507 — Joe Bennett
ERAN TRES PISTOLEROS

COL. "SERVICIO SECRETO"
371 — Donald Curtis
MATANDO CON MUSICA

COLECCION "BUFALO"
204 — Orland Garr
UN GUN-MAN TERRIBLE

COLECCION "SAIVAJE TEXAS"
72 — M. L. Estefanía
EL MEJOR JINETE

COLECCION "CALIFORNIA"
51 — M. L. Estefanía
PISTOLERO Y "SHERIFF"

COLECCION "PIMPINELA"
566 — Jesús Navarro
CAMPANAS DE BODA

COLEC. "MADREPERLA"
462 — María Lar
UN DIA PARA SOÑAR

COLECCION "ROSAURA"
406 — Armando Sandoval
PARA SIEMPRE TU

COLECCION "AMAPOLA"
293 — Valentina del Barco
ODIO Y AMOR

COLECCION "ALONDRA"
245 — Eva Fernán
LA ALONDRA DE FUEGO

COLECCION "CAMELIA"
187 — María Adela Durango
EL TREN DE LA FE

COLECCION "ORQUIDEA"
156 — María Adela Durango
PENSIONADO DE
SEÑORITAS

COLECCION "CORAL"
35 — Corín Tellado
CUPIDO SE BURLO
DE MARI-DENA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona - Hipólito Irigoyen, 645 - Buenos Aires

¡Ya está a la venta el «bestseller» del año!

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

por

SLOAN WILSON

Durante 48 semanas consecutivas, esta novela excepcional atrajo la atención de los lectores norteamericanos que la elevaron así a la categoría de gran obra de la literatura contemporánea

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

Ha sido llevada también a la pantalla, encabezando el reparto de la película figuras tan destacadas como Jennifer Jones, Marisa Pavan, Gregory Peck y Frederic March

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

¡Un título que honrará su biblioteca!

Es una selección que le brinda Colección

JOYAS LITERARIAS

¡Pídalo a su proveedor habitual!

Precio del ejemplar: 70 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

La lucha entre los dos hombres, blanco e indio, adquirió caracteres de extraordinaria emoción. Ambos sabían que sólo uno sobreviviría...

Con tal emoción se desarrolla la acción de

VENGANZA INDIA



Otro relato apasionante escrito por el autor preferido por usted

M. L. Estefanía

y publicado por la serie de los grandes éxitos

COLECCION BISONTE EXTRA

en la que hallará, además, tres trepidantes aventuras gráficas que cautivarán su atención desde el primer momento

VENGANZA INDIA

es el título de este volumen

¡Recuérdelo la próxima semana!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



Julio Verne

*el autor preferido por
la juventud de todos los
tiempos, escribió*

CINCO SEMANAS E N G L O B O

adelantándose a la realidad actual de los viajes aéreos
a través de mares y continentes

CINCO SEMANAS EN GLOBO

en la doble modalidad de texto e ilustraciones per-
fectamente compaginadas, es el título que le ofrece

COLECCION HISTORIAS

¡La biblioteca de la juventud!

256 páginas y más de 250 ilustraciones

Precio: 28 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



La luz de la luna iluminaba pálidamente la escena, confiriendo aspectos fantasmales a la lucha entre los dos hombres: preludio del...

DUELO MORTAL

que poco después iban a sostener en aquel mismo lugar

JOE SHERIDAN

es quien ha desarrollado tal argumento, ~~estudiando~~

DUELO MORTAL

¡Una novela plena de emoción e ~~interés~~ que mantendrá su ánimo en suspense desde la primera página!

DUELO MORTAL

es una nueva selección de

COLECCION BUFALO EXTRA

¡Adquirla la próxima semana!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



¡La misma actriz interpretó las dos películas!

¡La misma firma le ofrece una fiel versión gráfica de tan sugestivos films!

Si usted coleccionó los cromos que componían la serie

S I S S I

inicie hoy mismo la dedicada a

Los jóvenes años de una reina

1200 cromos a todo color coleccionables en un magnífico álbum!

Precio del sobre conteniendo 2 cromos: 35 cts.

Precio del álbum para coleccionarlos: 6 pts.

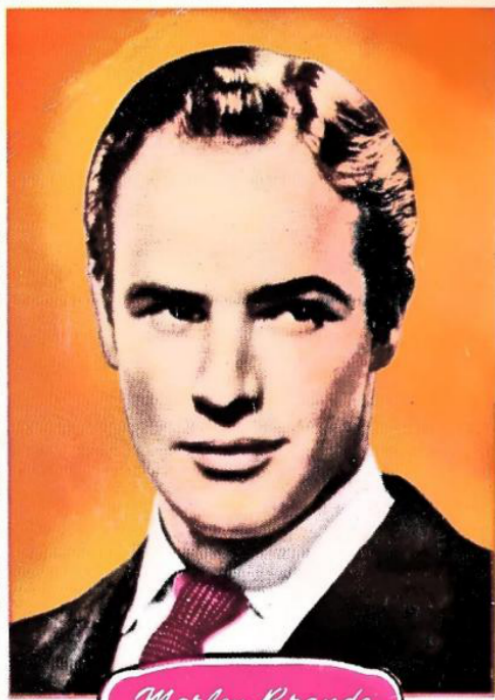
Una exclusiva de:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Marlon Brando

N.º 539

El más cotizado actor del momento, nació en Nebraska, en 1924. Posee el *llorar por la ley del silencio*. Otros films suyos son: "Un tranvía llamado Deseo", "Julio César", "Desiree", "Viva Zapata" y "Chicos y chicas".

Foto EXCLUSIVA FLORALVA WARNER BROSS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

NOTAS

[1] Dick Tracy es un famoso detective de las historias gráficas americanas, popularizado también en el cine de aventuras. (N. del E.). < <